LA SAGA DE LOS AZNAR

¡THORBOD! LA RAZA MALDITA

POR GEORGE H. WHITE




La saga de los Aznar comenzaba con la presencia de los misteriosos Hombres de Venus, que más tarde se darían a conocer por su auténtico nombre, los “thorbod” (Hombre Gris).

Los “thorbod”, el más feroz, el más implacable y tenaz de los enemigos de la Humanidad, llenaron páginas inolvidables de las formidables aventuras de los Aznar, hasta que vencidos y rechazados en Nahum y la Tierra, se debilitó su poder y desaparecieron. Pero ¿dejó de existir la raza Thorbod como entidad étnica?

El temor de los terrícolas a los “thorbod” se transmitió de generación en generación, perdurando en el tiempo. Un millón de años después, los valeranos todavía hablan el idioma “thorbod” como materia obligada en sus estudios. ¿Existía una premonición en el subconsciente de los terrícolas? ¿Iban a encontrarse de nuevo algún día con los tenaces Hombres Grises? Ciertamente, los “thorbod” iban a regresar, y lo harían en el peor momento y en el lugar más imprevisto.

¡Los “thorbod” regresaron y “descubrieron” Atolón!

¡Los terrícolas, de nuevo enfrentados a la abominable raza gris!



George H. White

¡Thorbod!, la raza maldita

La saga de los Aznar - 47

ePub r1.0

Titivillus 15.09.15

Título original: *¡Thorbod!, la raza maldita*
George H. White, 1976

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



¡THORBOD!, LA RAZA MALDITA

George H. White

LUCHADORES DEL ESPACIO

THORBOD, LA RAZA MALDITA

CAPÍTULO PRIMERO

REMOLCADO a cien kilómetros por hora, montado sobre el esquí acuático, Tuanko Aznar se sentía henchido de una felicidad interior, gozando plenamente del sol, el viento y el olor a sal y a yodo, mientras el agua pulverizada le azotaba el rostro. Junto a él, a unos doce metros de distancia, esquiaba Melania Ovando. Tuanko la admiró con el rabillo del ojo.

Alta, esbelta, el largo cabello desplegado al viento, desnudo el bronceado cuerpo, sin más ropa que un diminuto taparrabo, la muchacha ofrecía una bella estampa salvando con hábiles flexiones de piernas las crestas de las olas que venían a su encuentro.

Tuanko tuvo la impresión de que el aerobote que les remolcaba había aumentado la velocidad. Las olas eran cada vez más altas. Lanzó un mensaje telepático a Virela:

"Corres demasiado, hermanita. ¿Quieres que nuestra huésped se rompa una pierna?"

El mensaje debió llegar a su destino. Poco después sentía entre sus sienes como una voz que le decía:

"Corremos igual, debe ser el viento. Veo que el mar está picando, tenemos una tormenta a nuestras espaldas. Debemos regresar."

Tuanko volvió ligeramente la cabeza para mirar atrás.

Efectivamente, del lado de tierra el cielo se cubría rápidamente de negras y amenazadoras nubes. Las tormentas solían ser frecuentes en la región, se formaban rápidamente y descargaban con inesperada violencia.

En la breve distracción de Tuanko el esquí de éste se encaramó sobre la cresta de una ola. Perdido el equilibrio se vio proyectado por el aire, soltando en última instancia el palo unido a la cuerda de remolque. A cien kilómetros por hora, incluso en el agua, era un buen batacazo. Tuanko cayó de costado, rebotó como una piedra en la líquida superficie y sintió el crujido del esquí al romperse, al mismo tiempo que un agudo dolor en la rodilla derecha.

Fue una zambullida terrible, con entrada violenta de agua por las fosas nasales y la boca, y dolor en un hombro. La rodilla, sobre todo, le dolía mucho mientras nadaba para salir a la superficie.

Al mirar a su alrededor, tosiendo y escupiendo agua salada, vio el aerobote que estaba describiendo un amplio círculo en el aire para regresar donde él estaba. Sintió el mensaje telepático de Virela, preocupada por haberle perdido de vista.

“Tuanko, ¿dónde estás?”

Le contestó mentalmente:

“Estoy bien, no pasa nada. Ven a recogerme.”

Pero Tuanko pensaba al mismo tiempo en su rodilla y no pudo desligar esta idea del resto de su mensaje. La preocupación y el dolor físico de Tuanko fueron captados por Virela.

“Algo te duele. ¿Es la rodilla? Sí, es la rodilla. Voy a buscarte.”

El aerobote se acercó perdiendo velocidad, remolcando todavía a Melania. Al cesar el impulso que hacía resbalar el esquí sobre el agua, Melania Ovando se fue hundiendo poco a poco hasta que su cabeza quedó oculta por las olas, cada vez más grandes y rápidas.

La aeronave descendió verticalmente sobre el lugar donde se encontraba Tuanko hasta posarse en el mar. Virela asomó por la borda su juvenil torso desnudo, tendiendo una mano a su hermano.

El aerobote, en forma de cápsula aplastada, estaba construido de aluminio y medía ocho metros de longitud por dos metros y medio de ancho. En la parte trasera, sobre la tobera de popa, se levantaba un breve timón pintado con tres franjas: roja, blanca y azul. Sobre la franja central blanca figuraban trece estrellas amarillas formando un círculo, representando los trece planetas de procedencia de las naciones Tapo. Ésta era la bandera de la República de Maquetania.

La aeronave era capaz para seis viajeros, cómodamente instalados en asientos individuales reclinables tapizados de símil cuero, y todavía quedaba atrás un amplio espacio para bultos y

equipaje. Desde este espacio libre Virela ayudaba a Tuanko a trepar a bordo. Tuanko llevaba todavía en el pie el esquí roto. Mientras Virela le desataba el esquí llegó nadando Melania Ovando.

Virela ayudó a Melania a subir a bordo.

—Tuanko se ha lastimado una rodilla —dijo Virela.

El joven se había dejado caer en uno de los asientos y Melania Ovando se acercó a mirarle la rodilla.

—¿Duele mucho?

—¡Uy!

—Siempre creí que los tapos no sentíais el dolor.

—¿Piensas que somos de piedra?

—Pero todo eso que se dice de vosotros: insensibilidad al dolor… curas por la fuerza del pensamiento… ¿es falso?

—La insensibilidad al dolor es cosa de autosugestionarse. En cuanto a las curas por la fuerza del pensamiento se necesita cierta especialidad.

—¿Quieres decir que sólo lo hacen vuestros curanderos? ¿Como ese tío abuelo tuyo… cómo se llama?

—Adler Ban Aldrik. Y no es un curandero, sino médico. Además, ni siquiera es tapo. Él es bartpurano.

Tuanko la miró enojado. La miró a la cara y a los desnudos senos. Melania se ruborizó, alcanzó una blusa y se la puso.

Aunque había aceptado la costumbre de los tapos, Melania Ovando no acababa de asimilar esta forma desenfadada de mostrar su desnudez. Virela lo hacía con toda naturalidad, pero Melania estaba educada de forma distinta. En Renacimiento, la dictadura de MacLane, que ya duraba cincuenta años, había derivado hacia formas muy restrictivas del pensamiento y la moral, que representaban un evidente retroceso incluso sobre la norma de conducta de los valeranos, que ya eran de suyo bastante conservadores.

Incluso poniendo el mejor empeño en mostrarse liberal, Melania no podía evitar cierta vergüenza. Después de todo, Virela tenía senos pequeños y duros, tan bronceados como el resto del cuerpo, y por esto poco llamativos. Pero Melania, con sus senos exuberantes y blancos, llamaba particularmente la atención.

Después de todo, no era cierto que los varones tapo no concedieran importancia a estas cosas. La forma en que Tuanko

Aznar la miraba desmentía la especie de que los tapos eran insensibles a la desnudez femenina.

Respecto a Tuanko Aznar, Melania sentía una morbosa curiosidad. Físicamente el muchacho no tenía peros; alto, atlético y terriblemente guapo. Su bisabuelo fue el Almirante Miguel Ángel Aznar, impulsor y fundador de la primera colonia terrícola en el circumplaneta Atolón. Su abuelo fue también Almirante Mayor del autoplaneta "Valera". Deportado al mismo tiempo que el Almirante MacLane, sufrió persecución de éste, vivió un tiempo con los ghuros y casó con una joven tapo.

Por una razón u otra, los Aznar eran hombres de leyenda, predestinados a acometer grandes y difíciles empresas. La del último Almirante Aznar consistió en reunir todas las tribus tapos que andaban dispersas por la inmensidad del circumplaneta, creando una joven y dinámica nación que se llamó República de Maquetania. En sólo medio siglo de existencia la joven república había triplicado su población, elevándose en la actualidad a más de trescientos millones de tapos, que desarrollaban una pujante y brillante civilización, superior en muchos aspectos a la República de Renacimiento, fundada por el Almirante MacLane con los 755.580 deportados de "Valera".

El padre de Tuanko era Alejando Aznar, un científico de talla extraordinaria, creador de la nueva Armada Sideral tapo.

El tío abuelo de Tuanko, el universalmente conocido Adler Ban Aldrik, era el último superviviente de la antiquísima raza bartpur; matemático, filósofo y parasicólogo, famoso por sus intervenciones quirúrgicas y sus milagrosas curas psicokinésicas. Hijo de este hombre sorprendente era el vicealmirante Aznar, actualmente apartado de la carrera militar y desempeñando la función de embajador en la República de Arbra.

Melania y su familia sólo podían referirse al vicealmirante en términos de gratitud, pues desde hacía una semana los Ovando eran huéspedes de la embajada, donde habían solicitado asilo político después de escapar de Renacimiento y del régimen de opresión del Almirante MacLane.

Mientras Melania se anudaba los faldones de la blusa, la esbelta Virela había ido a sentarse ante los mandos del aerobote. Tuanko, en uno de los asientos posteriores, había cerrado los ojos y parecía

concentrarse en sí mismo.

El aerobote se elevó en el aire y viró para poner proa a la ciudad. Virela accionó un botón eléctrico en el cuadro de instrumentos que hizo correrse la cubierta transparente de "diamantina".

Al elevarse en el aire, el aerobote fue zarandeado por el viento que impulsaba a las nubes tormentosas. Estas tormentas solían ser frecuentes y muy espectaculares en la región.

Las masas de aire caliente que procedían del altiplano pasaban sobre las montañas Dazza y se encontraban con el aire húmedo y frío del océano. Entre la cordillera y la costa la jungla era como una inmensa esponja que absorbía el agua de la lluvia y la transformaba en masas de vapor. Esta selva infernal, calurosa y malsana, era la que Melania y su familia habían tenido que cruzar para llegar hasta la ciudad-república de los ghuros.

La tormenta se desató de forma súbita y violenta. Durante unos minutos los tripulantes de la aeronave se vieron envueltos en un torbellino de agua y viento, con los rayos restallando a su alrededor. Tuanko abrió los ojos, se puso en pie y miró sonriendo a Melania, acurrucada con expresión de temor.

—¿Asustada?

—¿Estaremos seguros en este aerobote? —preguntó Melania.

—El aparato es muy bueno; fue construido por los tapos.

En este momento el aerobote era zarandeado por una violenta corriente de aire. Tuanko era muy alto y la cubierta de cristal demasiado baja para permitirle andar derecho. Tuanko se dirigió por el corredor central hacia el lugar donde estaba Virela.

—Creo que deberíamos elevarnos por encima de la tormenta. De todos modos, con esta cantidad de agua no vamos a encontrar la embajada. No se ve nada a dos metros —dijo Virela.

En efecto, llovía con tanta intensidad que no se veía nada alrededor del aparato. Era como si giraran en medio de un torbellino opaco, golpeados por el viento y zarandeados por las descargas eléctricas. Ni siquiera sabían en qué lugar se encontraban.

—Bien, elévate. Esperaremos a que amaine la tormenta, no tenemos prisa —dijo Tuanko.

—Pero en casa estarán preocupados. Deberíamos llamar por radio.

—¿Con tantas chispas eléctricas? Bueno, lo intentaremos.

Tuanko tomó asiento junto a su hermana, descolgó el micrófono y encendió la radio. Mientras llamaba a la embajada, Virela hacía ascender rápidamente el aerobote.

—¡Hola, embajada! Aquí Tuanko, dos cero cinco.

Melania Ovando vino a sentarse en el asiento que estaba detrás del de Tuanko.

—¿Por qué utilizáis la radio? —dijo Melania—. Un mensaje telepático con vuestra madre sería más rápido y efectivo, ¿no?

Tuanko hizo girar su cabeza para mirarla de soslayo.

—¿Te estás burlando de nosotros?

—¡No! Lo digo de verdad. Con todas estas chispas habrá una interferencia terrible. ¿Interfieren también las descargas vuestros mensajes telepáticos?

—¡Melania, te estás pasando! —dijo Tuanko amenazador.

—Perdona.

—Ni perdón ni narices. Sé lo que estás pensando, olvidas que puedo leer tus pensamientos y me consta que te divierten estas rarezas de los tapos. Bueno, pues sepas que podría enviar un mensaje telepático a mi abuela o mi tío y ellos seguramente lo captarían. Pero yo no soy tan buen telépata como Banda o el tío Fidel, y prefiero utilizar la radio para estar seguro de que me reciben.

Melania se mordió el jugoso labio sin contestar.

Subiendo incesantemente a través de las nubes de tormenta, el aerobote salvó los altos nimbos irrumpiendo bruscamente en el espacio azul, deslumbrante de sol. Tuanko miró a su alrededor a través de la cubierta transparente de cristal. A menos de un kilómetro de distancia vio un transporte sideral del tipo llamado “disco volante”. Enorme, macizo y gris, el transporte flotaba inmóvil en el aire, teniendo debajo un mar de blancas y compactas nubes.

De la parte inferior de la cosmonave caían al vacío, en continuos chorros, centenares de hombres equipados con escafandra, armadura de “diamantina” y mochila de vuelo individual. Todos los hombres iban armados, la mayoría con fusiles de luz sólida y otros con cañones sin retroceso. En su caída, los soldados parecían jugar a zambullirse en el lecho de algodonosas nubes, desapareciendo de

vista rápidamente.

Tuanko quedó boquiabierto. La forma de la cosmonave y la técnica empleada en él le eran familiares. Solamente los "renacentistas" utilizaban transportes siderales de este tipo. A pesar de que existían técnicas más económicas para construir grandes cosmonaves, los "renacentistas" insistían en hacer las suyas de "dedona", como se habían hecho siempre en la Armada Sideral Valerana.

Pero la "dedona", metal entre veinte y cuarenta mil veces más pesado que el agua, no existía en estado natural en el circumplaneta y sólo podía obtenerse mediante transmutación atómica a un elevado costo de energía. Por eso los "renacentistas" no habían podido pasar todavía de sus "discos volantes" de tres kilómetros de diámetro.

—¡Un transporte macjuanista! —exclamó Virela.

Los Aznar eran los inventores del adjetivo "macjuanista" para aplicarlo a los partidarios del régimen de Juan MacLane, el tirano dictador de la República de Renacimiento. La palabreja cayó bien y actualmente era de uso generalizado en la República Tapo (República de Maquetania).

—¡Pronto, vámonos de aquí! —dijo Tuanko.

Virela empujó hacia adelante la palanca del volante. El aerobote se hundió como una piedra abandonada en el vacío, en caída libre a través de la masa nubosa. En unos segundos estaban de nuevo envueltos en la oscuridad, entre las nubes de tormenta y la lluvia.

—Ese transporte, ¿era el "Formidable"? —preguntó Melania con voz entrecortada a espaldas de los hermanos Aznar.

—¿Lo conoces?

—Formé parte de su dotación cuando hice el Servicio Militar Obligatorio. ¿Por qué está aquí?

—Está desembarcando tropas especiales de asalto. Obviamente, se trata de una invasión —dijo Tuanko empuñando el micrófono.

—¡Una invasión! —exclamó Melania roncamente—. ¡Pero eso es contrario a la letra de los acuerdos de paz firmados con las ciudades-república ghuro!

Tuanko no le respondió. De nuevo estaba llamando por la radio:

—¡Hola, embajada! ¡Hola, embajada! Aquí Tuanko, dos cero cinco. ¡Contesten, por favor!

En medio del crujido de la tormenta se escuchó por el amplificador una voz que contestaba:

—Aquí la embajada. ¿Tuanko?

—Sí, soy Tuanko. ¿Quién está al aparato?

—Soy Héctor, tu primo. ¿No me conoces?

—¿Dónde está tu padre? ¡Llámale! ¡Hay un transporte sideral macjuanista por encima de las nubes lanzando tropas de desembarco sobre la ciudad! ¡Es una invasión!

—¿Bromeas? —preguntó la voz entre el restallido de la tormenta eléctrica.

—¡Idiota! ¿Iba yo a bromear en una cosa como ésta? ¡Las tropas renacentistas están saltando sobre la ciudad! Debieron llegar al amparo del frente tormentoso y deben estar ya en tierra, dirigiéndose a sus objetivos.

—Aquí está lloviendo a mares, no se ve ni a un metro de distancia. ¡Esto es una verdadera inundación!

—Pues no tardarás en ver entrar a los soldados renacentistas.

—¿Por qué crees que vendrán a la embajada? ¡La embajada es territorio neutral!

—No para MacLane. Recuerda las veces que ha amenazado con invadir Arbra si esta ciudad seguía sirviendo de refugio a los fugitivos de Renacimiento. La huida del Almirante Ovando ha debido colmar la paciencia de MacLane y es el argumento que va a esgrimir para justificar la invasión. ¿Dónde está el vicealmirante? Debo hablar con él.

—Espera un minuto, creo que está comunicando.

La tormenta seguía crepitando en el amplificador y la lluvia golpeaba con fuerza en la cubierta de cristal sobre las cabezas de los tres tripulantes del aerobote. Virela había detenido el descenso de la aeronave y ésta flotaba en el aire, moviéndose al impulso del viento que empujaba las nubes de tormenta.

Melania tocó por detrás en el hombro de Tuanko Aznar.

—Tuanko, ¿crees de verdad que MacLane ha lanzado este golpe de mano con el exclusivo fin de capturar a mi abuelo?

—Tu abuelo, el Almirante Ovando, personifica la figura del militar profesional ponderado y honesto, leal al poder instituido. Su evasión representa un golpe de desprestigio para el régimen macjuanista. Pero existe otra motivación. Los dictadores como

MacLane tienen que estar buscando continuamente pretextos que mantengan ocupada a la opinión pública y justifiquen en cierto modo la falta de libertades. Desde hace cincuenta y un años MacLane fustiga al pueblo y lo tiene ocupado en un interminable “plan quinquenal” de rearme, recordándole cada día que los ghuros están ahí y representan un peligro. Eso es mentira. Los ghuros, en cincuenta años, han demostrado ser una gente pacífica, cordial y laboriosa, respetuosa con la letra y el espíritu de los acuerdos que firmamos con ellos.

—Los ghuros nos obligaron a aceptar ese tratado cuando éramos demasiado débiles para rechazar sus condiciones —protestó Melania Ovando.

—Hablas con los mismos argumentos que MacLane —dijo Tuanko irónicamente—. Desde niños, antes incluso de aprender a leer, la propaganda os machaca con slogans falsos o que sólo muestran una parte de la verdad. La verdad es que si los ghuros hubiesen querido expulsarnos de este circumplaneta, podrían haberlo hecho hace cincuenta años, cuando los valeranos acababan de llegar y eran demasiado débiles para oponer resistencia. El tratado que MacLane denuncia nos favoreció a los terrícolas. Los ghuros no tenían necesidad de firmarlo, pues eran dueños de todo el circumplaneta.

—Pero mucho antes que llegaran los ghuros, hace un millón de años, todo el circumplaneta era de los terrícolas.

—Los terrícolas somos tan intrusos en Atolón como los ghuros. Si alguien merece patente de ciudadanía son los insectos gigantes, las mantis, que llevan millones de años en el circumplaneta y llegaron a ser dueños absolutos de este mundo. No hay ninguna razón que justifique las reclamaciones de MacLane sobre las ciudades-república. Los renacentistas no necesitáis esas ciudades. La costa es muy malsana y arriba en el altiplano disponéis de un territorio mayor del que sois capaces de poblar ni en mil años. Además, ahí está el resto del circumplaneta, del cual los ghuros sólo ocupan las zonas costeras.

—¡Hola, Tuanko! ¡Hola, Tuanko! —llamaron por la radio.

—¡Hola, tío! Aquí Tuanko. Escucha…

—Escúchame tú, Tuanko —interrumpió una voz sonora y bien timbrada—. Puedes ahorrarte las explicaciones, estoy enterado de lo

que ocurre. Los soldados de MacLane no han aparecido todavía por aquí, está lloviendo a raudales y eso debe dificultarles la localización de la embajada. Pero no tardarán en llegar. Tuanko, ¿os encontráis bien?

—Sí, perfectamente. Estamos en el aerobote, en medio de la tormenta.

—De acuerdo, poneos a salvo. Dirigíos a Zubia o Godsa, aunque pienso que probablemente MacLane habrá invadido también esas ciudades. De cualquier modo podréis llegar a Maquetania haciendo escala en las ciudades ghuro.

—No te preocupes por nosotros, tío. Pero dime, ¿qué piensas hacer tú? Recuerda que hay sobre ti una condena de muerte pendiente.

—Lo sé. Vamos a intentar escapar en un aerobote. Es por eso que no puedo perder más tiempo hablando contigo. Cada minuto cuenta. Si conseguís llegar a una ciudad ghuro pedid ayuda o poneos en contacto con tu abuelo para que envíe en vuestra busca. Voy a cortar, Tuanko. Buena suerte.

—Todos vamos a necesitarla —contestó Tuanko—. Adiós.

Un chasquido que anunciaba el corte de la comunicación fue la única respuesta que obtuvo. Tuanko tocó a Virela en el hombro.

—Cédeme ese asiento, Virela. Yo pilotaré ahora.

—¿Y tu pierna?

—Ya no duele.

Cambiaron de asiento. Melania sollozaba, pensando en el trágico final que esperaba al Almirante Ovando si era capturado por MacLane.

Sentado ante los mandos, Tuanko echó una ojeada al compás giroscópico. Según las indicaciones de éste, Arbra debía quedar a babor. Tuanko encendió la pantalla de televisión, que era de tipo reversible pudiendo utilizarse también como radar.

En efecto, los ecos del radar que llegaban por babor indicaban que la ciudad se encontraba a unos cuatro kilómetros. El viento les estaba empujando mar adentro, lo cual era una buena cosa, pues avanzaban a la misma velocidad que el frente tormentoso. Sobre la vertical de Arbra, el transporte sideral arrojaba un enorme eco. Pero se veían otros puntos de luz fluorescente más pequeños que se apartaban del transporte.

—Ahí les tenemos —señaló Tuanko—. Están desembarcando material pesado y han lanzado al aire algunas escuadrillas de caza-bombarderos. Apuesto a que nos han visto en su radar.

—Es inútil, no podremos escapar —dijo Melania a espaldas de Tuanko—. Mejor es que regresemos a Arbra, quiero reunirme con mi familia.

—No, muchacha, lo siento —dijo Tuanko—. Sólo en el caso de que nos obliguen regresaremos a Arbra. Tenemos un buen aerobote, capaz de volar en la estratosfera y alcanzar altas velocidades a condición que le demos tiempo para acelerar. No tenemos agua ni comida, pero ese es un problema secundario. Antes que muramos de hambre o de sed alcanzaremos alguna ciudad ghuro. Lo que me preocupa son esos malditos cazas. Si nos persiguen no podremos escapar de ellos.

Tuanko abrió a medias el acelerador de mano. Temía que si escapaban demasiado aprisa llamarían la atención de los operadores de radar renacentistas, pero de todas formas su precaución resultó inútil. En su pantalla de radar tres pequeños puntos de luz fluorescentes se acercaban dando alcance al aerobote.

Virela señaló una luz intermitente color ámbar que se encendía y apagaba en el tablero de instrumentos.

—Alguien quiere comunicar con nosotros. ¿Será el tío?

—El tío debe estar demasiado ocupado ahora para comunicar por radio. No, no es él —dijo Tuanko entre dientes. Y dio otro empujoncito al acelerador.

En la pantalla de radar los tres puntos de luz se aproximaban con creciente rapidez. Los caza-interceptores “Delta” eran unos aparatos muy veloces, capaces de aceleraciones fulgurantes, al contrario que el aerobote, cuyo motor era de reducida potencia y precisaba de prolongados espacios de tiempo para alcanzar velocidades de cierta consideración.

Mientras volaban en la dirección del viento dejó bruscamente de llover. Estaban saliendo del frente tormentoso. Para adquirir velocidad el aerobote no sólo necesitaba de cierto tiempo, sino también ganar altura hasta las capas superiores de la ionosfera, donde la resistencia del aire era casi inexistente.

De pronto la visión se aclaró ante los ocupantes del aerobote. Era que acababan de dejar atrás el frente tormentoso adelantándose

a éste. A sus pies el océano volvía a ser azul y sobre sus cabezas brillaba con fuerza el sol.

Al mirar a su alrededor descubrieron que no estaban solos. Un esbelto caza-interceptor “Delta” les acompañaba a muy corta distancia por la derecha, y otros dos “Deltas” se acababan de situar a su izquierda. Estaban tan cerca que pudieron ver perfectamente la abultada escafandra azul de los pilotos a través de la cubierta transparente de los cazas y la propia cubierta del aerobote.

De la carlinga del caza que volaba en solitario empezaron a salir los destellos de una lámpara de señales.

—¡Mira, nos están haciendo señales! —indicó Virela tocando en el codo de Tuanko.

En efecto, el piloto renacentista estaba utilizando el viejo sistema Morse de telegrafía por medio de señales luminosas. Tuanko empezó a deletrear a media voz:

—Va-mos a ayu-dar-les a es-ca-par pe-ro es ne-ce-sa-rio que us-te-des co-la-bo-ren con-tes-tan-do a la ra-dio a fin de ga-nar ti-em-po. Pon-gan su mo-tor a to-da po-ten-cia y es-cu-chen la ra-dio.

—¡Quieren ayudarnos! —exclamó Virela jubilosa. Luego se retractó de su impulso preguntando—: ¿Pero cómo pueden ayudarnos?

—Seguramente escapando con nosotros —contestó Tuanko—. No son solamente los almirantes quienes se evaden de Renacimiento.

Tocó un botón en el tablero de instrumentos. Casi enseguida escucharon una voz clara y bien timbrada que brotaba a través del amplificador:

—¡Atención, Tuanko dos cero cinco! Le habla la coronela Aneto, de las Fuerzas Aéreas de Renacimiento. Estoy en su sintonía y hemos escuchado su conversación con el embajador. Le aseguro que ni el Almirante Ovando, ni el Vicealmirante Aznar, ni ustedes, cuentan con la menor probabilidad de escapar… Sé que me está escuchando, Tuanko. Tengo órdenes estrictas de hacerles regresar o derribarles.

Tuanko miró a través del transparente de la cabina hacia el “Delta” que volaba a estribor. El piloto les hacía de nuevo señales luminosas:

—No con-tes-te to-da-vía. E-lé-ve-se y co-rra cu-an-to pue-da.

Tuanko puso a tope el acelerador de mano y abrió el regulador del sistema de sustentación. Al elevarse el aerobote el caza que volaba a su derecha le siguió en el ascenso. Por la izquierda, uno de los dos cazas se elevó también. Pero el tercero se desplazó hacia la derecha en una rápida maniobra que suscitó los recelos de Tuanko, pues pensó que el caza iba a situarse a su cola, en la posición clásica de ataque.

—Melania, mira si puedes ver lo que hace ese "Delta".

La joven se levantó del asiento para mirar hacia atrás.

—Ha pasado por debajo de nosotros y se ha situado a la cola del caza de estribor —informó.

Tuanko volvió la cabeza y vio, en efecto, que el "Delta" había pasado de la izquierda a la derecha y estaba detrás del caza desde el cual les hacían señales luminosas. Tuvo entonces un presentimiento. Probablemente captó el pensamiento de aquel piloto.

Rápidamente empuño el micrófono:

—¡Hola, coronela! Tiene a sus espaldas uno de sus propios cazas. ¡Va a atacarle!

Miró a estribor a través de la cubierta transparente teñida de azul. El "Delta" de la coronela dio un brusco salto hacia arriba y pareció detenerse en el aire mientras el caza que le seguía pasaba por debajo. Con una hábil maniobra la coronela se puso detrás del otro, pasando de perseguida a persecutora.

Todo ocurrió con increíble rapidez. El "Delta" de la coronela disparó con sus proyectores de "luz sólida" del borde de ataque de las cortas y robustas alas. El abanico de delgados y penetrantes rayos atravesó de punta a punta el caza que marchaba delante, y probablemente también al piloto.

El "Delta", evidentemente tocado, describió un tonel y picó en dirección al mar. Del aparato de radio brotó la voz irritada de la coronela Aneto:

—¡Hola, Gamma! ¡Hola, Gamma! ¿Me escucha, Bielda?

—¡Hola, coronela! Le escucho. He visto lo ocurrido. La verdad, ese Sandro nunca me pareció un tipo de convicciones muy firmes.

—Si no le merecía confianza y vio su maniobra, ¿por qué no me advirtió?

—Tenía mi radio sintonizado con la onda de Nodriza. No tuve tiempo de cambiar de frecuencia y avisarle… aparte de que yo

mismo ignoraba lo que Sandro se proponía hacer.

—¡Bielda, cállese, no siga! —ordenó la coronela.

Tuanko sintió curiosidad por saber cómo iba a resolver la coronela aquel asunto. Buscó en el dial hasta sintonizar la radio de los renacentistas, reconociendo la bien timbrada voz de la coronela Aneto informando al Mando de Operaciones Combinadas.

La coronela ofreció una versión totalmente fantástica del incidente, presentando al teniente Sandro como un traidor que intentó derribarle, al parecer, con el propósito de ayudar a los tripulantes del aerobote en su fuga. El Mando, que había seguido la pérdida del "Delta" a través del radar, dio por buena la explicación de la coronela, probablemente a expensas de lo que resultara de una investigación posterior, y ordenó perentoriamente que hiciera regresar al aerobote o lo derribara. La coronela dijo que estaba intentando comunicar con los fugitivos, aunque sin recibir respuesta. Dio el enterado y se despidió.

Tuanko y Virela cruzaron entre sí una mirada preocupada.

—Temo que pese a todo no va a poder ayudarnos —dijo Tuanko volviendo el dial a la longitud de onda que solía utilizar el aerobote —. Nuestro aparato no desarrolla la suficiente velocidad para ponernos a salvo antes de que el Mando renacentista entre en sospechas de lo que ocurre y envíe otra escuadrilla de "Deltas" contra nosotros.

La voz de la coronela brotó del amplificador.

—¡Hola, Tuanko! Atienda, sé que me están escuchando. Vamos a concederles un plazo de cinco minutos para que reflexionen y regresen. En caso contrario nos veremos obligados a destruirles.

Apenas había acabado de hablar la coronela cuando Melania Ovando advirtió:

—¡Atención, están haciendo de nuevo señales luminosas!

Tuanko miró a través de la cubierta transparente del aerobote. En efecto, de la carlinga del "Delta" estaban haciendo señales luminosas.

—Lo si-en-to só-lo hay u-na for-ma de a-yu-dar-les. Vi-ren no-ven-ta gra-dos a ba-bor y di-rí-jan-se a la pe-nín-su-la de Pun-ta Al-ba de-ján-do-se ca-er co-mo si hu-bie-ran si-do de-rri-ba-dos.

Poco había donde escoger, y entre lo poco la solución propuesta por la coronela Aneto era la que parecía ofrecer mayores

probabilidades de éxito.

La península de Punta Alba, de extensión parecida a Australia, colgaba por así decirlo como un pendiente del extremo de un gran arco de casi seis mil kilómetros de cuerda. Hacia la parte central del golfo estaba la ciudad de Arbra, y en el extremo inferior Godsa, otra de las ciudades ghuro que disfrutaban de un régimen autónomo. En el extremo superior, pero fuera del golfo, por encima de Punta Alba, se encontraba Zubia.

Si conseguían llegar a la costa podrían cruzar más tarde la península y llegar hasta Zubia.

Tuanko empuñó el volante, haciendo describir al aerobote un viraje de noventa grados. Volaban a casi 10.000 kilómetros por hora y a una altura de 50.000 metros. Tuanko calculó que podrían alcanzar la costa y dejarse caer en la impenetrable selva de la península Punta Alba en unos quince minutos de vuelo, antes que el Mando renacentista descubriera el engaño de la coronela Aneto y pudieran alcanzarles los "Delta" que enviarían en su busca.

En efecto, durante cinco minutos los "Delta" acompañaron al aerobote volando a su lado. En este momento Tuanko empezó a descender y perder velocidad. Los dos cazas abandonaron la persecución y pusieron proa al norte alejándose.

Los "Delta" eran las aeronaves más rápidas del mundo. Nadie podría alcanzarles en los 450 millones de kilómetros que todavía tendrían que volar hasta llegar a Maquetania. En un minuto los dos aparatos se habían perdido de vista.

Ocho minutos después, Tuanko Aznar tomaba tierra en un claro de la jungla próximo al mar, en la costa sur de Punta Alba, y hacía avanzar el aparato hasta dejarlo oculto bajo los grandes árboles. Todo lo que tenían que hacer era esperar a que llegaran otros "Delta" en su busca y que se marcharan sin encontrarles. Más tarde intentarían llegar a Zubia.

CAPÍTULO II

A la edad de noventa y ocho años el Almirante Miguel Ángel Aznar había dejado atrás el primer tercio de su existencia. Con una apariencia todavía joven, se encontraba, por así decirlo, en el umbral de la vejez.

A partir de esta edad el hombre empezaba a perder facultades. Disminuía su actividad sexual, veía clarear sus cabellos y empezaba a tener problemas con determinados órganos de función vital. La Medicina, la Cirugía y la Tecnología ofrecían valiosos recursos para prolongar la vida del hombre, especialmente en orden a la imposición de órganos artificiales, injertos y trasplantes. Pero el futuro, en general, no ofrecía perspectivas muy halagüeñas al centenario.

Salvo excepciones, a esta edad el hombre había cambiado más de una vez de esposa, había visto distanciarse a los hijos y perdido de cuenta el número de sus bisnietos. Entre los cien y los ciento cincuenta años se registraba el mayor índice de suicidios y enajenaciones mentales.

El Almirante Aznar, para suerte suya, había nacido en la Era Feliz. Hoy la Medicina ya no trataba desesperadamente de alargar la vida a base de fármacos, injertos y trasplantes.

Ya no se luchaba para vencer a la vejez, empresa inútil en la que la Medicina siempre terminaba vencida a la larga. Sencillamente se eliminaba la vejez. La solución consistía en dar el "salto atrás", es decir, abandonar el organismo cansado y deteriorado y regresar a la naturaleza que uno tuvo en los floridos años jóvenes. Algo que en una época no muy lejana no era permitido siquiera soñar, y que actualmente era posible gracias a la máquina "Karendón".

¡Maravillosa "Karendón", portadora de la abundancia y la felicidad!

La "Karendón" era la moderna versión del mítico cuerno de la

abundancia.

El conocimiento de la estructura atómica había llevado al hombre a la sorprendente conclusión de que todo el mundo material existía en forma de cargas eléctricas de signos distintos. El átomo estaba formado de electrones (carga negativa), de neutrones (sin carga eléctrica), protones (carga positiva), además de neutrinos, positrones, mesones, fotones, piones (π), kaones (mesones K^+, K^-, K^0), lambdas (λ), sigmas (Σ), cascadas (Ξ) y las llamadas "resonancias".

Cada átomo tenía sus características propias, y todos los que pertenecían a un mismo elemento estaban combinados entre sí de la misma forma.

La "Karendón" era básicamente una máquina analítica; descomponía la materia analizando su estructura y escribía el resultado mediante un código de perforaciones sobre una cinta metálica. Simultáneamente establecía las coordenadas donde estaba situado cada átomo.

Si trabajando a la inversa la máquina fuera capaz de crear átomos de distintas estructuras y colocar cada átomo en el lugar que le correspondía según el modelo original, el resultado sería la restitución total del objeto previamente analizado, y éste tendría idénticas características y forma que el modelo.

¡La "Karendón" podía hacerlo!

Alimentada por un poderoso caudal de energía eléctrica, la "Karendón" reconstruía la estructura atómica y situaba cada átomo en el lugar que le correspondía según el modelo analizado. ¡La "Karendón" transformaba la energía en materia!

No en cualquier materia al azar, sino en una determinada clase de materia, o de una combinación de distintas clases de materias que configuraba en volúmenes, formas, pesos, colores, olores y sabores… ¡algo realmente fantástico!

Bastaba echar una mirada a las posibilidades de la máquina para comprender que ésta no tenía más limitación que la natural y lógica referida al tamaño de las cosas. Todo lo que pudiera meterse dentro de la cámara de una "Karendón" era susceptible de ser desintegrado, analizado y vuelto a materializar. No una, sino tantas veces como se utilizara la cinta perforada que la máquina había elaborado en primer lugar. Metales, materiales, cualquier objeto,

cualquier máquina. Vegetales, animales… ¡y seres humanos!

Para la “Karendón” un hombre no era distinto de cualquier otra cosa. El ser humano, al fin y al cabo, estaba constituido por átomos, como todo cuanto existía en la Naturaleza.

¿Qué ocurría cuando un hombre era desmaterializado en la “Karendón”? Destruida la materia, el hombre lógicamente debía morir. Pero si tal cual era volvía a ser materializado, ¿volvía a vivir?

La respuesta era afirmativa, sólo que inmediatamente surgía otra pregunta inquietante. ¿Cuántos seres humanos idénticos podía crear una “Karendón”, tomando como base la cinta perforada en la cual estaban consignados los datos relativos a la naturaleza de un hombre determinado?

Parecía a simple vista que no debería existir limitación alguna. Sin embargo, en la práctica, se demostraba otra cosa. La “Karendón”, en efecto, podía crear tantos hombres idénticos como veces leyera la cinta perforada donde estaba escrita la fórmula de los componentes físicos del modelo. ¡Pero de todos los sosias que la máquina era capaz de crear, sólo uno de ellos tendría vida! Todos los demás que salieran de la máquina serían cadáveres.

No existía explicación lógica para este fenómeno, excepto que se apelara a la Metafísica. El extraño comportamiento de la máquina había originado interminables discusiones de tipo filosófico. La respuesta más verosímil era aquella que más costaba admitir, a saber: la máquina demostraba de manera irrefutable la controvertida trasmigración del alma.

El hombre desmaterializado en la “Karendón” disfrutaba de una condición especial. Su materia estaba constituida de átomos, y la energía de éstos era liberada de forma súbita y violenta. El alma, que también era energía, era expulsada del cuerpo mortal, al contrario de lo que ocurría en la muerte natural, en que era el alma la que abandonaba el cuerpo. La vida del individuo no terminaba con este accidente, sólo quedaba interrumpida. Cuando la máquina reconstruía la materia el alma (la vida) regresaba al cuerpo restituido. Esto ocurría siempre, cualquiera que fuese el tiempo transcurrido entre la última desmaterialización y la siguiente materialización.

Las consecuencias de este fenómeno eran fabulosas. Significaba

que un hombre podía “ausentarse” del mundo material un tiempo ilimitado, y regresar con la misma edad años, siglos o milenios después. En las largas travesías espaciales, en las que se invertían prolongados períodos de tiempo, los cosmonautas eran desmaterializados en el momento de partir y restituidos de nuevo al llegar al punto de destino.

Pero de todas las aplicaciones prácticas de la “Karendón” ninguna era tan valiosa como aquella que permitía al hombre prolongar indefinidamente su vida. La técnica no podía ser más sencilla. A la edad de veinte años el individuo era desmaterializado en una “Karendón”, para ser restituido inmediatamente. La cinta perforada obtenida por la máquina se guardaba en un archivo convenientemente clasificada. Cuarenta, cincuenta, o sesenta años más tarde el mismo individuo se dirigía de nuevo a la “Karendón” y solicitaba reencarnar en el cuerpo que tenía a la edad de veinte años. El hombre viejo era desmaterializado y a continuación restituido por la cinta perforada guardada desde años atrás. El alma del individuo se incorporaba al cuerpo de veinte años y el hombre así rejuvenecido estaba en condiciones de vivir otros cuarenta, cincuenta o sesenta años, hasta que los achaques, las enfermedades y complicaciones propias de la vejez, aconsejaban una nueva reencarnación.

Después de laboriosas gestiones, al cabo de cincuenta años, el Almirante Aznar había conseguido, a través de los amigos que todavía conservaba en Renacimiento, una cinta magnética grabada con los datos que figuraban en otra cinta perforada de oro cerrada bajo llave en los archivos de la policía macjuanista.

A los veintiún años Miguel Ángel Aznar Bogani había embarcado en el autoplaneta “Valera” formando parte de la expedición militar que iba a tratar de reconquistar los planetas terrícolas, ocupados por los hombres de titanio. Durante este viaje, en el que “Valera” iba a invertir trescientos años, se utilizó por primera vez la técnica de la desmaterialización en masa pan toda la población del autoplaneta. A esta edad se remontaba la cinta perforada que el Almirante acababa de recuperar.

Aunque esta cinta representaba el testimonio de la desmaterialización más antigua, el Almirante Aznar había pasado por otras muchas desmaterializaciones posteriores. Después de

reconquistar la Tierra el autoplaneta “Valera” voló a través del hiperespacio hasta un remoto sistema solar de estrellas dobles. Posteriormente, de nuevo a través del hiperespacio, llegó hasta el anti-universo, donde entró en contacto con criaturas inteligentes de anti-materia, y finalmente regresó al circumplaneta Atolón. Todos estos viajes fueron realizados aplicando la desmaterialización masiva a los tripulantes del autoplaneta.

Cuando el Almirante Aznar regresó a Atolón tenía cuarenta y siete años y había vivido veintiséis lejos del circumplaneta. Pero en su ausencia el tiempo real transcurrido en Atolón era… ¡un millón de años! De la civilización terrícola que los valeranos dejaron al marchar no quedaba ni rastro.

El circumplaneta, que antes formaba un anillo perfecto, se había roto en trece secciones. Los trece nuevos planetas estaban habitados por un nuevo pueblo llegado de algún remoto lugar del Universo: los ghuros.

En el circumplaneta quedaban también algunas tribus salvajes de humanoides, los últimos supervivientes de la civilización terrícola que allí se había desarrollado y luego se extinguió misteriosamente. Estas tribus, llamadas tapos, poseían sorprendentes facultades paragnósticas, a pesar de que no sabían leer ni escribir y habían perdido toda noción de su origen.

Los ghuros, superiores en cultura a los tapos, llegaron al circumplaneta cuando ya se había extinguido la civilización atolonita y ocuparon el vacío dejado por aquélla, reduciendo a los feroces insectos gigantes (las mantis) y acomodándose a sus anchas en un territorio inmenso, veintitrés millones quinientas sesenta mil cuarenta y siete veces mayor que todo el globo de la Tierra.

Aunque muy avanzados técnicamente, los ghuros vivían con ejemplar sobriedad, casi ascéticamente. Se alimentaban exclusivamente de placton y algas de finísima calidad, que ellos mismos cultivaban en aguas claras y poco profundas de los mares. Su organismo parecía estar continuamente hambriento de sol, con cuyas radiaciones se realizaba su metabolismo.

La vida de los ghuros estaba, por razón de su alimentación, estrechamente vinculada al mar, a lo largo de cuyas costas levantaban sus ciudades. Se reproducían por fragmentación, de forma parecida a las estrellas de mar. Cada cierto tiempo el ghuro,

que tenía cuatro brazos, perdía los dos inferiores, y de cada uno de ellos se formaba un nuevo ser completo.

Los ghuros eran muy amantes de sus libertades, a tal punto que cada ciudad disfrutaba de un régimen de total autonomía respecto a las vecinas y a las del resto del circumplaneta, estando constituidas como ciudades-república. No obstante solían asociarse para llevar a cabo empresas en común, tales como la defensa del circumplaneta contra agentes llegados del exterior.

El único enemigo exterior que los ghuros conocieron en sus ciento cincuenta mil años de dominio del circumplaneta fueron los valeranos, que llegaron inesperadamente tripulando un planetillo hueco de dimensiones muy semejantes a las de la Luna.

Los ghuros no tenían un idioma articulado, eran mudos y se comunicaban entre sí telepáticamente. Debido a esta dificultad de entendimiento se produjo el primer choque violento entre valeranos y ghuros. Una escuadra sideral valerana que se dirigía al circumplaneta fue destruida totalmente por una fuerza superior ghuro. El Almirante Mayor del autoplaneta “Valera”, padre de Miguel Ángel Aznar, desapareció en la batalla. El Almirante Juan MacLane accedió al mando supremo de “Valera” a título de Almirante Mayor.

Después del primer descalabro, los valeranos se mostraban reacios a participar en una guerra de reconquista que se anunciaba larga y difícil. Los valeranos sólo eran veintidós millones, frente a un número de ghuros que podía cifrarse en varios miles de millones. Cansados de luchar en todas partes, los valeranos renunciaron a reconquistar Atolón y reclamaron un gobierno democrático elegido por sufragio universal.

Las pretensiones de los valeranos eran contrarias a los propósitos de MacLane, quien apenas en posesión del mando supremo se mostró como un dictador. MacLane decidió emprender la reconquista del autoplaneta contra la voluntad del pueblo. Para ello multiplicó en varios millones, utilizando las “Karendón”, un robot de origen bartpurano llamado Izrail, tan perfecto como un ser humano, a quienes se adiestró como soldados y pilotos. La idea de MacLane fracasó cuando los robots se amotinaron, negándose a luchar.

En “Valera”, el pueblo se armó después de asaltar los arsenales y

se lanzó a la calle para aniquilar a la policía militar formada exclusivamente de izrailitas. En la lucha entre valeranos e izrailitas se perdieron muchas vidas. El pueblo, furioso y armado, reclamó amenazadoramente un gobierno de base popular, llegando a tal extremo que forzó al Estado Mayor General a exigir la dimisión del Almirante MacLane, nombrando en su lugar al joven Almirante Aznar.

Bajo el gobierno del joven Miguel Ángel Aznar se llevó a cabo la transición entre un régimen militar y la instauración de una república democrática. Pero el pueblo, no satisfecho con haber conseguido un gobierno democrático, exigió responsabilidades. La oligarquía que apoyó al anterior régimen fue condenada al ostracismo y deportada a Atolón junto con sus familias.

En total, 755.580 exilados, entre ellos el Almirante Aznar, su hermano y su sobrino, fueron desembarcados en el antiguo territorio de Bartpur, un continente oceánico de dimensiones un poco menores que las de toda Asia. Apenas desembarcado en Bartpur, el Almirante MacLane repuso la dictadura que había fracasado en "Valera" y ordenó el arresto de los Aznar. Pero éstos consiguieron escapar y, después de muchas vicisitudes, fueron capturados por los ghuros, de quienes recibieron auxilio y trato humanitario.

Era muy poco lo que se sabía acerca de los ghuros y la experiencia demostró que estaban lejos de parecerse a la imagen que de ellos se formaron los valeranos.

Gracias a la intercesión del doctor Aznar y su hijo Fidel, cuyas facultades paragnósticas tenían ciertos puntos en común con los ghuros, especialmente en lo tocante a la telepatía, pudo llegarse a la firma de un acuerdo de convivencia pacífica entre las naciones ghuro y la pequeña colonia de exilados, a la que éstos llamaron Renacimiento.

MacLane se comprometió a ceder a los ghuros la explotación de los recursos de los mares y océanos, respetando las ciudades de aquéllos a lo largo de las costas. Por el contrario, rechazó de plano la pretensión de los ghuros de obtener algunas máquinas "Karendón", que éstos habrían copiado extendiendo su uso a todo el circumplaneta.

Qué duda cabía que las máquinas "Karendón" habrían abierto

un huevo horizonte a los ghuros, resolviendo de una vez para siempre el problema de la alimentación de grandes multitudes a un costo insignificante.

Mirando todavía más lejos, en el futuro, MacLane temió un aumento del poder y un incremento de la población ghuro, que habría frenado los planes expansionistas de la colonia. Aunque negociaba desde una posición de debilidad, MacLane se mostró enérgico en su negativa y consiguió lo inesperado. Los ghuros renunciaron a las “Karendón” y aceptaron el resto de las condiciones del tratado.

La satisfacción de MacLane, que pensaba haber obtenido una gran victoria diplomática, sólo duró lo que tardó en saber que los ghuros acababan de conseguir su primera “Karendón”… construida por el doctor Fidel Aznar con ayuda de la tecnología ghuro. El Almirante Aznar tenía entonces cincuenta años.

La reacción de MacLane fue tan violenta que en poco estuvo que no desencadenara una guerra contra el país de los ghuros. Pero hacerlo habría supuesto un fatal error. La colonia sólo llevaba tres años en Bartpur y no contaba con fuerzas suficientes para enfrentarse a una coaligación de los ghuros, mucho más fuertes ahora que tenían las máquinas “Karendón”.

Toda la cólera de MacLane se redujo a juzgar a los Aznar en rebeldía y condenarlos a muerte acusados de alta traición. Los Aznar se rieron de una sentencia que no podía alcanzarles, pero jamás pudieron poner los pies en Renacimiento ni conseguir que les fueran entregadas las cintas perforadas de sus más antiguas desmaterializaciones.

En aquella época, el Almirante Aznar llevaba a cabo la gran empresa de su vida, que consistió en recorrer los trece planetas de Atolón, entablando diálogo con las dispersas tribus tapo, y persuadirles para que se reunieran formando una nación única que se llamó República de Maquetania o República Tapo.

Los tapos eran un pueblo de grandes cualidades. Valientes, amantes de la libertad, con un coeficiente de inteligencia superior al de los mismos valeranos, poseían dotes paranormales extraordinarias, algunas de las cuales habían desarrollado en su larga lucha de sobrevivir a las duras condiciones del circumplaneta, acosados por las feroces mantis y, aunque en menor medida,

también por los ghuros.

A través de una larga y paciente labor de captación, el Almirante Aznar llegó a reunir más de cien millones de tapos, creando una nación más grande y poderosa que la colonia de Renacimiento. Los tapos adoraban al Almirante, de quien lo habían recibido todo y a quien por unanimidad nombraron Padre de la república, título equivalente al de presidente de la nación.

A la edad de noventa y ocho años, el Almirante Aznar vio la posibilidad de retornar a sus jóvenes años veinte. Con la cinta magnética en su poder se dirigió al Instituto Tecnológico, cuyo director era Latorre, un huido del régimen macjuanista. La colonia terrícola en Maquetania era muy numerosa y seguía aumentando cada día con la llegada de nuevos huidos. La aportación de estos científicos e intelectuales al desarrollo de la joven República Tapo había sido realmente importante. De ellos podía decirse que eran la levadura de una nueva generación de jóvenes científicos tapo, que estaban transformando el país en un moderno y pujante estado.

En el Instituto Tecnológico de Hiperburgo, enorme complejo en el que se formaban y trabajaban más de veinte mil científicos en diversas especialidades, el profesor Latorre acompañó personalmente al Almirante Aznar al departamento de las máquinas "Karendón".

—A lo mejor me han gastado una broma y me envían la fórmula de un mono en lugar de la mía verdadera —dijo el Almirante Aznar.

La primera tarea consistía en perforar una cinta metálica sobre los datos que figuraban grabados en una cinta magnética. Confeccionada la cinta de oro se introdujo ésta en una "Karendón" que restituyó el cuerpo físico de Miguel Ángel Aznar Bogani en uniforme de capitán de navío de la Armada Sideral de Nueva Hispania, cuando tenía la edad de veintidós años.

Causó al Almirante una extraña emoción contemplarse a sí mismo en el cadáver de aquel joven apuesto y vigoroso. Hecha la comprobación, el cadáver fue desmaterializado en la misma cámara donde había sido restituido.

El siguiente paso consistía en introducir al Almirante en la máquina, desmaterializarle y, a continuación, materializar de nuevo el cuerpo de veintidós años. El alma del Almirante Aznar transmigraría y aparecería dando vida al joven capitán de navío.

Pero antes de efectuar “el salto” quedaba por hacer otra cosa importante.

El cuerpo al cual el Almirante se proponía transmigrar era una copia, átomo por átomo, del hombre que había sido a la edad de veintidós años. Hasta los pelos de la cabeza y el vello de los brazos eran, uno por uno, idénticos al modelo original. Y en el mismo caso estaban las células cerebrales. Es decir, el joven de veintidós años en el cual reencarnaría el Almirante no conservaría más recuerdos que los que correspondían a la edad que tenía en el momento de obtenerse esta cinta perforada.

Por lo general, el individuo que transmigraba aspiraba a hacer realidad aquel deseo tantas veces repetido: “saber todo lo que sé y volver a empezar de nuevo”. Esto era posible gracias a la máquina “psí”.

La máquina “psí” representaba el logro de largos siglos de estudio del mecanismo y el comportamiento de la mente. La ciencia había conseguido interpretar el complejo proceso electroquímico mediante el cual las células cerebrales formaban el tejido del pensamiento y fijaban los recuerdos en la memoria.

Concebida en un principio para explorar la mente y tratar las enfermedades psíquicas, la máquina había evolucionado de forma continua, ampliando su campo de aplicaciones. La “psí” exploraba las formas en que se enlazaban y combinaban las células cerebrales, “leía” las ideas y podía extraer de la mente el pensamiento más oculto y traducirlo todo a un código de señales eléctricas que se grababan en una cinta magnética.

Ningún delincuente o enfermo mental podía resistirse al interrogatorio practicado por medio de una máquina “psí”.

En cuanto a la reforma de los delincuentes o la corrección de la personalidad, la “psí” era insustituible. La máquina podía borrar en parte o todo el contenido de la mente, dejarla en blanco y grabarla de huevo.

Esta propiedad de la “psí” de “leer” y “grabar” sobre la mente era utilizada también para la enseñanza. Todas las materias que se consideraban esenciales en el plan de estudios se extraían de las mentes de los eruditos y especialistas y se grababan en cintas magnéticas.

El alumno que iba a asimilar estas materias recibía unos

electrodos en el canal de recepción de la memoria, los cuales se conectaban a la máquina. En estado hipnótico, el alumno recibía la información contenida en las cintas magnéticas, mediante una serie de impulsos eléctricos que estimulaban la reacción de las células cerebrales. Estas células se ordenaban y encadenaban formando la estructura de las ideas, que a su vez quedaban almacenadas en la memoria. Sin intervención de la voluntad del individuo y sin esfuerzo alguno por parte de éste, su mente era enriquecida con los conocimientos y experiencias adquiridos a través de la “psí”.

La “psí” había dado resultados fabulosos en el campo de la enseñanza. En la parte negativa tenía el inconveniente de todas las máquinas a las que se daba un mal uso. Podía destruir la personalidad del individuo, doblegar los espíritus más rebeldes y convertir a los seres humanos en bestias obedientes a cualquier imposición. Una de las razones por la cual duraba tanto la dictadura de MacLane era debida a la enseñanza dirigida y controlada desde los estamentos del poder más aborrecible. En manos del régimen macjuanista las máquinas “psí” se habían convertido en auténticas fábricas de autómatas.

Seguro de poder transmigrar a su joven cuerpo, el Almirante se dirigió al Centro de Estudios Psiquiátricos, cuyo director era el doctor Fidel Aznar, su hermano (Adler Ban Aldrik). El doctor Aznar no se encontraba en aquellos momentos en el Centro, llevaba dos semanas ausente, dedicado a ciertas investigaciones arqueológicas en el país de los ghuros. Le recibió la doctora Isabel Devesa, una exilada del régimen macjuanista que recientemente había dado “el salto”, reencarnando en un hermoso cuerpo de veinticinco años.

En el Centro de Estudios Psiquiátricos fue sometido a un proceso que consistía en extraer de su mente todos los recuerdos, vivencias, conocimientos y experiencias acumulados a lo largo de sus noventa y ocho años, grabándolo en cierto número de cintas magnéticas.

Isabel Devesa, que conocía al Almirante Aznar de muchos años y se permitía tutearle, dijo:

—Ya puedes ir en busca de tu cuerpo.

—Cuando me veas entrar no me vas a conocer —le dijo el Almirante en son de chanza.

—Tú no me conocerás a mí —contestó la doctora.

En efecto, así ocurrió. En el Instituto Tecnológico el Almirante se

despojó de la chaqueta y vació sus bolsillos antes de entrar en la cámara de una máquina “Karendón”. En el interior de la cámara el Almirante fue desintegrado totalmente en mitad de un vivísimo relámpago. Los operadores retiraron la cinta perforada obtenida de la desmaterialización del Almirante e insertaron en su lugar la cinta que había sido perforada unas horas antes sobre la cinta magnética recibida de Renacimiento.

Un minuto después la “Karendón” materializaba en la cámara de restitución al joven Miguel Ángel Aznar Bogani.

El hombre que salió por su propio pie de la cámara era un alto y apuesto muchacho que vestía el uniforme blanco de la Armada Sideral Valerana con galones de capitán de navío.

El capitán miró sorprendido a los hombres de bata blanca que le contemplaban con expresión divertida.

—Hola —dijo el capitán—. ¿Dónde estoy?

—Está usted en el Instituto Tecnológico de Hiperburgo.

—¿Hiperburgo es una nueva ciudad de Valera?

—No estamos en Valera, sino en el circumplaneta Atolón.

—¿Hemos regresado al circumplaneta? —preguntó el capitán mostrando cierta inquietud—. ¡Pero si volábamos en dirección a la Tierra! ¿Qué ha ocurrido?

—Soy el profesor Latorre —dijo uno de los hombres de bata blanca—. Para evitarle mayores sobresaltos le diré que está usted en su segunda reencarnación. Tenía noventa y ocho años y acababa de transmigrar a su ser de veintidós. No puede recordar nada de cuanto ha ocurrido entre los veintidós y los noventa y ocho años porque sus vivencias pertenecen a la mente del cuerpo que acaba de abandonar. Pero no tiene que preocuparse, todo su pasado está registrado en algunas cintas magnéticas que le esperan en el Centro de Estudios Psiquiátricos. Tendré mucho gusto en acompañarle personalmente, usted no sabría cómo llegar allá.

Tan atónito que parecía incapaz de articular palabra, el joven capitán recibió algunos objetos que al parecer le pertenecían: pañuelo, llavero, pluma fuente, encendedor y una carterita de cuero que contenía una tarjeta de identidad. El joven abrió la cartera, leo la tarjeta y miró asombrado la fotografía.

—Almirante Miguel Ángel Aznar Bogani… ¡soy yo! —exclamó con acento que hizo sonreír a los presentes. Cierta sospecha le hizo

arrugar el ceño—: ¿Llegué realmente a Almirante, o es todo una broma?

—Llegó a más que Almirante —afirmó Latorre—. Es usted presidente de una nación de trescientos millones de súbditos, la República Tapo, oficialmente República de Maquetania.

—Lo último que recuerdo es que íbamos camino de la Tierra. Yo llevaba dos años de servicio de guardia mientras mi padre y la mayoría de los habitantes de "Valera" estaban ausentes, desmaterializados. ¿Dónde está mi padre?

—Si no hace preguntas se evitará respuestas que pueden causarle dolor. Espere a recibir su pasado y todo se le aparecerá claro entonces.

Miguel Ángel Aznar asintió con la cabeza. Luego siguió al profesor Latorre, que se había despojado de la bata y le guió hasta un patio de estacionamiento de aerobotes. Poco después los dos hombres se elevaban en un aerobote y Miguel Ángel lanzaba una sorprendida mirada sobre la ciudad que se extendía a sus pies.

No cabía duda de que se encontraban en el circumplaneta.

Los dos signos más conspicuos de Atolón eran su sol, mayor que el de la Tierra, brillando siempre inmóvil en el cenit, y la concavidad de su superficie. El circumplaneta era un gigantesco anillo de materia solidificada. Desde cualquier punto de él podría verse el resto de los continentes y los mares de la totalidad de este singular hiperplaneta.

La ciudad, Hiperburgo, se extendía hasta perderse de vista tras la neblina sobre valles y colinas, sin solución de continuidad. Ríos, lagos, bosques y montañas quedaban comprendidos dentro de esta ciudad enorme, formada por pequeñas casas unifamiliares medio emboscadas entre la fronda de los árboles. Aquí y allá, como dejadas caer, se levantaban algunas edificaciones de veinte o treinta pisos, generalmente rematadas por una antena de televisión. Cúpulas y torres, grandes techumbres, enormes esferas que brillaban al sol, aparecían entre las extensas manchas de verdor de los parques públicos.

Sobre la ciudad, en cuanto alcanzaba la vista, se movían en el aire ordenadas filas de aerobotes que seguían los canales direccionales electrónicos dirigiéndose de un lugar a otro.

—Es una ciudad muy grande —observó Miguel Ángel—.

¿Cuántos habitantes tiene?

—Veinticinco millones —contestó el profesor Latorre.

Volaban sobre gigantescos estadios, velódromos y canales.

—No entiendo nada de cuanto ocurre —murmuró el joven Aznar —. Cuando partimos para reconquistar la Tierra dejamos en Atolón una colonia que se llamó Nueva Hispania. Mi padre concebía el futuro de nuestra colonia como un estado único, universal y sin fronteras. ¿Por qué existe un país llamado República de Maquetania? ¿Es que no fuimos capaces de mantener nuestra unidad, fraccionándonos en múltiples estados independientes?

—No es lo que usted cree, Almirante. Pero prefiero no decírselo, se armaría un lío. En un par de horas lo sabrá todo, y entonces le parecerá natural cuanto ahora le sorprende.

Poco después el aerobote tomaba tierra en un gran patio de estacionamiento.

Al entrar en el Centro de Estudios Psiquiátricos Miguel Ángel se encontró ante una mujer alta y bella, que vestía una bata blanca y le saludó sonriendo.

—¿No sabe usted quién soy, verdad? —dijo la mujer—. Se lo dije, no me reconocería. No nos conocíamos cuando el autoplaneta Valera comenzó su viaje. Nos conocimos mucho después, durante la campaña contra los Hombres de Titanio.

—¿La Tierra fue conquistada?

—Sí, lo fue.

—Así ya me siento más tranquilo —dijo el joven Aznar.

El profesor Latorre y la doctora Devesa le acompañaron hasta una sala climatizada que tenía la particularidad de carecer de ventanas y luces directas.

—¿Una máquina “psí”? —señaló Miguel Ángel a la gran computadora que ocupaba el lugar principal en la habitación.

Le hicieron sentarse en un cómodo sillón reclinable y le administraron una droga por vía intravenosa. Quedó dormido al instante. Cuando despertó no vio nada de particular en cuanto le rodeaba. Allí estaba la doctora Isabel Devesa con sus ayudantes, el profesor Latorre y la ya familiar máquina “psí”, con la que había tenido experiencias anteriores. No tuvo que hacer ningún esfuerzo por recordar nada referente al pasado o al presente. Era el Almirante Aznar, presidente de la República Tapo, y estaba

realizando un intento por reencarnar en su joven cuerpo de veintidós años.

—¿Todo salió bien? —preguntó a la doctora.

—Eso debes saberlo tú mejor que nadie. ¿Cómo te sientes?

—Aturdido, tengo la cabeza como de corcho.

—Es causa de los efectos de la droga. Un sueño de ocho horas acabará por despejarte. Puedes quedarte aquí en el Centro o te llevamos a tu quinta.

—¡No, no! Me voy a casa. Falto muchas horas y nadie sabe dónde me encuentro —protestó el Almirante haciendo un esfuerzo para incorporarse.

Uno de los ayudantes de la doctora Devesa acudió solícito a poner el sillón en posición vertical. El resto de los técnicos empezaban a abandonar la habitación. La doctora le miró atentamente, como estudiándole profesionalmente.

—¿Anunciaste a tu familia tu propósito de reencarnar?

—¿A cuál familia? Mi hermano está ausente, a mi hijo hace semanas que no le veo y mis nietos se fueron a Arbra a disfrutar de unas vacaciones con su tío y su abuela. Me hubiera gustado mucho sorprender a todos, pero eso no va a ser posible. Se enterarán de mi transmigración por la radio o la televisión…

Había una cierta amargura en el acento del Almirante, un hombre en la cima de la popularidad y que, sin embargo, se sentía solo.

Cambiando de tono, el Almirante preguntó:

—¿Cómo crees que acogerán los tapos mi transformación? A lo mejor ni me reconocen.

—No has cambiado tanto, Almirante —dijo la doctora—. Sigues siendo el mismo en lo esencial, es decir, en tu carácter. Pienso que te preocupas demasiado de cuidar tu imagen, precisamente en un país donde lo que cuenta es lo que uno lleva dentro. Olvidas que a estos tapos no se les puede engañar con palabras. Si este pueblo te quiere, es por ti mismo, no por tu empeño en ofrecer una imagen del perfecto presidente de una república.

—¿Quieres saber una cosa, doctora? Voy a renunciar a la presidencia. Quiero volver al servicio activo en la Armada, ser yo mismo, no tener que estar cuidando continuamente mi imagen. Tengo veintidós años y la experiencia de un hombre de noventa y

ocho. Espero rehacer mi vida evitando si puedo los errores que cometí en mi existencia anterior.

Isabel Devesa hizo una mueca.

—Eres un hombre público, Almirante. Destinado a ser un conductor de hombres y de pueblos. Por más que lo intentes no podrás evitar ser quien eres.

—¡No, nada de hombre público! —rechazó el Almirante—. Lo único que deseo es emprender una nueva vida.

Una linda joven, vestida con una bata blanca, entró en la habitación disculpándose:

—Perdone, señor presidente. Hay una llamada personal del secretario de Estado preguntando por usted. Parece que se trata de un asunto grave.

—¿Asunto familiar? —preguntó el Almirante.

—No lo dijo, señor.

Miguel Ángel Aznar señaló un pequeño aparato de televisión que formaba parte del mobiliario de la sala.

—¿Puedo utilizar ese videófono? Pónganme aquí la llamada.

La muchacha salió y el Almirante miró a la doctora Devesa haciendo una mueca.

—Hubiera sido un acierto retroceder a los veintidós años dejando totalmente en blanco mis experiencias de todo el tiempo que viví después de esa edad.

Se dirigió al videófono, lo encendió y esperó hasta que apareció en la pantalla el busto del secretario de Estado, señor Dolf.

—Señor presidente… —empezó el secretario de Estado, y se interrumpió poniendo cara de asombro—. ¡Usted no es el presidente!

—¿Tanto he cambiado, señor Dolf? —sonrió el Almirante.

—¿Es usted mismo, señor presidente?

—Como era a los veintidós años. Acabo de dar "el salto" atrás. Puede decirme lo que tenga que decir sin temor a violar ningún secreto. Soy yo mismo, se lo aseguro. ¿Qué ocurre?

—La situación es grave, señor presidente. Tropas de desembarco macjuanistas han tomado al asalto la ciudad de Arbra. Las últimas noticias indican que se dirigen también sobre la ciudad autónoma de Godsa.

—¿Qué se sabe de nuestra embajada en Arbra? —preguntó el

Almirante.

—Sin noticias, señor presidente. Para ser sincero, existen fundados motivos para temer que todos hayan caído prisioneros.

El Almirante apretó fuertemente la mandíbula.

—¿Quiere hacerme un favor, señor Dolf? Reúna al Gabinete, trataremos este asunto dentro de un par de horas en el Parlamento.

—Sí, señor presidente.

La imagen del secretario de Estado se desvaneció en la pequeña pantalla. El Almirante apagó el aparato y se volvió hacia la doctora Devesa y el profesor Latorre, que seguían allí como mudos testigos de la breve y trascendente conversación.

—¡Lo hizo! —exclamó el Almirante—. Finalmente MacLane se atrevió a dar ese paso. El pretexto habrá sido la reciente fuga del Almirante Ovando, pero también mi sobrino Fidel está condenado a muerte por un tribunal macjuanista, lo mismo que mi hermano y yo mismo.

—MacLane no se atreverá a llevar a Fidel Aznar ante un piquete —aseguró la doctora Devesa.

—Así lo espero… así lo espero —murmuró el Almirante.

Sus ojos castaños tenían entonces un brillo amenazador.

CAPÍTULO III

La residencia presidencial en Hiperburgo era un hermoso palacete de mármol azul, de estilo grecorromano, llamado La Quinta. La piedra, como material noble, no suponía un lujo. Todos los materiales de construcción se obtenían a través de las máquinas “Karendón” a un costo de energía que difería poco de una a otra materia. El genio creador de esta pequeña obra de arte había sido Alejandro Aznar.

Aunque el palacete era bastante grande, por comparación con el tamaño de las casas de tipo familiar del resto de la ciudad, sólo estaba habitado por el Almirante y su hija Dalia. La servidumbre estaba proscrita en la República y La Quinta resultaba incluso demasiado grande para ser atendida por una sola persona, que en este caso era Dalia, aunque estuviese auxiliada por gran número de aparatos electrodomésticos. Dalia, en cierto modo, había sacrificado su vida dedicándola al cuidado de su padre. Lo cual no quería decir que la hermosa Dalia no tuviese su vida privada, incluyendo algunas aventuras de tipo sentimental, que el Almirante procuraba ignorar.

Los tapos no practicaban el matrimonio, ni siquiera a título de contrato temporal.

Los tapos, como los ghuros, poseían facultades telepáticas extraordinarias. Para un tapo, el pensamiento de otro tapo era tan transparente como el cristal. La sinceridad constituía la base de las relaciones de este pueblo singular; un tapo jamás decía una mentira.

Esta actitud abierta del carácter de los tapos resultaba de difícil asimilación a los terrícolas, cuyas relaciones sociales, incluso las afectivas, estaban marcadas por el signo de la falsedad y el disimulo. En orden a los contactos sexuales, por ejemplo, escandalizaba a los terrícolas el desenfado con que un hombre y una mujer tapos se ponían de acuerdo para acostarse juntos. La cosa

era sencilla para los tapos, supuesto que la mutua atracción se expresaba telepáticamente sin necesidad de palabras.

Para llegar al mismo punto, un hombre y una mujer terrícolas solían dar infinidad de rodeos, y, en la mayoría de las ocasiones, lo que pudo haber sido una experiencia feliz quedaba en un deseo no expresado y jamás realizado.

Los terrícolas de Renacimiento tenían a los tapos por un pueblo amoral, falto de principios y escrúpulos, dedicado exclusivamente a la satisfacción de sus apetitos sexuales, concepto erróneo que derivaba de la dificultad de comprender las singularidades del carácter tapo, formado a lo largo de milenios de continua evolución.

Si los terrícolas hubiesen recibido por generación espontánea el don de la comunicación telepática, no habrían sabido servirse de él. Hacían falta notables dosis de comprensión, de amor al prójimo, de generosidad, incluso de ingenuidad, para que cada individuo se mostrara abiertamente tal cual era. Para los terrícolas la experiencia habría resultado desastrosa.

La sinceridad de los tapos adquiría en ocasiones extremos de brutalidad, sobre todo cuando uno no estaba preparado para escuchar ciertas verdades. El propio Almirante Aznar tenía buena experiencia de ello.

Enamorado de una hermosa joven, Banda, el Almirante tuvo que vencer muchas dudas y temores antes de decidirse a unir su vida a la de una mujer tapo. Tuvieron dos hijos, Alejandro y Dalia. Durante veinticinco años el Almirante fue feliz. En este tiempo llevó a cabo la gran empresa de reunir a las tribus tapo dispersas por los trece planetas del conjunto de Atolón, creando la unidad nacional, elevando su nivel cultural y fundando las bases jurídicas de un moderno estado.

El Almirante tuvo que hacerlo todo prácticamente solo, siendo por esta razón llamado con justicia padre de la República Tapo. Durante todos estos años el Almirante viajó centenares de millones de kilómetros, sostuvo miles de entrevistas con los jefes de tribu, dirigió a su equipo de ayudantes en la creación de la primera ciudad y vivió encadenado a su misión de gobierno, dedicando escaso tiempo a su esposa y sus hijos.

Si el Almirante hubiese sido un tapo, o hubiese tenido al menos

las facultades telepáticas de su hermano y su sobrino, habría podido seguir paso a paso la evolución del pensamiento de Banda, conociendo cada momento en que se produjo cada decepción en el ánimo de su esposa. Y, de haberlo sabido, el Almirante habría acudido a enmendar su error. Pero no ocurrió de este modo. Después de veinticinco años, un día, inesperadamente, Banda le comunicó su decisión de abandonarle. Y el Almirante conoció entonces hasta qué punto la sinceridad de un tapo podía herir. Banda no le abandonaba simplemente para dedicar el resto de su vida a la meditación, sino para ir a vivir con Fidel Aznar, sobrino del Almirante.

Un tapo hubiera aceptado el abandono resignadamente, reconociendo el derecho de la parte contraria a buscar la felicidad por otros conductos. Pero el Almirante era un terrícola, con todos los condicionamientos propios de su origen y condición. Como presidente de una República había cuidado su imagen de hombre público, pretendiendo ser un ejemplo de ponderación, de estabilidad matrimonial, de fidelidad conyugal…

Todas las súplicas y las protestas, todas las promesas de enmienda del Almirante fueron inútiles. Banda había dejado de amarle. Amaba al vicealmirante Fidel Aznar e iba a vivir con él.

La circunstancia de que su propio sobrino fuera su rival todavía enfurecía más al Almirante, haciendo pensar a éste en confabulaciones y traiciones que nunca existieron. La verdad era que Fidel siempre había estado enamorado de Banda. En temperamento, en edad y porque ambos poseían facultades telepáticas semejantes, Banda y Fidel estaban más cerca uno de otro de lo que jamás estuvo Miguel Ángel de cada uno de ellos. Hasta los hijos aprobaron la decisión materna, contribuyendo a aumentar el bochorno del Almirante.

Un tapo era ante todo fiel a sus principios. Honestamente, Banda no podía continuar junto a Miguel Ángel Aznar cuando su amor era de otro hombre. La separación se consumó.

Humillado, el Almirante decidió renunciar a la presidencia de la República. Simultáneamente, Fidel Aznar se apartaba de la Armada Sideral Tapo, en la que había alcanzado el grado de vicealmirante, y aceptaba una misión diplomática en el planeta Sexto, al que los ghuros llamaban Veres. La nación tapo nunca llegó a comprender la

razón por la cual dos hombres tan valiosos adoptaban actitudes tan absurdas. Entre los tapos estas rupturas entre hombre y mujer eran frecuentes, y nadie se sorprendía por ello.

Diez años más tarde, a la edad de setenta y dos años, el Almirante Aznar volvía a reaparecer en la vida pública y era elegido de nuevo presidente de la República. Los años, la experiencia y la reflexión habían hecho de él un hombre más flemático y paciente, más en la línea de conducta y el temperamento de los tapos. Sus hijos se sintieron más identificados con él y, en general, todo fue mucho mejor. Incluso volvió a relacionarse con su sobrino, pero en los veinticinco años siguientes jamás volvió a ver a Banda. Ésta había transmigrado poco después de la separación, volviendo al aspecto y la juventud que tenía a los veinte años.

Todo era agua pasada el día que, después de transmigrar a su cuerpo mortal de veintidós años, el Almirante Aznar regresó a su residencia presidencial de La Quinta para cambiar de ropa. Dalia se le quedó mirando con expresión atónita.

—Soy yo mismo, tu padre. ¿He cambiado tanto que no me reconoces? —dijo el Almirante.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo has podido reencarnar?

—¿Sorprendida? Bueno, ciertos amigos de Renacimiento lograron sustraer una copia de la cinta perforada de mis jóvenes años veinte que el bestia de MacLane tiene guardada en su bóveda de seguridad.

—¡Fabuloso! —exclamó Dalia, quien añadió—: Esos amigos tuyos debieron arriesgar mucho para obtener esa copia.

—Pienso que debió ser obra del Almirante Ovando. En primer lugar, sólo contadas personas tienen acceso a la bóveda. Ovando era últimamente jefe de la Seguridad Interior. En el régimen macjuanista un hombre no puede negarse a aceptar un nombramiento. El jefe de Seguridad Interior tiene a su cargo todo el aparato represivo de la dictadura. Si MacLane pensó distinguir a Ovando con su confianza, lo que hizo en realidad fue colmar la capacidad de resignación del Almirante. Conozco a Ovando. Pese a sus errores, es un militar íntegro, un profesional, no un policía. Supongo que a partir de la fecha de su nombramiento Ovando empezó a planear su evasión. Lo que tal vez pensó muchas veces, y

nunca pudo realizar antes, se le ofreció como en bandeja. Desde su puesto de jefe de la policía lo tuvo más fácil. Quien quiera que sustrajera una copia de mi cinta perforada de la caja fuerte de MacLane sabía que se produciría una investigación a fondo, una vez se supiera que yo había podido reencarnar. Por lo tanto, sólo quien estuviera a punto de evadirse de Renacimiento podía enviarme la cinta en la confianza de no correr riesgos. Ovando está ahora en la ciudad-república de Arbra con su familia. Logró llegar hasta allí y pedir asilo en nuestra embajada. Pero MacLane no se resignó esta vez como las veces anteriores. La fuga de Ovando debió colmar su paciencia y le ha servido de pretexto para invadir Arbra.

Gracias a sus facultades telepáticas, heredadas de su madre, Dalia podía seguir el pensamiento de su padre allí donde se generaban las palabras. De hecho, Dalia se anticipaba a las palabras del Almirante.

—¡MacLane ha invadido Arbra! —exclamó—. ¡Y Tuanko y Virela están en Arbra!

—Sí, y también tu madre y tu primo Fidel, junto con tus hermanos Héctor y Loanda —dijo el Almirante, quien añadió después—: Pero en realidad el único que de veras me preocupa es Fidel. Fidel fue condenado a muerte por un tribunal macjuanista. Espero que MacLane no se emperre en su idea de hacer cumplir esa vieja sentencia.

—¿Cuál sería la situación si MacLane insistiera en matar al primo Fidel?

—Muy delicada. Soy el presidente de esta República y tío de Fidel, pero mis relaciones de parentesco no me autorizan a declarar la guerra a Renacimiento. No por una razón tan personal, entiéndelo. ¡No sería justo arrastrar a la muerte a millones de tapos para vengar una sola vida!

—Así, pues, ¿MacLane puede hacer lo que le venga en gana? Puede tener sometidos a cuarenta millones de individuos bajo una férrea dictadura, lanzar sus tropas de desembarco sobre pacíficas ciudades, capturar y hacer fusilar a quienes nunca se sometieron a su poder personal…

—¡Por Dios, Dalia, no te pongas así! —protestó el Almirante—. En algún punto las arbitrariedades y atropellos de MacLane tendrán que ser detenidos… pero no en Arbra seguramente, ni tampoco por

nuestra iniciativa. Son las repúblicas ghuro quienes tienen la palabra.

—El pueblo ghuro es tan pacífico, y está tan dividido en múltiples y pequeñas repúblicas, que nunca serán ellos por propia iniciativa quienes declaren la guerra. MacLane ha debido contar con ello y es por eso que se permite invadir ciudades como Arbra. Las otras ciudades pensarán como tú respecto al asunto de Fidel. Una ciudad no merece una guerra mundial, ni una vida que se pierdan otras muchas miles de vidas. Pero esa actitud no hará otra cosa que poner alas a las ambiciones expansionistas de Renacimiento, y otras ciudades y otras vidas se irán perdiendo en años sucesivos, hasta que en algún momento y algún lugar nos veamos obligados a decir ¡basta! Si ese día ha de llegar más tarde o más temprano, ¿por qué no ha de ser hoy mismo? ¿Qué esperas conseguir con una política de inútiles dilaciones?

El Almirante miró sorprendido a su hija, en cuyas verdes pupilas brillaba toda la fogosidad temperamental de los Aznar.

—Hija mía, tú no sabes lo que es una guerra —suspiró el Almirante—. No la has vivido, por lo tanto ignoras lo que es eso. La guerra es mala bajo cualquier punto que se la contemple. Solamente los locos como MacLane, con desprecio de los sufrimientos y la vida de millones de seres, arrastrarían a la guerra a toda una nación para satisfacción de sus ambiciones personales. Pero aunque yo fuera tan loco como él no podría declarar la guerra a Renacimiento. Las guerras en esta República no las ordena el presidente, sino que las decide la mayoría del Senado.

—Sin embargo, tú no vas a proponer siquiera que se considere la declaración de la guerra —dijo Dalia con acento acusador.

—Claro que no.

—¿Y dejarás que primo Fidel sea asesinado?

—Siempre hay más de una manera de hacer las cosas, y una guerra no salvaría a Fidel. Si las cosas se le pusieran mal a MacLane, éste le haría fusilar como acto último de venganza. Debe haber alguna otra forma de rescatar a Fidel, ya lo estudiaremos.

—¿Cuándo lo estudiarás? ¿Podrás encontrar tiempo para dedicarlo a pensar en tan insignificante asunto?

—¡Dalia! —protestó el Almirante con enojo.

Ella dejó caer la barbilla sobre el pecho y, mirando al suelo,

murmuró:

—Perdona, es que quiero mucho al primo Fidel… y no olvido que mi madre y mis hermanos están con él, corriendo tal vez su misma suerte.

—¿Crees que yo no les quiero, acaso? Por favor, ten paciencia y confía en tu padre.

Dalia asintió con mudo movimiento de cabeza. El Almirante adelantó una mano, le revolvió los rubios cabellos y luego se dirigió a la lujosa escalera de mármol para subir a sus habitaciones.

Al reencarnar en su cuerpo de veintidós años, el Almirante había salido de la “Karendón” con las mismas ropas que llevaba el día que fue desmaterializado. Estas ropas eran el uniforme de astronauta de la Armada Sideral Valerana, con galones de capitán de navío. Los uniformes habían evolucionado poco en los últimos setenta y seis años y la Armada Tapo continuaba utilizando el color blanco, aunque el corte de la guerrera y el pantalón eran algo distintos. También eran distintos los botones dorados y los emblemas.

El Almirante se dirigió al armario y al abrir éste se contempló en el espejo del lado interior de la puerta. Se sorprendió admirándose a sí mismo, pues nunca hubiera creído que hubiese cambiado tanto.

Que era la misma persona no cabía duda, pero la figura que le devolvía el espejo era más delgada, más esbelta y erguida. Por muy bien conservado que él mismo se hubiese creído, la verdad era que existían diferencias. El cabello era más negro y tupido, la tez más tersa y fina, el trazo de la boca más aniñado. ¡Divina juventud! Todos los fármacos del mundo no eran capaces de dar a los ojos de un centenario el brillo, la luz y la viveza en la mirada de un auténtico joven de veintidós años.

Éstas fueron las principales diferencias que advirtió el Almirante, y no le parecieron pocas.

La otra sorpresa fue descubrir que ninguno de los trajes del armario le iban bien. Las ropas de un hombre de noventa y ocho años le caían en pliegues y bolsas por todas partes. ¡Era tan delgado ahora!

Llamó a Dalia para que le viera. Dalia le miró sorprendida y luego se echo a reír.

—No puedes presentarte en el Parlamento con esa facha.

—Pues tendré que ir de todos modos, me están esperando.

—¿Por qué no te pones el uniforme que traías al llegar? Si te coso los botones del uniforme actual y cambias las charreteras nadie va a notar la diferencia.

—¿Quieres que me presente ante el Gabinete vestido de Almirante?

—Bueno, eres un Almirante, ¿no es cierto?

—Sí, en la reserva. Tendré que pasar por un almacén y buscar algo que me vaya bien. ¡Vaya una lata! Y apenas me queda tiempo.

Dalia apretó el botón de su reloj de pulsera electrónico.

—Es tarde, ya han cerrado los almacenes. Puedo buscar algo en mi armario. ¡Oh, sí, ahora recuerdo que Tuanko dejó por aquí una de sus chaquetas estampadas! Puedes conservar el pantalón blanco y ponerte esa chaqueta.

—¿Ponerme una de esas horribles chaquetas estampadas? Yo, el presidente. ¡Y a mi edad! —rechazó el Almirante.

—¡Pero si eres un chaval de veintidós años! —Le recordó Diana —. Fíjate, yo misma soy mayor que tú. Tengo cuarenta y seis años, ¡hasta podría ser tu madre! A tu edad puede ponerse uno cualquier cosa, incluso una chaqueta estampada. Tal vez a los tapos les agrade ver un presidente rejuvenecido.

—Pero no hasta tal punto. Cámbiame los botones y los emblemas, iré vestido de uniforme —decidió el Almirante.

Una hora más tarde, y un poco avergonzado, el presidente de la República saltaba de su aerobote en la playa de un estacionamiento, frente a las grandiosas escalinatas de mármol del edificio del Parlamento. El policía que acudió a hacerse cargo de la aeronave no le reconoció.

Al final de las largas escaleras, los dos policías que montaban guardia permanente a la entrada se miraron entre sí con aire sorprendido. El ujier de la sala de reuniones se negó a dejarle entrar. Abochornado, el Almirante estaba por dar media vuelta y retirarse cuando acertó a salir de la sala el secretario de Estado, señor Dolf.

Oria Dolf, que ya conocía las circunstancias de la reencarnación del presidente, aclaró la confusión y siguió al rejuvenecido Almirante hasta el interior de la sala donde esperaba el resto del Gabinete. Los ministros se pusieron en pie para rodear al presidente y felicitarle por su reciente transmigración, alabando su aspecto.

—Perdonen que venga vestido así, es que no encontré ropa que ponerme en mi armario —se disculpó el Almirante.

Luego todos se sentaron alrededor de la mesa ovalada, ocupando el Almirante Aznar el lugar de la presidencia. Mientras se servían zumos de fruta de una máquina automática, el Almirante Aznar preguntó si se tenían nuevas noticias de la situación en Arbra.

—Los últimos informes proceden de Zubia. Las tropas macjuanistas ocuparon Arbra y están efectuando desembarcos también en Godsa. En Zubia ha cundido la alarma, pues se teme que los renacentistas ataquen también allí.

—¿No hay noticias de nuestra embajada en Arbra?

—No, ninguna.

—¿No es extraño que los renacentistas pudieran llegar hasta Arbra sin dar tiempo a nuestra embajada para enviar ningún radio?

—Arbra y las demás ciudades del golfo están muy cerca de Renacimiento —repuso el secretario de Defensa, Almirante Jul Luva, un tapo de cincuenta y dos años, de inteligencia despierta y ojos vivos—. Sólo diez mil kilómetros de selva separan la costa de la cordillera del altiplano. Puede que además se diera alguna otra circunstancia que desconocemos, como una fuerte interferencia de los satélites de observación macjuanistas que impidieran la emisión de ningún tipo de mensaje.

—¿Hay alguna reacción por parte de la Confederación de Repúblicas Ghuro?

—Ninguna —contestó el secretario de Estado—. Es pronto todavía, sólo han transcurrido siete horas desde que se inició el desembarco renacentista.

—¡Siete horas y no sabemos nada de lo que está ocurriendo allá! ¿No está fallando algo? —gruñó el Almirante Aznar—. ¿En qué posición se encuentran nuestras unidades más próximas al lugar del conflicto?

—A unos cuatrocientos millones de kilómetros, o sea, el vacío que separa Maquetania del primer planeta —respondió rápidamente el Almirante Jul Luva.

—Pero también tenemos agentes de nuestro Servicio de Información en Godsa y Zubia. ¿Por qué están callados? ¿Es que se han vuelto mudos?

El Almirante Jul Luva hizo una leve mueca. Miguel Ángel Aznar

se disculpó:

—Espero que comprendan mi estado de ánimo. Mi sobrino, el Vicealmirante Aznar, mis dos nietos y mis dos sobrinos se encuentran en Arbra. Hace cincuenta años, a raíz de haber construido la primera máquina “Karendón” para los ghuros, un tribunal militar macjuanista nos juzgó en rebeldía a mi hermano, a mi sobrino y a mí, declarándonos culpables de alta traición y condenándonos a muerte. Temo por la suerte de mi sobrino, si llega a caer en manos de MacLane.

—Conocemos sus circunstancias particulares, señor presidente —dijo el secretario de Industria y Alimentación—. También a nosotros nos duele el asunto del embajador, ¿pero qué podemos hacer? Arbra y Godsa son ciudades ghuro. Si los renacentistas hubieran invadido dos de nuestras ciudades no tendríamos dudas en cuanto a la actitud a adoptar. Particularmente, yo no creo a MacLane capaz de poner a nuestro embajador ante un paredón y fusilarle.

—¿Y si eso ocurriera? ¿Y si MacLane ejecutara a Fidel Aznar pese a todo? —preguntó el presidente.

El secretario de Industria y Alimentación levantó evasivamente los hombros.

—El Parlamento diría la última palabra. No podemos tomar decisiones unilaterales que comprometan la paz de la nación. Las diferencias que puedan existir entre ustedes y MacLane son un asunto muy personal.

—No espero que la nación tapo vaya a una guerra por una cuestión personal mía —dijo el presidente con amargura—. Pero esta nación nos debe algo a los Aznar, y no es que trate de cobrar una deuda. Supongo que habrá otras maneras de demostrar el aprecio y la gratitud, aparte de declarar la guerra a Renacimiento.

El presidente miró uno por uno a sus ministros, y uno tras otro éstos apartaron la mirada como negándose a tomar parte en la discusión.

Detrás del presidente empezó a teclear rápidamente un teletipo. El presidente hizo girar su sillón y se puso a leer en el texto a medida que éste aparecía escrito.

“El Almirante Jefe de la III Flota comunica haber prestado

> ayuda a la coronela Julia Aneto y al teniente Pedro Bielda, ambos desertores de las Fuerzas Aéreas de Renacimiento, que llegaron tripulando sus propios “Delta” en demanda de asilo político. Coronela Aneto aseguró haber ayudado a escapar a Tuanko Aznar, identificado como capitán de fragata Tuanko Aznar, II Flota, Quinta División de la Armada Sideral Tapo. La escuadrilla de la coronela Aneto tenía orden de hacer regresar a Tuanko Aznar, que viajaba en un aerobote acompañado de dos jóvenes. Según información de la misma fuente, la fuerza renacentista llegó al amparo de un frente tormentoso y cayendo con rapidez sobre Arbra en mitad de lluvia torrencial. Los planes del Mando renacentista, según coronela Aneto, consisten en la ocupación simultánea de Arbra y Godsa, con desembarcos posteriores en península Punta Alba y ocupación de Zuria. Fin de la transmisión. Firmado: Almirante Muro, jefe de la Tercera Flota.”

—Bien, aquí tenemos algo —dijo Miguel Ángel Aznar arrancando la tira de papel y pasándola al secretario de Estado, el más próximo a él—. Al parecer mis nietos están a salvo, pudiendo llegar hasta la Tercera Flota gracias a dos pilotos renacentistas desertores, pero se ignora el paradero del resto de la familia y hay dudas de que pudieran escapar.

El texto mecanografiado fue rechazado por el Almirante Luva, y sucesivamente por el resto del Gabinete. Leído por el secretario de Estado, los demás sólo tuvieron que seguir telepáticamente su pensamiento para enterarse del contenido del mensaje.

Miguel Ángel Aznar preguntó al secretario de Defensa cuál era la posición de la Tercera Flota.

—Es nuestra punta más avanzada entre Maquetania y el primer planeta. Esa es la fuerza de que le hablé.

Miguel Ángel se dirigió entonces al vicepresidente:

—Señor Da Hera, usted es sin duda quien mejor conoce a los ghuros. ¿Cómo cree usted que van a reaccionar ante la invasión de Arbra y Godsa?

—Es un feo asunto, señor presidente. Tan malo que puede originar una guerra a escala mundial. Todo depende del apoyo que el resto de las repúblicas presten a la Confederación de Repúblicas

del primer planeta. MacLane se lo ha jugado todo a una carta, dando por seguro que los estados ghuro van a inhibirse del asunto, ya que de momento no están amenazados del expansionismo renacentista. Ahora bien, en mi opinión, el Almirante MacLane se equivoca, confundiendo el pacifismo ghuro con la cobardía. Los ghuros no son cobardes, ni tan estúpidos que no vean que la suerte de Arbra y Godsa es la misma que espera a las demás ciudades en un futuro más o menos lejano. Las repúblicas del primer planeta no están en condiciones, por sí solas, de enfrentarse con el poder militar de Renacimiento. Pero si las repúblicas ghuro se coaligan, su fuerza será superior a la de los terrícolas y la colonia de Renacimiento será borrada del mapa.

—Los ghuros tardarán en llegar a un acuerdo —vaticinó el Almirante Aznar—. Pero supongamos que llegan a formar una coalición y entran en guerra contra Renacimiento. ¿Cuál sería entonces nuestra posición?

—Neutralidad —dijo el secretario.

—Neutralidad, ¿hasta qué punto? —preguntó el Almirante.

—¿Hasta qué punto sugiere usted?

—Sólo hasta que el régimen de MacLane sea derribado. En el instante que caiga MacLane la guerra debe terminar.

—Pongámonos en lugar de los ghuros. Una vez decididos a correr los riesgos de una guerra, lógicamente querrán dejar zanjada la cuestión de la colonia de una vez y para siempre. Los ghuros nunca habitaron en el altiplano, siendo ésta la razón principal de que permitieran a los exilados de “Valera” establecerse allí. Actualmente, con las máquinas “Karendón”, la alimentación de los ghuros ya no depende exclusivamente del mar. Podrían establecerse en el altiplano y vivir allí perfectamente. La colonia fue siempre una amenaza para el futuro de los ghuros. Una manera segura de alejar esa amenaza consiste en dispersar a los valeranos, echarles del altiplano, en suma.

—¿Quiere decir aniquilar hasta el último renacentista?

—Si no aniquilarles, sí obligarles a exilarse. Por ejemplo, en Maquetania.

—Señor Dolf, actualmente viven en Renacimiento cuarenta y cinco millones de seres humanos, la mayor parte de los cuales ni siquiera simpatizan con el régimen macjuanista. No sería justo

hacer responsable a toda una nación de los errores de un dictador mantenido en el poder mediante el terror y la represión, ni sería honesto por nuestra parte permitir que tal cosa ocurriera. Los renacentistas tienen el mismo derecho que los tapos a la vida, y debe permitírseles vivir a su manera.

—Pero los ghuros pueden opinar de otro modo. Tienen derecho a pensar que los terrícolas ya tuvieron la oportunidad de declarar sus intenciones, y los hechos demuestran que esas intenciones no son buenas. La pura verdad es que los ghuros han aprendido a temer a los terrícolas. Les han visto trabajar como hormigas, multiplicarse prodigiosamente y convertir su débil colonia en una primera potencia. La invasión de Arbra y Godsa no puede considerarse como un hecho aislado, sino como el comienzo de una campaña expansionista, basada en un plan de pequeñas y continuas conquistas. Arbra y Godsa tal vez no valgan una guerra, pero los ghuros temen que después de esas ciudades caigan otras, y luego otras más. Los ghuros tienen que dar una respuesta a la provocación de Renacimiento, y saben que deben hacerlo ahora, antes que el poder de los terrícolas se extienda como un pulpo de múltiples patas haciendo presa en los restantes mundos del cinturón de planetas.

—Pues si es así, también, y por igual razón, deben temernos a los tapos —apuntó el Almirante Aznar.

—Así es —afirmó el vicepresidente—. En mi última visita a Quentra he podido darme cuenta de los recelos de los ghuros. Nuestra prosperidad les asusta, especialmente nuestra propiedad de reproducirnos rápidamente, multiplicándonos cada pocos años.

—También ellos están creciendo muy aprisa desde que pueden reencarnar en las máquinas “Karendón”. Pero aún así el circumplaneta es tan grande que seguramente jamás alcanzaremos a poblarlo totalmente. Hay lugar para todos. La verdad, MacLane ha cometido una estupidez invadiendo esas ciudades. Todavía podría salvarse la situación si aceptara retirar sus tropas de Arbra y Godsa.

—Tal actitud no sería propia de MacLane. ¿Por qué habría de hacerlo? —interrogó el señor Dolf.

—Bueno, MacLane ha estado quejándose de que esas ciudades servían de refugio a los fugitivos de su régimen, y en eso lleva razón. En cincuenta años, casi cien mil disidentes del régimen han

pasado por Godsa o Arbra en ruta hacia Maquetania. Supongamos que MacLane se diera por satisfecho con haber aplicado un correctivo a esas ciudades. Los ghuros se comprometerían a no dar asilo a los fugitivos de Renacimiento y todo se resolvería felizmente. Pienso que deberíamos enviar una fuerza sideral al Golfo.

—¿Una fuerza sideral? ¿Para qué? —preguntó el secretario de Defensa.

El joven presidente se ruborizó levemente y dijo:

—Ustedes pueden leer en mi pensamiento. ¿Qué ven en él? Estoy preocupado por mi familia y busco desesperadamente un medio de rescatarles, de modo que hasta cierto punto esto es un subterfugio. Iba a decir que nuestra fuerza sideral actuaría de tampón, impidiendo que renacentistas y ghuros llegaran a un enfrentamiento armado antes de haber apurado todas las posibilidades de encontrar una solución amistosa al conflicto. Pero probablemente no soy sincero conmigo mismo. Lo que pienso en realidad es que con nuestra flota en el Golfo tendría mayores probabilidades de rescatar a mi familia.

Los ocho secretarios y el vicepresidente guardaron silencio, contemplando con extraña unanimidad las carpetas que tenían delante, sobre la mesa. No necesitaban hablar, ni siquiera cambiar entre sí una mirada de inteligencia. Sus mentes se entendían en mudo diálogo gracias a sus portentosas facultades telepáticas.

Después de un minuto de silencio el secretario de Estado, señor Dolf, levantó los ojos y dijo, mirando a los demás:

—¿Por qué no hacerlo? No hay nada que nos impida destacar una fuerza sideral en el Golfo. Yo más bien diría que nuestra presencia allí está más que justificada, dadas las circunstancias. El señor Aznar podría ayudar a su familia y nuestras esferonaves colaborarían en la evacuación de aquellas ciudades, suponiendo que los ghuros nos lo pidieran. Daríamos a entender a ghuros y renacentistas que el conflicto nos preocupa, y que de ningún modo vamos a permitir que unos y otros provoquen un choque que arrastraría a todo el circumplaneta a la destrucción.

—¿Encontraría esta decisión el respaldo del Senado, señor secretario? —preguntó el que ejercía la cartera de Seguridad Interior.

—La presidencia dirige la política de relaciones exteriores de la

República. No es necesaria la aprobación del Senado en la adopción de medidas de este tipo, salvo que el Senado las considere excesivas o arriesgadas, en cuyo caso podría emitir un voto de censura que obligaría al presidente a rectificar. La pregunta sobre si nuestra presencia en la zona de fricción entraña algún peligro le corresponde contestarla al señor Aznar.

Todas las miradas se posaron sobre el rejuvenecido presidente. Éste se echó ligeramente atrás en la butaca y dijo:

—Nuestra presencia en el Golfo sólo cabe interpretarla a título simbólico, expresa nuestra preocupación por los últimos acontecimientos. Si ghuros y renacentistas quisieran llegar a las manos, nosotros no podríamos evitarlo. En mi opinión, una guerra en el circumplaneta nos obligaría, más pronto o más tarde, a tomar partido por alguno de los bandos enfrentados. Descarto de antemano la idea de aliarnos a los ghuros para aplastar a los terrícolas. Es cierto que destruiríamos el régimen macjuanista, aunque al precio de matar muchos millones de seres inocentes. La dictadura, al fin y al cabo, es un asunto doméstico de los renacentistas. Y los renacentistas son nuestros hermanos. Estamos atados a ellos por los vínculos de la sangre y la herencia genética, por el carácter, la cultura y el idioma, todos somos ramas del mismo tronco. Nadie detesta más que yo el régimen macjuanista ni nadie ha hecho más que yo para derribarlo. Pero incluso con MacLane en el poder, si los ghuros atacan a los terrícolas acudiré en ayuda de los terrícolas. Lo haré a título personal, pues personales son estas declaraciones y éstas no involucran la política de la República. Los tapos, y sólo ellos, a través de su representación en el Senado, escogerán libremente su destino. Si llega el momento, y ojalá no llegue nunca, dimitiré como presidente y uniré mi suerte a la de Renacimiento.

Contestó el secretario de Estado, diciendo:

—Parecería entonces que usted aprobaba y hasta daba su bendición al régimen macjuanista, ¡después de tantos años oponiéndose a MacLane!

—En una guerra futura las ideologías de los pueblos carecerán de valor. Lo inmediato y urgente es salvar la vida. Si los ghuros atacan a la colonia, los renacentistas olvidarán sus diferencias con el régimen y se unirán como una pina en torno a MacLane, porque

lo que prevalece en una situación límite es la voluntad de supervivencia.

—Si Renacimiento sale triunfante de una confrontación armada con los ghuros, la posición de MacLane se consolidará y la dictadura durará otros cien años —apuntó el vicepresidente.

—Seguramente, mas de lo que se trata no es de apoyar al régimen de MacLane, sino de salvar las vidas de cuarenta y cinco millones de seres que viven bajo el poder de la dictadura. Permitir que los ghuros aplasten a toda una nación por ver caer la dictadura sería una monstruosidad. Sencillamente, no quedaría nadie para beneficiarse de unas libertades ganadas a tan alto precio —respondió Miguel Ángel Aznar.

—Los tapos no queremos ver destruida a la laboriosa nación terrícola —dijo el secretario de Estado—. Ahora bien, no queremos tampoco vernos arrastrados a una guerra por culpa de sus errores. Cada pueblo tiene el gobierno que se merece. Si los renacentistas no han sido capaces de sacudirse el yugo de la dictadura en medio siglo, probablemente no merezcan otras libertades que las que disfrutan.

—Los tapos no han conocido una dictadura, por lo tanto no saben lo que es eso. No es tarde, sin embargo, para que conozcan otra clase de opresión. Si Renacimiento es aplastado por los ghuros, éstos, una vez lograda su difícil coalición, podrían volver contra nosotros sus flotas y destruirnos también. Sí, ya sé que van a decirme que los ghuros son un pueblo pacífico y amante de sus libertades. Pero aquí mismo se ha dicho no hace mucho que no debe confundirse el pacifismo de los ghuros con la cobardía. Los ghuros saben luchar, y lucharon con ejemplar heroísmo cuando vieron amenazadas sus libertades por los desembarcos valeranos. Los ghuros nos temen porque nos ven desarrollarnos y crecer de día en día. En eso los tapos no son distintos de los renacentistas. La nación tapo seguirá creciendo, hasta llegar a ser más numerosa que los ghuros. Pero los ghuros también crecerán, de modo que inevitablemente un día hemos de encontrarnos disputándonos el espacio vital. Ese día todavía está lejos, porque el circumplaneta es inmenso, pero fatalmente ha de llegar. Sólo mientras seamos más fuertes que los ghuros seremos respetados y temidos, de lo contrario perderemos nuestra hegemonía. Los ghuros nos impondrán su

política, pondrán fronteras a nuestra expansión, nos dirán cuántas esferonaves podemos construir y el número de niños que pueden nacer. En mi opinión, una actitud neutral en este conflicto sería desastrosa a la larga, pues alentaría a los ghuros a aplastar Renacimiento contando con nuestra pasividad. Con dictadura o sin dictadura, aunque sólo sea por conveniencia propia, necesitamos un Renacimiento próspero y fuerte, porque la fuerza del Renacimiento respalda a la nuestra. Sin embargo estoy de acuerdo en que la guerra debe ser evitada, tanto para no vernos comprometidos en ella como para calmar los recelos de los ghuros. En esta dirección debemos aplicar nuestros esfuerzos; con energía, con jactancia si es necesario, incluso apelando a las amenazas.

El presidente apoyó sus últimas palabras golpeando enérgicamente la mesa con la mano abierta.

Los ministros guardaron silencio. Después de un par de minutos, el secretario de Estado levantó la cabeza y dijo:

—El señor presidente nos ha dado una lección de alta estrategia política. El Gabinete considera procedente el envío de una fuerza sideral a la zona de conflicto. Se buscarán los contactos diplomáticos oportunos para comunicar al Almirante MacLane los puntos de vista de la República Tapo.

—Yo hablaré con MacLane —dijo Miguel Ángel—. Si el secretario de Defensa dispone de los medios necesarios me trasladaré inmediatamente a la zona del Golfo. MacLane debe andar por allí siguiendo de cerca el desarrollo de las operaciones militares.

Hora y media más tarde, el presidente de la República se encontraba a bordo de un patrullero, dispuesto a volar cuatrocientos millones de kilómetros hasta dar alcance a la Tercera Flota.

CAPÍTULO IV

TUANKO no se hacía demasiadas ilusiones. Si alguien, además de la corbeta Aneto, había escuchado su conversación por radio con la embajada, sabrían que el nieto del Almirante Aznar intentaba escapar y, lógicamente, tratarían de capturarle.

Había una especie de manía obsesiva en MacLane por perjudicar al Almirante, y esta manía persecutoria se hacía extensiva al resto de los miembros de la familia Aznar.

Después de avanzar unos doscientos metros sorteando los grandes troncos, el aerobote había venido a posarse sobre un lecho de matorrales. Por encima del aerobote las copas de los árboles unían sus ramas formando una techumbre de verdor, pero Tuanko no consideraba el escondrijo demasiado seguro.

—Chicas, cojan su ropa y salgamos de aquí —dijo abandonando los mandos del aparato—. Sobre todo no olviden su calzado.

Melania y Virela se calzaron las sandalias, tomaron sus ropas en un lío y siguieron a Tuanko por la portezuela del aerobote. Los matorrales arañaron las piernas desnudas de las chicas sin que ninguna de ellas reparara en el hecho. Melania en especial parecía trémula y asustada. La muchacha había vivido recientemente una experiencia parecida, sabía lo que era andar a través de la jungla y temía volver a tener que hacerlo.

Tuanko se detuvo para ponerse los pantalones, diciendo a las muchachas:

—Poneos la ropa si no queréis dejar la piel en los espinos. Las heridas se emponzoñan fácilmente en la jungla.

—¿Vamos a tener que andar atravesando la selva? —preguntó Melania Ovando.

—Ojalá no —respondió Tuanko.

—No habrá mantis por aquí ¿verdad?

Tuanko no quiso desmoralizar a las muchachas diciendo que sí

las había.

Los terrícolas habían llamado “mantis” a una especie de insectos gigantes que poblaban el circumplaneta desde tiempos remotos. Los hábitos de estos insectos guardaban una curiosa correlación con las hormigas, pero en su aspecto general recordaban a las “mantis religiosas”.

Algún entomólogo había predicho en cierta ocasión que si las hormigas llegaran a alcanzar la talla de un hombre dominarían la Tierra, porque estaban mejor dotadas que el ser humano para conquistarla.

Esto había sucedido en el circumplaneta. En algún momento los rayos cósmicos, u otro tipo de radiaciones, provocaron una alteración en los genes de un solo individuo, que se desarrollaría alcanzando un tamaño gigantesco y sería el origen de una nueva raza. Esta raza de insectos gigantes fueron las “mantis”, más altas que un hombre, dotadas de una fuerza extraordinaria y perfectamente adaptadas al medio.

Las “mantis” eran insectos sociales que vivían en colonias de algunos miles de individuos, divididos en castas. Cada cierto tiempo nacían algunas “princesas” aladas que iban a emparejarse con los “zánganos”. La “princesa” fecundada abandonaba la colonia materna y se exilaba para formar una nueva familia. Como en el caso de las hormigas, una vez fecundada, la nueva reina dedicaba todo el resto de su vida a poner huevos. Éstos podían ser centenares de miles y de entre ellos saldrían las nuevas “princesas”, que a su vez se exilarían para fundar otras colonias igualmente numerosas.

Gracias a su prodigiosa facilidad para reproducirse, las “mantis” se extendieron rápidamente por el inmenso circumplaneta. Los bartpures, primeros habitantes humanos del circumplaneta, vieron en las “mantis” una inteligencia superior a la del resto de los animales y trataron de negociar con los insectos. Pero las “mantis” no atendieron a razones y acabaron exterminando a los bartpuranos.

Las mantis no tenían una inteligencia creadora, pero poseían muy agudizado el sentido de la observación y resultaron ser aventajadas imitadoras de la tecnología bartpur, de la que habían quedado abundantes restos. Cuando los terrícolas de “Valera” llegaron por primera vez al circumplaneta, descubrieron con

asombro que los insectos gigantes volaban en aeronaves propulsadas por motores de reacción bastante toscos, sostenidas en el aire por… ¡ondas gravitacionales! Los terrícolas no conocían en esta época las ondas gravitacionales, a las que más tarde encontrarían múltiples aplicaciones.

Para conquistar el circumplaneta los terrícolas de “Valera” tuvieron que librar una larga y feroz lucha con las mantis. Pero éstas eran tan numerosas y el circumplaneta tan enorme que, incluso con los poderosos medios de destrucción de los terrícolas, era imposible acabar con ellas. La lucha continuaba cuando años después el autoplaneta “Valera” se alejó de Atolón para viajar a la Tierra. Cuando los valeranos regresaron, un millón de años más tarde, la colonia terrícola había desaparecido sin dejar huella. Otra raza intergaláctica, los “ghuros”, llegaron en el intervalo y se asentaron en el cinturón de planetas de Atolón.

En efecto, profundos cambios físicos se habían operado en el hiperplaneta durante la ausencia de los viajeros. El circumplaneta, que antes formaba un único anillo cerrado, se había roto en trece secciones que se apartaron unas de otras, si bien continuaban girando en torno al sol en un mismo plano. El clima de algunas regiones, el curso de los ríos, el contorno de los mares, el relieve orográfico había resultado modificado. Lo único que no cambió eran las mantis: tenaces, feroces e indómitas, disputando a los sucesivos invasores del circumplaneta los inmensos territorios, especialmente las dilatadas y malsanas junglas, de donde jamás pudieron ser echadas.

Punta Alba, la península donde ahora se encontraban los fugitivos, tenía aproximadamente la extensión de Australia y estaba unida al continente por una alta cordillera que formaba a modo de la espina dorsal de un istmo de algo más de mil kilómetros de ancho. Entre la cordillera y el golfo de Godsa quedaba una estrecha faja de terreno de unos ciento cincuenta kilómetros cubierta de selva, con pequeñas alturas formando calvas roqueñas.

En la precipitación, Tuanko había venido a aterrizar no lejos de una de estas alturas. Después de cruzar entre los árboles, el terreno se elevaba abruptamente cubierto de espeso matorral.

—Esperad aquí —dijo Tuanko a las muchachas—. Voy a subir a echar un vistazo.

Agarrándose a las ramas, Tuanko trepó penosamente cuesta arriba. En lo alto del montículo crecían algunos árboles raquíticos, que buscaban entre las grietas de la roca donde extender sus raíces.

Apenas había alcanzado Tuanko la cima cuando, al mirar en dirección al mar, vio tres caza-bombarderos “Delta” que se acercaban volando en triángulo a unos dos mil metros de altura. Evidentemente, la fuga del aerobote había sido seguida a través del radar desde el “disco-volante”. Los “Delta” venían derechos hacia el lugar donde estaba escondido el aerobote. Pero cuando Tuanko esperaba verles disparar sus proyectores de “luz sólida”, los “Delta” siguieron adelante, sin alterar el rumbo ni disminuir la velocidad.

No poco sorprendido, Tuanko abandonó el refugio de los árboles para seguirles con la vista. Seis o siete kilómetros más lejos, los “Delta” dispararon simultáneamente con los proyectores de “luz sólida” situados bajo el plano de las cortas y robustas alas.

Un deslumbrador globo de fuego se encendió bruscamente allá en la selva haciendo palidecer la brillante luz del día. Tuanko cerró instintivamente los ojos, levantando los brazos para cubrirse el rostro. ¡Una deflagración nuclear!

Al apartar los brazos y abrir los ojos, el día le pareció más oscuro. Como un clisé en negativo seguía viendo el enceguecedor globo en negro, a pesar de que éste ya se había apagado. En su lugar, una gran nube negra de bordes dorados se elevaba de la jungla adoptando la conocida forma de un hongo. El estampido de la explosión resonó en amplios ecos haciendo temblar el suelo y vibrar los troncos de los árboles. Se desató a continuación un pequeño huracán que removió las ramas en sordo rumor.

Tuanko abandonó la pequeña altura corriendo ladera abajo hasta donde esperaban las amedrentadas muchachas.

—¡Tuanko! ¿Qué ha sido eso? —preguntó Virela, asustada, entre el fragor de las hojas removidas por el viento.

—No lo comprendo. Los cazas que venían siguiéndonos a nosotros pasaron sin detenerse y atacaron algo que estaba más lejos, en la misma dirección.

—¿Ha sido una explosión nuclear, verdad? —dijo Melania.

—Sí. Algo extraño, si consideramos que por aquí no hay lugar habitado donde pueda funcionar un reactor nuclear.

—¿Una aeronave manti, quizá?

—¡Pobres mantis! Hace siglos que no vuelan en sus arcaicos armatostes, por la sencilla razón de que no les damos tregua para poderlos construir.

—¿Un aerobote ghuro?

—Los aerobotes ghuros, como los nuestros, no utilizan la energía nuclear; alimentan sus baterías con luz solar y se impulsan con ondas gravitacionales. Sólo los aerobotes de las Fuerzas Siderales utilizan pilas atómicas, tanto los nuestros como los ghuros y renacentistas.

—Y bien, ¿qué hacemos? —preguntó Virela, impaciente.

—Nada, esperar.

—¿Esperar qué?

—Pues a asegurarnos de que las cazas renacentistas nos dan por destruidos y no van a volver.

—¿Quieres decir que los cazas han destruido algo allá adelante confundiéndolo con nuestro aerobote? —preguntó Melania.

—Eso es lo que yo creo.

—¡Pero nuestro aerobote no utiliza la energía nuclear! ¿Cómo pueden habernos confundido? —exclamó Melania.

—Los pilotos que vinieron a buscarnos no lo saben. No tuvieron ocasión de ver nuestro aerobote de cerca.

—Bueno, ojalá se den por satisfechos y no vuelvan. ¿Podremos continuar después hasta Zubia sin contratiempos?

—Eso espero, aunque no estará de más que adoptemos algunas precauciones. Tendremos que volar bajo para escapar a su radar, lo cual quiere decir que no podremos ir muy aprisa.

Tuanko volvió a escalar el montículo para otear en todas direcciones. Del lugar donde se había producido la explosión continuaba saliendo denso humo. La nube radioactiva se elevaba lentamente en la atmósfera después de adoptar la forma de un gran anillo oscuro. El cielo aparecía totalmente despejado. Tuanko fue a reunirse con las chicas.

—Parece que no hay moros en la costa. Vamos a continuar.

Regresaron al aerobote. Al reanudar el vuelo, Tuanko optó por mostrarse precavido, haciendo deslizar la pequeña aeronave por entre los grandes árboles, cosa que les obligaba a avanzar en zig-zag y muy lentamente. Bajo la eterna noche verde de la jungla las baterías solares no tenían oportunidad de cargarse, circunstancia

ésta que les obligaba a abandonar la segura techumbre vegetal y regresar a plena luz del sol.

Al elevar el aparato por encima de las copas de los árboles vieron cerca y a su derecha la zona devastada por la explosión nuclear. La selva, rezumante de humedad, no era materia combustible apropiada para la propagación de un incendio, aunque todavía brotaba abundante humo de aquel lugar.

Dejando la zona contaminada a un lado continuaron adelante, siguiendo el cauce de un riachuelo que bajaba de las estribaciones de la cordillera. De pronto Melania lanzó un grito que sobresaltó a los Aznar:

—¡Mantis!

La muchacha señalaba hacia un calvero inmediato a la orilla del río. Media docena de Mantis huyeron corriendo a cuatro patas al descubrir el aerobote sobre el cauce. En el calvero, sobre la hierba, abandonaron algo que llamó poderosamente la atención de Tuanko.

Tuanko hizo virar bruscamente al aparato, poniendo proa en dirección al calvero.

—¿Qué haces? ¡Estás loco, no vayas allí! —protestó Melania.

El aerobote, después de inclinarse a estribor para describir la curva, se detuvo casi en el centro de la pradera. Tuanko tocó el botón eléctrico que hizo escamotear la cubierta transparente de “diamantina” en una ranura de la borda. Mirando por encima de ésta vio dos bultos negros medio ocultos por la alta hierba.

—Hay alguien allí —señaló Virela poniéndose en pie—. Parece un hombre, es decir, no, son dos, llevan escafandra y armadura de astronautas.

—No os mováis de aquí, voy a echar un vistazo. Virela, ponte ante los mandos y prepárate para salir volando si regresan esos malditos bichos.

Tuanko pasó sus largas piernas sobre la borda y saltó a tierra. Al avanzar por la pradera vio un par de lanzas de manufactura rústica clavadas oblicuamente en el suelo. El ángulo de inclinación de las lanzas parecía indicar que fueron arrojadas desde el lado del arroyo. Sin duda alguna los dos hombres huían cruzando el riachuelo perseguidos por las mantis y fueron acorralados al llegar al calvero.

La hierba era allí alta y ocultaba casi por completo una voluminosa esfera negra de vítreos reflejos. Era una escafandra de

astronauta. Los pies de Tuanko tropezaron con un objeto duro. Era la pernera de una armadura de “diamantina”, zapato incluido. Unos metros más allá Tuanko se detuvo y se inclinó para escudriñar a uno de los astronautas.

Lo primero que sorprendió a Tuanko fue la extraordinaria corpulencia del individuo. Las feroces mantis le habían arrancado ambos brazos y una pierna, operación llevada a cabo de forma brutal, según las trazas. Las armaduras de “diamantina” eran extraordinariamente sólidas, y sólo forcejeando y por pura casualidad acertaron los insectos a accionar los resortes que permitían separar perneras y mangas del resto de la armadura. Inmediatamente las mantis seccionaron los miembros y los devoraron.

Todavía peor suerte había corrido el segundo astronauta, cuyo negro corpachón estaba diez metros más lejos sin cabeza, brazos ni piernas. La escafandra del hombre decapitado, perneras, mangas y zapatos, aparecían desperdigados en un amplio espacio, como un recuerdo de la lucha y el macabro festín que allí tuvo lugar. Tuanko miró a su alrededor por si había algún arma, pero no vio ninguna.

¿Qué pudo ocurrir para que los dos astronautas se aventuraran en la peligrosa jungla sin llevar siguiera un arma?

—“Tal vez tripulaban la aeronave que destruyeron los cazas renacentistas, no cabe otra explicación” —se dijo Tuanko.

El pensamiento de Tuanko fue captado telepáticamente por Virela desde el aerobote.

—“¿Están muertos?” —preguntó Virela telepáticamente.

—“¿Cómo quieres que estén? Las mantis los han devorado a medias. Y acabarán de comérselos tan pronto nos alejemos de este lugar” —respondió Tuanko.

—“¿Ghuros?”

—“No, no son ghuros.”

—“¡Cielos, Tuanko! ¿No serán el tío, la abuela y el Almirante Ovando?”

Tuanko sintió un escalofrío. ¿Por qué no se le había ocurrido? El embajador tenía una aerofalúa especial del tipo que utilizaba la Armada Sideral, una aeronave de gran capacidad construida de “dedona”, impulsada por un motor fotónico alimentado por un reactor nuclear. Esta aeronave era tan rápida como un caza-

bombardero “Delta” y permitía rápidos desplazamientos volando fuera de la atmósfera. Si el embajador salió de Godsa inmediatamente después de comunicar por radio, la gran velocidad de la aerofalúa le permitiría adelantar al aerobote y llegar antes que éste a Punta Alba, donde, al verse perseguido por los cazas renacentistas, aterrizaría, recurriendo a la misma estratagema que Tuanko.

Sin embargo, el joven Aznar rechazó enérgicamente esta idea, respondiendo telepáticamente a Virela:

—“Imposible, no pueden ser ellos. Las armaduras de estos hombres son distintas de las nuestras; negras y muy voluminosas. Bueno, uno de ellos todavía conserva la cabeza. Voy a ver quién es.”

—“Date prisa, las mantis no deben andar lejos y pueden regresar en cualquier momento” —le urgió Virela.

Tuanko se dirigió al astronauta que todavía conservaba la cabeza y una de las piernas. No era posible confundir a la víctima con un ghuro. Los ghuros eran rechonchos, de piernas cortas y tenían cuatro brazos. El hombre que yacía sobre la hierba era un gigante de más de dos metros de estatura.

Había algo extraño en todo aquello; algo que flotaba en el ambiente y Tuanko Aznar no acertaba a descifrar.

Dispuesto a salir de dudas de una vez, buscó el resorte que inmovilizaba la escafandra, hizo girar ésta y la sacó de un tirón. La cabeza del muerto, una cabeza enorme, monda y lironda como una bola de billar, cayó pesadamente sobre la hierba. Y unos grandes ojos, redondos y verdes, de pupila hendida como la de los felinos, parecieron contemplar a Tuanko en una mirada fría y sin expresión.

Tuanko Aznar pegó un respingo, soltando la escafandra y enderezándose de un brinco.

—¡Un thorbod! —exclamó roncamente.

El corazón de Tuanko latía a un ritmo acelerado. Lo estaba contemplando y todavía le parecía imposible. ¡Un thorbod! No había confusión posible. La ancha y prominente frente, la corta y rugosa trompetilla en lugar de la nariz, la repugnante boca sin labios, las largas orejas puntiagudas y el color ceniciento de la piel, eran sin duda alguna los rasgos característicos del thorbod ¡el hombre gris, el legendario, cruel e irreductible enemigo de la humanidad!

Tan absorto estaba Tuanko mirando aquel ser de increíble fealdad que ni siquiera escuchó el amenazador chirrido de las mantis en la espesura de la jungla.

—¡Tuanko! —gritó Melania Ovando desde el aerobote.

Como despertando de un sueño, Tuanko levantó la mirada y vio a Melania que le hacía desesperadas sañas, de pie en el aerobote.

—¡Tuanko, las mantis! ¡Corre!

Volvió la cabeza. Un par de lanzas silbaban en el aire describiendo un arco en dirección a él. Se apartó de un salto, viendo cómo las lanzas se clavaban en el suelo. Luego echó a correr hacia el aerobote.

Envalentonadas, las mantis saltaron sobre los matorrales y se abrieron paso entre la espesura del calvero. Pocas cosas había más espeluznantes que ver a una manada de mantis atacando. Corrían con rapidez moviendo sus cuatro patas, arrastrando el extremo de su largo y verdoso abdomen, las manos replegadas adelantando el par de enormes y temibles pinzas, los ojos saltones, fijos en la codiciada presa…

Tuanko llegó hasta el aerobote, apoyó una mano en la borda y saltó limpiamente dentro de la carlinga, en el espacio libre que quedaba detrás de los últimos asientos. Inmediatamente Virela abrió el regulador haciendo elevarse el aparato por encima de la copa de los árboles.

El calvero y las mantis quedaron allá abajo.

Melania, que había acudido a ayudar a Tuanko y le asía por un brazo, advirtió que su joven amigo estaba temblando. En la mente de Tuanko martilleaba obsesivamente una sola palabra:

¡Thorbods!

Virela captó el pensamiento de su hermano. Mientras se cerraba la cubierta transparente de “diamantina” la muchacha volvió el rostro. Tuanko, sudoroso y tremendamente pálido, venía por el pasillo y se dejó caer, jadeando, en el asiento de detrás de Virela.

—¿Thorbods? —preguntó Virela sorprendida—. ¿Estás viendo thorbods?

—Los he visto allí abajo —aseguró Tuanko con voz entrecortada por la excitación—. ¡Aquellos cadáveres eran thorbods!

Melania Ovando vino a sentarse en el aliento contiguo al de Tuanko, al otro lado del pasillo.

—¿Estás bromeando, verdad? —dijo la muchacha.

—No es broma, Tuanko ha visto realmente un thorbod —dijo Virela seriamente.

—¿Cómo lo sabes?

La pregunta pilló desprevenida a Virela por lo inusual.

Los tapos eran tan sinceros que casi no comprendían que otros pudieran poner en duda su palabra. No obstante, en lugar de ofenderse, Virela trató de explicar cómo ocurría el fenómeno telepático.

—Querida Melania, mi hermano y yo somos tapos, poseemos algunas facultades que os son extrañas a los terrícolas primitivos. Cuando alguien cuenta a otro lo que ha visto, sea tapo u otra persona normal, lo que hace es reconstruir en su memoria la escena que vio y describirla como mejor puede. Cuando ocurre eso a un tapo, los demás tapos "ven" directamente en la mente del que lo relata la misma escena observada por él. Así es como sé que Tuanko vio realmente un thorbod.

—¡Pero eso es imposible! ¡Han pasado miles de años desde que los terrícolas exterminaron a los thorbods! —exclamó Melania—. Esa raza se extinguió en la Tierra.

—Lo cual no quiere decir que no hayan seguido existiendo en alguna otra parte.

—¿Thorbods todavía en la actualidad? ¿Y en este planeta? ¡No puedo creerlo! —insistió Melania.

Virela se encogió de hombros, dedicando su atención a lo que pasaba por la mente de Tuanko.

El propio Tuanko no estaba menos sorprendido que Melania Ovando. En su último intento por invadir la Tierra, los hombres grises (thorbod) encontraron una resistencia inesperada. Tal vez entonces ya no eran los thorbod la potencia que habían sido, de la misma forma que los terrícolas habían dejado de ser la víctima propiciatoria ante los proyectos de dominio universal de thorbod.

Los thorbod fueron derrotados, obligados a rendirse y reducidos al cautiverio. Los terrícolas se mostraron tan implacables con los hombres grises como éstos lo fueron en el pasado con los humanos. Prisioneros en los campos de concentración, los thorbod fueron condenados al exterminio. Para llegar al total exterminio se impidió que se reprodujeran, función en la que los hombres grises siempre

habían sido de lenta y penosa evolución. Cuando los campos de concentración fueron quedando desiertos, al morir el último thorbod, se dio por cerrado el último capítulo de una larga historia de enfrentamientos y matanzas entre las dos razas antagonistas.

La verdad fue que los thorbod influyeron de tal modo en la historia de la humanidad, y llegaron a ser temidos hasta tal extremo, que todavía siglos después, los terrícolas seguían escudriñando el cielo, recelosos de ver aparecer de nuevo las poderosas escuadras siderales thorbod. Y los cosmonautas valeranos, en sus dilatados viajes por el Universo, contenían el aliento cuando descubrían un nuevo planeta… rogando a Dios porque no les deparara la mala suerte de encontrarlo habitado por el thorbod.

Tan era así, que hasta fecha reciente los oficiales de la Armada Sideral Valerana estaban obligados a conocer el idioma thorbod. Esta tradición había quedado interrumpida en las nuevas generaciones de astronautas de la Armada Sideral de Renacimiento y de la República de Maquetania.

Al regresar a Atolón, después de un viaje a la Tierra, y de la Tierra al anti-Universo, los valeranos habían encontrado el circumplaneta envejecido en un millón de años. Durante este tiempo acabó de extinguirse totalmente la antiquísima civilización Bartpur, y se desarrolló, evolucionó y desapareció la civilización terrícola afincada en Atolón. Después de un millón de años, ¿quién podía pensar que los thorbod andaran todavía por el Universo, ni constituyeran ya una amenaza para las dos nuevas civilizaciones que recomenzaban en el circumplaneta?

En todo esto reflexionaba Tuanko Aznar, cuando Virela llamó su atención sobre unos pequeños puntos luminosos de la pantalla reversible de televisión-radar. Tuanko contó unos veinte en un radio de cuatrocientos kilómetros, y una miríada de ellos a una distancia mucho mayor.

—Ahí están de nuevo esos malditos “Delta” —dijo Virela.

—Estamos volando a demasiada altura —contestó Tuanko señalando el arroyo de montaña—. Vuelve al riachuelo.

—¿Crees que nos habrán descubierto en su radar?

—No lo sé, no importa.

—¿Cómo que no importa? Nos derribarán o tendremos que

rendirnos, lo cual supone el cautiverio y quién sabe cuantas contrariedades más.

—Piensa que todo cuanto está ocurriendo en este circumplaneta, la disputa entre tapos y renacentistas, las ambiciones expansionistas de MacLane… todo va a quedar relegado a un segundo plano si se confirma la amenaza de los thorbod.

—Bueno, sólo hemos visto un par de ellos. Dos thorbod no puede decirse que sean una invasión.

—Ese par de thorbods no han llegado solos, ni han podido viajar durante cientos de años-luz en un pequeño aerobote. Indudablemente forman parte de un grupo explorador.

—Lástima que los encontráramos muertos. De haberles capturado vivos hubiésemos podido saber muchas cosas por ellos.

—Nunca se habrían dejado capturar vivos —respondió Tuanko.

—¿Piensas que formaban parte de la tripulación que destruyeron los cazas renacentistas? —preguntó Melania Ovando.

—Apuesto a que fueron sorprendidos por la repentina aparición de los cazas que nos buscaban a nosotros. No he visto que llevaran armas, ni otro equipo que sus armaduras de “diamantina”. Debieron abandonar su bote a toda prisa, sin tiempo para nada —respondió Tuanko.

—¿Qué andarían haciendo por aquí?

—Lo ignoro. Tal vez espiaban los movimientos de las tropas de desembarco renacentistas, ¿qué importa? Estaban aquí y tal vez no sean los únicos exploradores en todo el circumplaneta.

Virela señaló a la pantalla de radar.

—Se están acercando, no cabe duda que nos han descubierto.

Tuanko contempló largamente los pequeños puntos que se movían en la pantalla.

—No son cazas, vuelan muy despacio. Seguramente son aerobotes ghuro fugitivos.

—Tal vez estén entre ellos vuestra familia y la mía —dijo Melania esperanzada.

Pero Tuanko movió la cabeza en sentido negativo.

—No, al Embajador y al Almirante nos les permitirán escapar. El primer objetivo que habrán cubierto las tropas de desembarco habrá sido el edificio de nuestra embajada. Con los ghuros es distinto. Los renacentistas no se opondrán a que escapen, al

contrario. A los ghuros que no evacuen por propia iniciativa los expulsarán a la fuerza.

En efecto, tal debía ser la intención de los invasores.

Minutos después, la vanguardia de aerobotes ghuro pasaba sobre las cabezas de los hermanos Aznar y Melania Ovando. Al indicar que volaban despacio, Tuanko quería decir que iban lentos en comparación con la velocidad que solían desarrollar los cazabombarderos "Delta". En realidad, los aerobotes ghuro viajaban muy aprisa, todos siguiendo el mismo rumbo en dirección a la cordillera detrás de la cual estaba la ciudad libre de Zubia. Eran muchos, casi un millar. Y detrás de éstos, cubriendo todo el espacio sobre la jungla, venían muchos millares más.

—Vamos a unirnos a ellos —dijo Tuanko.

El aerobote se elevó en el aire para agregarse a la desbandada de aerobotes ghuro que huía hacia Zubia.

Una hora más tarde, los fugitivos de Arbra llegaban a Zubia, una gran ciudad extendida a lo largo de una bella bahía de aguas transparentes.

CAPÍTULO V

LA III Flota Tapo se había movido tan de prisa, que ya estaba realizando la operación de frenado cuando el patrullero del Presidente Aznar le dio alcance. Desde la esferonave “Sirio”, que enarbolaba la insignia del almirante de la flota, se destacó una falúa para tomar a bordo al ilustre visitante.

En la Armada Sideral Tapo las cosas eran bastante distintas de la Armada Sideral Renacentista. Mientras en la Armada de Renacimiento, la llegada a bordo de un simple almirante movilizaba a toda la tripulación, la llegada del Presidente Aznar a un navío tapo no tuvo más trascendencia que si hubiera llegado un recluta.

Solamente el Comandante Jefe de la Flota, almirante Muro, y el comandante del “Sirio”, acudieron a recibir al Presidente saludándole con un democrático apretón de manos.

Lo primero que hizo el Presidente Aznar fue preguntar por los pilotos desertores de la Armada de Renacimiento.

—Se encuentran a bordo —dijo el almirante Muro—. Les he entrevistado personalmente por si tenían algo que decir respecto a los planes estratégicos de los renacentistas, pero se negaron a decir nada.

—Me gustaría hablar con ellos —dijo el Presidente.

Pese a que ya había tomado un calmante, la coronela Julia Aneto atravesaba unos momentos de terrible tensión psíquica. No le había costado demasiado decidirse a desertar, pero ahora que la cosa ya estaba hecha se daba cuenta de la triste condición del desertor. Era una extraña en un país extranjero. Su familia, sus amigos, todo cuanto para ella tenía algún significado, la misma Patria, estaban al otro lado de aquella barrera que ella cruzó por propia voluntad. No se sentía feliz aquí, y tampoco podía volver atrás.

La coronela ya había estado en la cabina del almirante Muro

cuando llegó a bordo de la nave. Al ser requerida para que fuera otra vez allá torció el gesto. Y había dicho cuanto tenía que decir. Aunque desertora, no le gustaba que la confundieran como una traidora a su patria. La Patria de ella seguía siendo Renacimiento. Otra cosa distinta era que detestase al régimen macjuanista.

De mala gana se dirigió a la cabina del almirante Muro, cuyo camino ya conocía. En la antecámara, una joven amanuense se puso en pie y le anunció sonriendo:

—Vas a ver al presidente. Quiere hacerte algunas preguntas respecto a sus nietos.

A Julia Aneto, formada en la más ortodoxa tradición castrense, esta familiaridad de un simple amanuense la ofendía. ¿Pensaba tal vez la tapo que podía dirigirse a ella tuteándola, sólo porque era una desertora? Ya iba a protestar, cuando cayó en la cuenta de lo que la tapo acababa de decir.

—¿El Presidente? ¿A qué presidente te refieres?

—¿A cuál va a ser? Sólo tenemos un presidente. El presidente de la República, el Almirante Aznar.

—¿Está aquí? —preguntó Julia, incrédula.

—Detrás de esa puerta —señaló la amanuense—. Acaba de llegar. Voy a anunciarte.

Julia se sintió impresionada. En Renacimiento, la dictadura se glosaba a sí misma, se emborrachaba de palabrería y llegaba al borde del ridículo ensalzando la figura del dictador hasta hacer de éste poco menos que una divinidad. El culto a la personalidad, del que tanto gustaba MacLane, envolvía la excelsa figura del tirano y se derramaba en cascada alcanzando también a los personajes de segundo, de tercero, de cuarto y de quinto orden…

Con los tapos las cosas eran distintas. Allí, todo un presidente de la República recibiría a un anónimo coronel sin preámbulos ni ceremonia. La joven amanuense abrió la puerta, anunció a la coronela Aneto y dijo:

—Puedes entrar.

Julia entró en el amplio despacho y se detuvo uniendo ruidosamente los tacones de sus zapatos.

—Se presenta la coronela Aneto…

—Venga acá —le interrumpió un hombre joven y apuesto poniéndose en pie.

Julia quedó confundida. Al almirante Muro le conocía de hacía solamente unas horas. Pero el joven que estaba con Muro, vistiendo el uniforme blanco de la astronáutica con galones de almirante, era un desconocido para ella. Sin embargo, el joven almirante y Muro eran las dos únicas personas en el despacho.

—Señor presidente, la coronela Aneto —señaló Muro. Y añadió sonriendo—: La coronela está un poco confusa. No le conocía a usted bajo su nuevo aspecto.

—¡Oh, comprendo! —dijo el joven echándose a reír, avanzando al encuentro de Julia con la mano extendida—. Créame, yo mismo no me conozco cuando me veo en un espejo. Mi reencarnación data sólo de unas horas… casi el tiempo que he tardado en llegar desde Hiperburgo a aquí.

Julia Aneto balbuceó una disculpa, que el joven presidente interrumpió diciendo:

—No es usted la única sorprendida. En realidad no lo saben todavía sino contadas personas. Venga, siéntese y cuente cómo se produjo su encuentro con mis nietos. ¿Cree que habrán conseguido ponerse a salvo?

Julia relató cuanto sabía del caso, repitiendo el relato que ya había hecho con anterioridad ante el almirante Muro y un par de oficiales del Servicio de Inteligencia tapo.

—Gracias por todo. Esperemos que los chicos se hayan salvado. Nos veremos a la hora de comer. He tenido mucho gusto en conocerla —dijo el presidente ofreciéndole la mano.

Julia salió impresionada de la entrevista. Aunque físicamente el almirante era un joven de veintidós años, su serenidad y su aplomo eran los propios de un hombre de estado con una larga experiencia de la vida.

Nada de esto debía extrañar a Julia, quien estaba pasando por idéntica experiencia. Julia, al reencarnar en su apariencia juvenil, había recibido todos los conocimientos y experiencias acumulados a lo largo de setenta años. Era, pues, una joven de veintidós años con la experiencia de una anciana de setenta.

De hecho, a pesar de lo que solían pensar los jóvenes, la mentalidad de una anciana no era tan distinta. Cuando se reavivaba el vigor físico, una “anciana” de veintidós años no se sentía diferente de como era en su primera juventud. Tal vez entonces veía

las cosas bajo un prisma distinto, pero no peor. Al contrario, en la segunda juventud una mujer estaba en condiciones de disfrutar la vida mucho mejor que antes, la juventud era entonces más estimada, más valiosa. Y solía ser mejor aprovechada.

La esferonave era enorme interiormente, una esfera de cuatrocientos metros de diámetro, tan grande como el legendario autoplaneta "Rayo", con el cual los terrícolas iniciaron su primera aventura espacial llegando hasta el planeta Redención. Esta esfera estaba dividida en gran número de cubiertas, quedando lastrada por los pesados reactores nucleares y los gigantescos depósitos de agua, de oxígeno, de nitrógeno y petróleo, que ocupaban la parte inferior.

Sin embargo, para su tamaño, la esferonave llevaba una reducida tripulación. Las esferonaves tapo tenían entre otras muchas ventajas, la de poder servir simultáneamente como unidades de combate y transportes de tropas, siendo menos vulnerables que los enormes "discos-volantes" de la Armada Sideral Valerana.

Desde que llegó a bordo, Julia Aneto disfrutaba de entera libertad para ir de un lado a otro. El teniente Bielda, que gozaba de idénticas ventajas, comentó el asunto con Julia:

—Estos tapos son muy confiados. Imagínese que hubiésemos venido a sabotear este navío simulándonos desertores. ¡Ni siquiera nos han registrado para comprobar que no traíamos explosivos ocultos!

—No crea tan ingenuos a los tapos, teniente —respondió la coronela—. Olvida usted que ellos tienen la facultad de poder leer nuestros pensamientos. La verdad es que un saboteador tendría muy escasas probabilidades de llegar a realizar su plan donde esté un tapo. Ellos leerían nuestras intenciones tan fácilmente como si lleváramos el plan escrito en la frente.

—Tiene usted razón, no había caído en ello —murmuró Bielda —. Su servicio de seguridad debe funcionar sin fallos.

Una hora más tarde, la coronela Aneto y el teniente Bielda recibían aviso por los altavoces para que acudieran al comedor. A bordo de los buques de la armada tapo no existía discriminación alguna entre astronautas y oficiales. Todos comían juntos, sólo que en lugar de hacerlo en un comedor había cierto número de comedores pequeños y acogedores, donde los tripulantes solían

agruparse por afinidad de caracteres, de gustos o aficiones, pero siempre con entera libertad.

El presidente y el almirante Muro ya estaban sentados a la mesa cuando llegaron los dos invitados. En el mismo comedor había otros oficiales de menor graduación y algunos hombres y mujeres tapos, astronautas rasos. El presidente había reservado un lugar a su lado para la coronela, y había otra silla vacía junto al almirante Muro reservada para el teniente Bielda. El presidente se levantó para recibir a Julia, costumbre arcaica que no se practicaba entre los tapos, ni siquiera entre los renacentistas.

—Tenemos buenas noticias —dijo el presidente al sentarse de nuevo junto a la coronela—. Mis dos nietos y la nieta del almirante Ovando se encuentran a salvo en el Consulado de Maquetania, en Zubia. Todos vienen hacia aquí en la aerofalúa del cónsul.

—Lo celebro sinceramente —dijo Julia—. ¿Cuál es nuestra posición? ¿Estamos cerca de Zubia?

—Nuestra flota ha tomado posiciones a todo lo ancho del golfo, con un extremo cortando el istmo de la Península Alba hasta Zubia, y el extremo opuesto frente a Godsa.

—Pero en esta posición entorpecen ustedes los movimientos de nuestra flota, especialmente a los grandes transportes de tropas.

—En efecto, ya hemos recibido una protesta del almirante Ferrandiz, conminándonos a retirarnos mar adentro. Pero los tapos no aceptan amenazas ni órdenes de los renacentistas.

Julia Aneto no se atrevió a hacer preguntas, pero su pensamiento fue interceptado por el almirante Muro, quien hizo de acusica diciendo al presidente:

—La coronela se está preguntando qué demonios hacemos los tapos en el golfo, y si estamos buscando un pretexto para que se produzca un enfrentamiento con la Flota Renacentista.

—No, nada de eso —rechazó el presidente—. Le hemos respondido a Ferrandiz que estamos aquí para impedir que los ghuros ataquen, y también para impedir que se produzca un desembarco sobre Zubia. De hecho me he permitido lanzar un ultimátum a MacLane. Los renacentistas deben dar por terminada la aventura y retirar sus tropas de Arbra y Godsa.

Julia, que tenía unos lindos ojos azules, los abrió de par en par expresando su sorpresa.

—¿Qué ocurrirá si MacLane no acepta su ultimátum? ¿Va a estallar la guerra entre Renacimiento y Maquetania? —preguntó sin ocultar su alarma.

—Yo espero que no —repuso tranquilamente el rejuvenecido presidente.

—Pero si coloca usted a MacLane entre la espada y la pared, él tendrá que resolver entre una de estas dos cosas. O retirar sus tropas, lo cual significaría una humillación, o arremeter con toda nuestra Armada Sideral contra los tapos. De verdad, ¿qué espera usted que haga MacLane?

—De momento va a ponerse sumamente nervioso. Espero que acepte entrevistarse conmigo para discutir esta cuestión. Luego… ya veremos.

A continuación el almirante Aznar se puso a tomar su sopa como si el asunto no le preocupara demasiado. Hacia la mitad de la comida, llegó un astronauta para informar que la aeronave que conducía a los nietos del presidente había contactado con el escuadrón de caza-interceptores “Delta” que iban a su encuentro para darles protección hasta la esferonave.

El presidente siguió comiendo. Sin embargo, mirándole de soslayo, Julia Aneto advirtió cierta expresión de preocupación en él. Julia no se atrevió a preguntarle si tenía noticias del Vicealmirante Aznar.

La comida se prolongó bastante en la sobremesa, interesándose el presidente por los planes de Julia y del teniente Bielda respecto al futuro.

—La verdad, no tengo planes —confesó Julia ruborizándose bajo la penetrante mirada del joven y guapo presidente—. Creo que ni siquiera tenía formado un propósito firme de desertar, hasta que me vi en el compromiso de tener que derribar el aerobote de los muchachos o ayudarles a escapar. Estaba harta del régimen macjuanista, eso es cierto, pero creo que no hubiese desertado de haber calculado previamente los riesgos. Tengo toda mi familia en Renacimiento, padres, hermanos, hijos y hasta nietos. Cuando alguien en Renacimiento es lo bastante loco para desertar, su familia suele quedar marcada.

El presidente Aznar asintió con profundos movimientos de cabeza. Por la forma en que se expresó después, demostró poseer un

amplio conocimiento del régimen macjuanista y las peculiaridades de la sociedad renacentista.

—Juan MacLane es un loco —acabó asegurando.

En este momento, sin previo aviso, entró en el comedor un joven alto de pelo negro y revuelto, vistiendo unos sencillos pantalones blancos, bastante sucios y arrugados, y una camisa azul con algunos desgarrones. El muchacho miró hacia la mesa del presidente, apartó la mirada y pareció buscar a alguien en el ya desierto comedor.

—Es mi nieto Tuanko —dijo el presidente con cierta contenida emoción—. ¡No me ha reconocido! ¡Tuanko!

Tuanko, que parecía dispuesto a marcharse, volvió a mirar a los ocupantes de la mesa. El presidente se puso en pie apartando la silla y dijo divertido:

—¡Vaya! ¿Pero es que no reconoces a tu joven abuelo?

—¿Tú? —balbuceó Tuanko atónito.

—¡Vaya, eres bastante corto de reflejos! —se burló el Almirante Aznar.

Pero Tuanko, hasta este momento distraído, acababa de contactar con el pensamiento de su abuelo y conoció de inmediato la clave del asunto. El Almirante acababa de reencarnar en la reproducción del hombre que había sido cuando tenía veintidós años.

Tuanko se acercó al Almirante y estrechó las manos que éste le tendía.

—¿Así que lo conseguiste al fin? Enhorabuena —dijo.

El Almirante le echó efusivamente un brazo sobre los hombros. Le dio un apretón y a continuación le apartó de él preguntando:

—¿Y tu hermana?

—¡Oh, ella está bien!

—¡Hijo! ¿Pero qué aspecto tienes? Tal parece que lo habéis pasado mal.

—Pudo haber sido peor. Los pilotos renacentistas venían dispuestos a echarnos abajo. Tuvimos que aterrizar a toda prisa en la jungla para despistarles.

—A propósito de los aviadores renacentistas —interrumpió el Almirante Aznar—. Aquí está aquella valiente mujer que os ayudó a escapar, la coronela Aneto.

Tuanko volvió los ojos hacia Julia Aneto.

—Le estamos muy agradecidos —dijo. Y como desmintiendo sus palabras, apartando su atención de la coronela, se dirigió de nuevo al presidente—: Hay algo que debes saber en seguida. Los thorbod están aquí, en Atolón. Encontramos a dos de ellos en la jungla.

El Almirante Aznar no era tapo, por lo tanto no poseía la facultad de éstos para leer en el pensamiento de su nieto.

—¿Thorbods? —repitió frunciendo el ceño—. Estás bromeando, claro.

—No es broma, Almirante —insistió Tuanko—. Estaban allí, muertos. Las mantis los habían devorado a medias. Sólo uno de ellos conservaba la cabeza. Era un hombre gris, un thorbod, tan seguro como te estoy viendo a ti ahora.

El presidente quedó tan sorprendido que no atinó a pronunciar palabra. La incredulidad y la confusión llenaban su mente. Esto fue percibido también por el almirante Muro, que siendo tapo disfrutaba la ventaja de poder leer el pensamiento de Tuanko y el del presidente.

—Créale, señor presidente —dijo Muro—. Tuanko vio esos thorbod.

El Almirante Aznar miró a Muro y luego a Tuanko.

—Cuéntame todo.

Tuanko hizo un relato detallado de su aventura. Mientras hablaba sentía el flujo de una mente hostil que negaba toda veracidad a sus palabras. Era la coronela Aneto. Tuanko la miró en una ocasión, para continuar su relato hasta el fin.

—Dices que las chicas se quedaron esperando en el aerobote. Luego en realidad, tú fuiste el único que vio al thorbod —observó el presidente.

—Así fue.

—No pongo en duda que estés diciendo la verdad, hijo. Pero, ¿no podrías estar equivocado? El calor y las demás condiciones ambientales, ¿no pudieron confundirte haciéndote ver un thorbod donde sólo había un hombre calvo y feo?

—Los thorbod estaban allí —repitió Tuanko con acento a la vez enérgico e irritado—. Llevaban armaduras negras y eran muy grandes, dos auténticos gigantes. He repasado después los detalles de la escena. A pesar de los destrozos causados en ellos por los insectos, no recuerdo haber visto manchas de sangre a su alrededor.

Es lógico que fuera así, ya que los hombres grises tienen la sangre incolora.

—A las mantis les gusta extraordinariamente la sangre humana. Si ésta se derramó por la hierba, los insectos se comerían la hierba también —observó el presidente.

—Ya veo que no quieres creerme —dijo Tuanko resentido.

—Hijo, lo que dices es muy grave. Es natural que exprese mis dudas. La presencia de hombres grises en Atolón deberá modificar la política de este circumplaneta. Ghuros, renacentistas y tapos tendremos que dejar de lado nuestras diferencias y unirnos para la defensa de estos planetas. Porque conociendo como conocemos a los thorbod, podemos tener la certeza de que un día, más pronto o más tarde, vendrán a conquistar el hiperplaneta.

—Pues ya podemos comenzar a prepararnos, porque de seguro, al menos un par de hombres grises han estado en el circumplaneta —respondió Tuanko.

El presidente se acarició la barbilla y luego dijo al almirante Muro:

—Almirante, ¿podemos enviar un destacamento al istmo para que conozca el terreno donde aterrizó Tuanko?

—Por supuesto que podemos —repuso Muro—. ¿Pero qué vamos a buscar? Obviamente, los cadáveres habrán sido devorados completamente por las mantis.

—Pero las armaduras de “diamantina” son demasiado duras, incluso para los estómagos de las mantis. Necesitamos alguna evidencia, algo que demuestre la veracidad de la historia que nos ha contado Tuanko y baste para convencer a nuestro Gobierno, a los ghuros y al almirante MacLane.

—Comprendo lo que quiere decir —dijo el Almirante Muro. Y dirigiéndose a Tuanko preguntó—: ¿Podrás trazarnos sobre el mapa el camino que recorristeis?

—Lo intentaré.

—Estarás hambriento y cansado. Ve a comer mientras ordeno preparar la cartografía que poseemos de la Península. Acude después al cuarto de mapas.

Tuanko Aznar abandonó el comedor. El presidente Aznar se mordía nerviosamente el labio inferior, profundamente preocupado. Junto al presidente, el almirante Muro había quedado

repentinamente quieto, en una extraña actitud, como escuchando con los párpados medio entornados. Julia Aneto, que seguía toda la escena atentamente, vio como el almirante Muro abría repentinamente los ojos y se dirigía al presidente Aznar diciendo:

—Almirante, me comunican de la sala de control que los transportes renacentistas se están moviendo en dirección a Zubia. Una segunda flota viene del altiplano, al parecer para converger con los transportes sobre el istmo de Punta Alba.

Julia Aneto acababa de asistir a una demostración de las extraordinarias facultades paragnósticas de los tapos. Desde la sala de control, a través de suelos y mamparas de acero, alguien acababa de enviar un mensaje telepático cuyo receptor era el almirante jefe de la flota. ¿Cómo se las arreglaban los tapos para efectuar esta clase de comunicaciones?

—Bien, vamos a la sala de control —dijo el presidente.

El presidente Aznar y el almirante Muro abandonaron el comedor, al parecer olvidados de Julia y del teniente Bielda.

CAPÍTULO VI

LA sala de control de la esferonave era una réplica a más pequeña escala de la sala de control del autoplaneta "Valera". De planta circular, el techo de la sala formaba una cúpula de cincuenta metros de diámetro que funcionaba como un planetario. Múltiples cámaras de televisión emplazadas en el exterior de la esferonave, transmitían simultáneamente a las pantallas hexagonales que revestían toda la concavidad de la cúpula de la sala de control. El mosaico de imágenes formaba un todo uniforme en el planetario.

Bajo la enorme cúpula, en la perpendicular del eje geométrico de ésta, se levantaba el puente de mando, una plataforma circular a un metro cincuenta centímetros del piso. Alrededor de la plataforma, formando a modo de un parapeto, había un círculo de pantallas de televisión. Los controladores estaban distribuidos alrededor de esta plataforma, cada uno ante su consola, la mayoría de las cuales tenían una o dos pantallas. Los muros de la sala, hasta una altura de dos metros, estaban densamente cubiertos de pantallas registro e instrumentos de control, destacando los armarios donde giraban las bobinas de la gran computadora central que regía todas las maniobras de la cosmonave.

Al entrar en la sala de control, un oficial de transmisiones entregó un despacho al almirante Muro. Éste desdobló el pliego, le echó un vistazo y se lo paso al presidente. El texto decía:

> "Del almirante Ferrandiz, comandante jefe de la I Flota de Renacimiento, al almirante Muro, comandante jefe de la III Flota Tapo. Le conmino a abandonar la zona, retirar su fuerza 10.000 kilómetros mar adentro en el término de una hora. De continuar usted entorpeciendo las operaciones militares de las fuerzas renacentistas, interpretaré su actitud como un acto de beligerancia. Firmado: Almirante

Ferrandiz.”

Miguel Ángel Aznar encajó la mandíbula con fuerza. La respuesta de Ferrandiz era como una bofetada en pleno rostro. Indicaba, sencillamente, que lejos en intimidarse, MacLane aceptaba el reto contestando al ultimátum con otro ultimátum.

Miguel Ángel Aznar había jugado fuerte sus cartas, intentando marcarse un farol, pero MacLane sabía que en sus atribuciones como presidente de la República de Maquetania no entraba la de poder declarar la guerra ni acometer un acto de beligerancia. Aznar tenía las manos atadas, supeditado a las decisiones del Parlamento Tapo. Por el contrario, Juan MacLane representaba el poder omnímodo. Como dictador absoluto podía tomar cualquier decisión, por disparatada que fuera, incluido arrastrar al país a una guerra insensata.

—Veamos cual es la situación —dijo el presidente.

Los dos hombres cruzaron por el pasillo central hasta el puente de mando. La plataforma estaba ocupada por el comandante del “Sirio”, capitán de navío Udan, y el vicealmirante Zendo, segundo jefe de la Flota. El presidente Aznar y el almirante Muro subieron por la alfombrada escalerilla hasta el puente.

El “Sirio”, en el centro de la formación, se encontraba a tres mil metros de altura y cinco kilómetros de Arbra, sobre el mar. A derecha e izquierda del “Sirio” estaba desplegada la Flota; cinco mil esferonaves grises de mil metros de diámetro, de quinientos veintitrés millones de toneladas de desplazamiento, construidas de hormigón armado.

Frente a la Flota Tapo, la Primera Flota del almirante Ferrandiz se desplazaba en dirección a la Península de Punta Alba acompañando a los transportes siderales. Pero a cuatro mil kilómetros de distancia se acababa de inmovilizar la II Flota Renacentista, que venía a ocupar el vacío dejado por la Primera.

La República de Renacimiento disponía en la actualidad de seis flotas de diez mil unidades, o sea un total de 60.000 cruceros de combate de la serie STELAR, largamente experimentada. Frente a esta fuerza, la República Tapo (República de Maquetania) sólo contaba con un total de 15.000 esferonaves, repartidas en tres flotas. Sin embargo, los números no expresaban la realidad de los

hechos. Cada esferonave valía por 84 cruceros STELAR a efectos de potencia de fuego, expresada en número de proyectores de “luz sólida”.

Pero aquí tampoco tenían expresión real los números. La potencia de una fuerza sideral no dependía exclusivamente de la cantidad de proyectores de “luz sólida”. Los combates entre estas poderosas armadas solían desarrollarse a enorme distancia, y en la batalla los buques sólo intervenían como plataformas de lanzamiento de los veloces caza-interceptores.

Ambas escuadras, tanto la renacentista como la tapo, utilizaban el mismo modelo de caza-interceptor “Delta”. Los “Delta” jugaban el mismo papel que los aviones en las arcaicas fuerzas aeronavales del siglo XX. Lanzados en número de millones desde los buques de la Flota, surcaban raudamente el espacio para atacar a las unidades enemigas. Cada caza-interceptor “Delta” era portador de 500 proyectores de “luz sólida”. Cada escuadra anteponía a los caza-interceptores del enemigo sus propios “Delta”. Los escuadrones “Delta” se encontraban en el espacio —generalmente a mitad camino entre las dos flotas— y libraban reñido combate entre sí, continuamente alimentado por los nuevos lanzamientos efectuados desde los buques que se encontraban detrás.

Finalmente, era la capacidad para lanzar caza-interceptores lo que determinaba la victoria de uno u otro bando. El primero en agotar sus reservas de caza-interceptores podía considerarse virtualmente vencido. Los “Delta” supervivientes, limpio de obstáculos el camino, llegaban en oleadas hasta los buques enemigos y atacaban directamente a éstos tratando de apagar sus proyectores de “luz sólida”.

Cuando finalmente, a un elevado costo de bajas, los caza-interceptores habían conseguido apagar las baterías del enemigo, llegaban los demoledores torpedos anti-materia para asestar el golpe de gracia a los buques ya inermes y en franca retirada.

De todo esto se deducía que, mientras los renacentistas tenían una armada de ataque, los tapos eran más fuertes en la defensa. La potencia de ataque de cada fuerza era una incógnita; dependía sencillamente de las reservas en cantidad de cazas-interceptores de que disponía cada uno. Pero mientras se conocía perfectamente el número y características de los buques de línea, era un secreto

celosamente guardado la cantidad de “Deltas” que el contrario podía llevar al combate.

Era presumible que los renacentistas, dedicados a un programa de intenso rearme desde hacía medio siglo, tuvieran el doble o el triple de “Deltas” que los tapos.

Los ghuros, que sólo habían incorporado esta arma a sus escuadras en fecha relativamente reciente, no tenían ni experiencia ni número de “Deltas” suficiente para enfrentarse al régimen militarista de MacLane, a pesar de que, al menos en conjunto, contaban con una cantidad de esferonaves superior a los tapos.

Así las cosas, el presidente Aznar rechinaba los dientes de rabia impotente después de recibir el ultimátum del almirante Ferrandiz.

—Obviamente, la nota no es obra de Ferrandiz —comentó el presidente con Muro y Zendo—. Nadie en la Armada Sideral de Renacimiento es capaz de permitirse libertades de ese tipo. MacLane, personalmente, está ahí dirigiendo las operaciones. Le enviaré otro radiograma invitándole a una entrevista.

El radiograma fue expedido, pero transcurrió media hora sin que el presidente recibiera respuesta. Mientras tanto, la I Flota Renacentista seguía alejándose en dirección a Zubia. El destacamento tapo ya estaba preparado para desembarcar en el istmo, pero el Almirante Aznar decidió suspender la operación. La llegada del destacamento a tierra iba a coincidir con la flota renacentista en el mismo lugar, y Aznar no quería exponer la vida de un solo hombre. Además, si Ferrandiz no se retractaba, o MacLane no accedía a una entrevista, la flota tapo no tendría más remedio que retirarse, so pena de tener que enfrentarse a los envalentonados renacentista.

El almirante Muro miró el gran reloj electrónico de la sala de control y advirtió:

—Faltan diez minutos para el plazo que nos concedió Ferrandiz.

—Dé la orden de retirada —dijo el presidente.

El almirante Muro y el vicealmirante Zendo intercambiaron una mirada.

—Si nos retiramos ahora los renacentistas se jactarán de habernos mojado la oreja —observó Muro.

—Fue un error venir aquí. Cuando se trata con locos como MacLane no se pueden asumir actitudes que no estén respaldadas

por una verdadera intención de llegar a las últimas consecuencias —sentenció el presidente—. Esa es la diferencia entre MacLane y nosotros. Él sí está dispuesto a cumplir sus amenazas.

El almirante Muro hizo una mueca.

—¿Nos retiramos, o regresamos a casa?

—Volvemos a casa.

Minutos después, la flota tapo empezaba a moverse en dirección al norte, adentrándose en el océano y ganando rápidamente altura.

Al dirigirse a su cabina, el almirante Aznar pasó por la cubierta donde estaban alojados sus nietos. Virela besó efusivamente a su abuelo y elogió su estupendo y juvenil aspecto. Con Virela se encontraba Melania Ovando, quien inquirió si se tenían noticias de su abuelo y el resto de su familia.

—No tenemos noticias de su paradero ni de mi sobrino. El almirante MacLane se ha negado a una entrevista.

—¿Es que no hay forma posible de saber que ha sido de ellos? —protestó Melania.

—Es difícil que podamos. Nos retiramos hacia Maquetania.

Virela captó el pensamiento de su abuelo y también su disgusto, pero no hizo comentario. El presidente se dirigió a su cabina, donde encontró a Tuanko que le estaba esperando.

—Me han dicho que has cancelado la operación de rescate de los restos de los thorbod —dijo el muchacho con acento acusador—. Y que has ordenado el regreso de la flota a Maquetania.

—Sí.

—¿Por qué?

—MacLane nos ha lanzado un ultimátum. Con eso responde a nuestra advertencia para que no ocupara Zubia.

—Pero…

—Eres un tapo. Si puedes leer mi pensamiento advertirás hasta que punto me siento furioso y humillado por tener que ceder ante MacLane. El problema está en que MacLane puede disponer a su antojo de todas las fuerzas de la nación, mientras que yo soy presidente de un país democrático, con poderes limitados supeditados a la voluntad del pueblo. Realmente así es como debe ser. Un hombre, más si es el representante supremo de una nación, no puede dejarse arrastrar por impulsos de ira o de venganza. Si yo dispusiera de todo el poder que tenía mi padre como Almirante

Mayor del autoplaneta "Valera", mi reacción consistiría en acumular todas las fuerzas de que pudiera disponer y dar la cara a MacLane contestando a su reto con otro reto. Afortunadamente no es así. MacLane es un psicópata irresponsable, y lo más sensato en este caso es no responder a su desafío. Él sería capaz de llevar a su pueblo al desastre por una cuestión personal. Yo no puedo hacer eso.

Tuanko se sintió desarmado ante las sensatas reflexiones de su abuelo.

—Admito que no puedas hacer otra cosa que ordenar la retirada de la flota. Queda pendiente el asunto del tío Fidel y la abuela Banda. Autorízame para organizar un comando que vaya en su busca —dijo Tuanko.

Pero el presidente negó con la cabeza.

—No puedo autorizar tal cosa. Sería correr un riesgo inútil.

—¿Piensas que tío Fidel ya está muerto?

—Realmente eso es lo que pienso. MacLane se niega a celebrar una entrevista, ni siquiera por televisión. Conociendo a MacLane, sólo encuentro una explicación razonable a su negativa. MacLane teme que la cuestión de Fidel surja inevitablemente en el curso de nuestra entrevista. ¿Qué podría responder a mi petición para que nos devolviera a Fidel vivo? MacLane rehúsa enfrentarse conmigo por temor a mi reacción. Si Fidel estuviese vivo trataría de chantajearme proponiéndome la retirada de nuestra flota a cambio de la libertad de mi sobrino. No lo ha hecho así, sino que ha corrido el máximo riesgo apelando a la jactancia y el desafío, pero eludiendo dar la cara y confesar que ha ejecutado a Fidel. Piensa que mientras quede una duda mantendremos una esperanza, y en eso no se equivoca.

—¡Maldito sea mil veces ese cerdo de MacLane! —exclamó Tuanko apretando los puños—. Hace ya mucho tiempo que debiste enviar un comando a asesinarle. Tal vez no sea tarde, todavía podría hacerse…

—Olvida eso, Tuanko. Si procediésemos de ese modo, ¿qué diferencia habría entonces entre MacLane y nosotros? ¡Todos seríamos iguales!

—Me admira tu paciencia —dijo Tuanko—. Si yo estuviera en tu lugar… ¡Bueno, iba a decir una tontería! Yo no podría estar nunca

en tu lugar, por la sencilla razón que los tapos no elegirían por presidente a un tipo temperamental como yo. Tienes razón, éste es un asunto familiar, algo personal entre MacLane y los Aznar. No sería justo arrastrar a millones de tapos a una guerra por algo que sólo nos incumbe a nosotros.

—Todavía hay otra cuestión que no debemos dejar de lado. Una guerra que nos implicara a renacentistas y tapos, o a ghuros y renacentistas, sería un suicidio en las actuales circunstancias. Hoy sabemos que los thorbod conocen nuestra presencia en el circumplaneta. Tal vez estén al acecho, esperando una oportunidad para arrojarse sobre nosotros. Una guerra en el circumplaneta debilitaría de tal modo nuestras fuerzas que nos pondría prácticamente en manos del primer invasor. Y ese invasor potencial existe. En alguna parte de esta galaxia el thorbod espera. Debemos crear un estado de conciencia tal que en lugar de separarnos nos aglutine a todos en un férreo bloque frente al thorbod. Esto, más o menos, es lo que me propongo exponer ante los representantes de las repúblicas ghuros en Bonomi.

—¿Vas a presentarte en Bonomi ante la conferencia de representantes ghuros sin ser invitado?

—Mejor ocasión que ésta, nunca. Todos van a reunirse allí.

—Tal vez los ghuros no comprendan muy bien el problema de los thorbod. No los han conocido nunca —observó Tuanko.

La respuesta del presidente quedó ahogada por el estruendo de un claxon, toda la tripulación debía acudir a sus puestos de combate equipados con la reglamentaria armadura de vacío.

El rugido del claxon se interrumpió de repente, escuchándose una voz que decía:

—¡Atención, zafarrancho de combate! ¡Todo el mundo a sus puestos, estamos siendo atacados!

¡Atacados!

El presidente Aznar se puso en pie. Una brusca sacudida que estremeció a toda la enorme cosmonave proyectó al presidente y a Tuanko a través de la habitación contra el armario que estaba en el extremo opuesto. Los dos hombres cayeron al suelo. Mientras se incorporaban trepidó de nuevo el piso y vibraron los mamparos de acero, escuchándose una lejana y como sorda explosión.

No cabía duda, estaban siendo atacados. Tuanko, sumamente

pálido, ayudó al presidente a ponerse en pie. El claxon estaba sonando de nuevo.

—Hijo, ¿dónde tienes tu armadura? —preguntó el presidente Aznar.

—No tengo.

—Ve a buscar a tu hermana y a esa chica… la Ovando. Id al arsenal y proveeos de equipo. La cosa puede ser grave, los renacentistas tienen aquí dos flotas y nos superan en número.

—¿Tienes equipo de vacío? —preguntó Tuanko.

—Lo tengo en el armario. ¡Vete, no pierdas tiempo! —apremió el Almirante empujando a Tuanko en dirección a la puerta.

Otra leve sacudida conmovió al navío mientras Tuanko salía al corredor. Por éste circulaban a la carrera hombres y mujeres en busca de sus equipos de combate. En la escalera se dio de frente con dos oficiales que subían los escalones de dos en dos. El claxon había dejado de sonar y se escuchaba de nuevo la voz premiosa, aunque serena, del oficial de puente, llamando a la tripulación a sus puestos.

En la cubierta donde había sido alojado, Tuanko se encontró en el pasillo con la coronela Aneto y el teniente Bielda que miraban arriba y abajo con aire desconcertado.

—No se queden ahí parados, vayan a buscar sus armaduras de vacío —les dijo Tuanko.

—Nos desprendimos de ellos al llegar a bordo y no los volvimos a recuperar —dijo la coronela.

—Vengan conmigo, les proporcionarán otros equipos en el arsenal.

Virela y Melania estaban asomadas a la puerta de sus respectivas cabinas. Tuanko les gritó que le siguieran y todo el grupo corrió tras los talones del muchacho en dirección a un ascensor. Pero el ascensor estaba ocupado en otro lugar.

—Vamos por las escaleras —indicó Tuanko.

Poco después entraban en el arsenal del buque, donde fueron atendidos por dos astronautas femeninos. Tanto los Aznar, como la coronela Aneto y el teniente Bielda se sabían de memoria las tallas de sus armaduras. No así Melania Ovando, que aunque había servido un tiempo en la armada las había olvidado.

Mientras esperaban a que les entregaran sus armaduras, la

coronela preguntó a Tuanko si sabía lo que estaba ocurriendo.

—Sé lo mismo que usted. Estamos siendo atacados, y todo parece indicar que nos han cogido por sorpresa.

Habían cesado mientras tanto las sacudidas, lo que era indicio de que las defensas de la esferonave habían comenzado a actuar y mantenían momentáneamente a raya a los “Delta” y torpedos del enemigo. Una esferonave era de hecho una fortaleza con sus formidables muros de doscientos metros de espesor y cinco millones de proyectores de “luz sólida” de gran potencia. Las esferonaves, en combate, giraban continuamente sobre sí mismas, ofreciendo alternativamente distintas caras a los disparos y torpedos del enemigo.

Los caza-interceptores “Delta” solían llevar 500 proyectores de “luz sólida” de tamaño más pequeño, pero un “Delta” nunca podía utilizar todos sus proyectores al mismo tiempo, debido a que éstos estaban repartidos en la cara superior e inferior de los planos de sus cortas alas, en el borde ataque de estas mismas alas, del timón de cola y los costados del fuselaje. El mayor daño que podían causar los “Delta” estaba en razón de su doble función. Los “Delta” se acercaban disparando sus proyectores y a continuación se estrellaban como un torpedo contra el buque enemigo. Estas explosiones de los reactores nucleares de los “Delta” eran probablemente las sacudidas que se habían sentido al comenzar el ataque. La flota todavía se encontraba dentro de la atmósfera al iniciarse el asalto enemigo, y en estas condiciones una explosión nuclear era mucho más efectiva que en el vacío sideral, donde no existía aire.

Ya estaban Tuanko, Virela, la coronela Aneto y el teniente Bielda equipados, y todavía tuvieron que esperar otros cinco minutos mientras le tomaban las medidas a Melania Ovando y las encargadas del almacén buscaban las piezas apropiadas a su talla. Tuanko mientras tanto se consumía de impaciencia, a pesar de que el resultado de la batalla no dependía de él y nada tenía que hacer fuera de allí.

Melania Ovando acababa de recibir la última pieza de su armadura de “diamantina” azul, cuando los torpedos empezaron de nuevo a golpear a la esferonave. A través de un altavoz próximo anunciaron:

—¡Atención, a todos los tripulantes del “Sirio”! Provéanse de equipo volador individual. Los miembros de la tripulación que no ocupan puestos de combate, diríjanse a las Karendón para ser evacuados.

Las miradas de Tuanko y de la coronela Aneto se encontraron.

—Parece que las cosas andan mal allá arriba —dijo Julia Aneto señalando al techo, donde suponía estaba la sala de control—. Siempre creí que estas esferonaves aguantaban mucho.

—No sabemos qué es lo que está ocurriendo —respondió Aznar malhumorado—. Tomemos los “backs”, ya que estamos aquí.

Las muchachas encargadas del almacén se disponían a proporcionárselos. Tuanko las despachó diciendo:

—No pierdan tiempo, vayan hacia las Karendón. Nosotros cogeremos los equipos.

Las dos astronautas salieron del almacén y Tuanko y el teniente Bielda pasaron al otro lado del mostrador para tomar los equipos de vuelo (“backs”). Éstos eran pesados y tuvieron que ayudarse unos a otros para sujetarlos a la espalda, en la pequeña joroba que formaban las armaduras exclusivamente para este fin.

Violentas sacudidas estremecían al “Sirio” cuando el grupo salía del almacén en dirección a un ascensor. Esta vez encontraron el ascensor libre y pudieron subir directamente a la cubierta central, donde estaba la sala de control. Una docena de astronautas esperaban al ascensor. Un oficial se dirigió a Tuanko.

—¿Qué hacen ustedes aquí? ¿Por qué no se dirigen a las Karendón?

—No he oído que se diera orden de abandonar el buque.

—Bueno, hagan lo que quieran —dijo el oficial—. El buque está irremisiblemente perdido. Todos los “Delta” y los torpedos convergen sobre esta esferonave. Está claro que quieren cargarse al presidente Aznar.

El oficial entró en el ascensor con el grupo y se cerraron las puertas.

—¿De modo que es eso? —dijo Tuanko con voz enronquecida por la ira—. MacLane sabe que el viejo está en el “Sirio” y carga toda la fuerza de su ataque contra este buque. Vayan a la sala de las Karendón. Virela, tú conoces el camino, guíales y vete con ellos. Dejar aquí los “backs” por si alguien los necesita.

—¡No iré, no quiero separarme de vosotros! —protestó Virela.

—¡Vete, te lo ordeno! ¿Qué puedes hacer por nosotros? Sólo serás un estorbo y un motivo más de preocupación para el viejo —dijo Tuanko con energía.

Dejó al grupo esperando el ascensor y se alejó rápidamente en dirección a la sala de control.

Media docena de controladores, todos vestidos de “diamantina” de pies a cabeza, abandonaban la sala de control cuando Tuanko se disponía a entrar. Los repetidos impactos de los caza-interceptores “Delta” hacían estremecer la gigantesca esfera de hormigón. En la sala de control brillaban los azulados relámpagos de algunos cortocircuitos en las consolas de los controladores. Los técnicos iban de un lado a otro tratando de arreglar aquello, a pesar de que era ya evidente la pérdida de la cosmonave.

CAPÍTULO VII

LEVANTANDO la mirada hacia la gran cúpula que cubría la totalidad de la sala de control, Tuanko Aznar vio gran número de lunares en el enorme mosaico que formaba el conjunto. Podía deducirse el daño sufrido por la nave por el número de espacios oscuros que iban apareciendo en el planetario. Los impactos de “luz sólida” y las explosiones contra la esferonave iban apagando proyectores y cerrando el vítreo ojo de las cámaras de televisión, profusamente repartidos por toda la redondez de la esfera de hormigón.

El vicealmirante Zendo se encontraba al pie de la escalerilla que conducía al puente de mando, equipado con la armadura de “diamantina”, aunque sin escafandra. Miraba hacia arriba a las imágenes que se iban encendiendo y apagando en lo alto de la cúpula, y se volvió hacia Tuanko al tocarle éste en el brazo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Tuanko—. ¿Están tan mal las cosas que tenemos que abandonar el buque?

—Ese zorro de MacLane nos engañó. Empezábamos a movernos para retirarnos cuando lanzó un ataque sin aviso previo, haciendo converger la mayor parte de sus “Delta” sobre el “Sirio”. Simultáneamente, la flota que se había alejado por el oeste, daba la vuelta y atacaba nuestro flanco izquierdo destrozándolo. Los veinte mil cruceros de MacLane lanzaron por todos sus tubos, pero eso no fue todo. El borde del altiplano solamente está a diez mil kilómetros de la costa. Los renacentistas lanzaron andanada tras andanada de “Deltas” desde su propio territorio, de tal modo que nos vimos impotentes para detenerlos todos. La sorpresa fue un factor decisivo, y naturalmente, la superioridad numérica. Nos han pulverizado.

—¿Han destruido toda la flota?

—Están acabando con nosotros —señaló el vicealmirante al

techo—. Sólo falta que nos rematen con algunos torpedos antimateria, lo cual no tardará en ocurrir.

Tuanko miró hacia arriba, en los escasos hexágonos iluminados que quedaban. Oleadas de “Deltas” venían a enorme velocidad, haciendo jugar sus mortíferos dardos de “luz sólida”, y a continuación se estrellaban contra la esferonave haciendo explosión. La pesada esfera de hormigón se estremecía a cada impacto, y éstos eran por momentos más frecuentes.

Sobre la plataforma del puente de mando estaban el presidente Aznar, el almirante Muro y el comandante del “Sirio”.

—¿Qué tal el viejo? —señaló Tuanko.

—Está sereno, aunque en el fondo se hace responsable de este desastre.

Muro pareció cambiar impresiones con el presidente. Luego se volvió hacia el comandante del buque. Éste empuñó un micrófono y su voz atronó la sala de control a través de los amplificadores:

—¡Atención, habla el comandante! ¡Abandonen el buque! Repito, abandonen el buque. Dejen sus puestos y diríjanse ordenadamente a las Karendón.

El Almirante Aznar y el almirante Muro descendieron la escalera. Ambos llevaban sus armaduras de vacío, sosteniendo la abultada escafandra bajo el brazo. En este momento sobrevino una explosión aterradora. Una explosión que hizo saltar a la esferonave como una pelota de goma y proyectó al Almirante Aznar y a Muro por el aire contra las consolas de los controladores. El mismo Tuanko fue levantado del piso y arrojado a diez metros de distancia, resbalando por el suelo del corredor hasta que se detuvo al golpear con los pies contra una mesa. Las consolas de los controladores, los asientos fueron arrancados de sus enclavamientos y lanzados al aire. De los muros salieron como proyectiles las esferas de los instrumentos de medida y control, las pantallas de cristal, las bobinas de la computadora…

Chispazos eléctricos brotaron por todas partes, provocando incendios localizados que llenaron la sala de acre humo.

Tuanko, que traía calada la escafandra, abrió la espita del oxígeno y cerró la válvula por la que estaba respirando. Se puso en pie y fue en busca de su joven abuelo, recogiendo por el camino la escafandra que éste había perdido en su caída. El presidente había

quedado medio conmocionado a causa de un golpe que le había producido una sangrante herida sobre la ceja.

El Almirante Aznar apartó a Tuanko con un ademán de enojo diciendo:

—Vamos, déjame. No necesito que me ayudes, no soy un anciano.

—Muy bien, muchacho —dijo Tuanko poniéndole la escafandra entre las manos—. ¿Qué cosa nos queda por hacer? ¿Vamos a hundirnos con el buque, o crees que hay todavía alguna forma de escapar con vida?

El presidente no contestó, pero Tuanko captó su actividad mental. Estaba calculando las probabilidades de salir con vida de aquel apuro, lo cual dependía en gran parte del comportamiento del "Sirio" después de haber encajado el torpedo antimateria que prácticamente lo había partido como una nuez.

Desde un principio desestimó el presidente la posibilidad de abandonar el "Sirio" desmaterializándose en una de las máquinas "K. Traslator". Esto no era posible para él, porque a la distancia que se encontraban de Maquetania, el envío de datos de las "Traslator" tenía que hacerse por medio de estaciones repetidoras situadas en los satélites de comunicaciones. A 450 millones de kilómetros de Maquetania, las ondas de radio, moviéndose a la velocidad de la luz, invertían veinticinco minutos en llegar hasta la estación receptora de la Base Astronáutica de Molikai.

Los renacentistas, que se encontraban allí mismo, recibían 25 minutos antes que Molikai las señales de radio que estaban emitiendo las esferonaves tapo. Casi con toda seguridad los renacentistas estaban restituyendo en sus propias "Karendón" a las tripulaciones tapo. Es decir, los que lograban escapar a través de las "Traslator K." iban a caer directamente en manos de los renacentistas.

Para las tripulaciones tapo, sin otra alternativa que perecer con sus esferonaves o caer prisioneros de los renacentistas, la elección no era dudosa; mejor prisionero que muerto. Pero esta alternativa no valía al presidente Aznar, sobre quien los renacentistas habían echado una pena de muerte.

El almirante Muro salió de un montón de cables chisporroteantes tirando de un hombre que vestía armadura de

“diamantina” sin escafandra. Era el comandante del “Sirio”, Udan. Tuanko se acercó para ayudarle. El almirante Muro se arrodilló para quitarse uno de los guanteletes de vidrio y tocar en el cuello de Udan buscando el latido de la vena.

—Ha muerto —dijo Muro incorporándose—. Electrocutado.

El piso de la cámara de derrota tomaba en este momento una ligera inclinación.

—Pónganse las escafandras y salgamos de aquí —dijo Muro.

El presidente Aznar y el vicealmirante Zendo se calaron las escafandras, saliendo todos en mitad de la humareda por la puerta que había utilizado Tuanko al entrar. Ya no quedaba nadie en la sala de control, llena de humo, de llamas y de relámpagos eléctricos. El alumbrado también había bajado en intensidad, al fallar la línea principal de alimentación y entrar en funcionamiento las baterías de emergencia.

En el corredor, cerca del ascensor, se encontraron con un astronauta que estaba sujetando a su espalda uno de los equipos de vuelo individual abandonados allí poco antes por Virela Aznar, Melania Ovando, la coronela Aneto y el teniente Bielda.

La violenta explosión que había sentenciado el fin del “Sirio” había ocasionado cuantiosos daños en todas partes. La puerta del ascensor estaba fuera de su marco, y por el hueco se veía un cable eléctrico cortado, el cual al balancearse hacía contacto en algunas partes metálicas despidiendo violentos chispazos. Los supervivientes de la cámara de control se detuvieron junto al desportillado ascensor para celebrar un breve conciliábulo. El piso seguía tomando una inclinación creciente.

—Estamos cayendo hacia el mar —indicó Zendo—. El sistema antigravitacional debe estar funcionando, al menos una parte de él. De no ser así descenderíamos en caída libre y nos estrellaríamos en segundos.

—De todos modos no disponemos de mucho tiempo —dijo el almirante Muro—. Y no podemos utilizar las “Traslator”.

—Yo no voy a utilizar la “Traslator” —dijo el presidente Aznar —. Antes prefiero hundirme con el buque que caer prisionero de MacLane.

—Aquí hay algunos “backs”, suficientes para los tres que no lo llevan —indicó Tuanko.

—Si llegamos hasta el túnel antes que se produzca el choque, tal vez podamos salir de esta tumba —dijo el vicealmirante Zendo.

Mientras los tres hombres se colocaban los "backs" a la espalda, Tuanko se acercaba al ascensor atraído por un resplandor que alternaba con los chisporroteos del cable eléctrico, en los momentos que éste dejaba de chisporrotear. Sacando la cabeza y mirando por el hueco del ascensor hacia arriba, vio el cielo azul al final del pozo, cuyos bordes estaban iluminados por el sol.

—¡En, tenemos suerte! —gritó regresando junto al grupo del presidente, del almirante Muro y el vicealmirante Zendo, al que se había unido el astronauta para ayudarles a sujetar los "backs" a la espalda—. El torpedo antimateria voló toda la parte superior de la esfera. Veo el cielo por la chimenea del ascensor, podemos salir por ahí utilizando los "backs".

—¡Magnífico! —exclamó Muro—. Intentaremos la salida por el pozo.

Tuanko regresó al ascensor e intentó arrancar la puerta a tirones. Vino a ayudarle el astronauta que ya estaba allí cuando ellos llegaron. Era una mujer, lo cual se advertía fácilmente por la forma de la coraza, adaptada para acoger los senos femeninos. Seguramente una rezagada, a la que habría sorprendido la explosión antes de alcanzar el ascensor para dirigirse a la cubierta de las "Karendón Traslator". Tuanko se preguntó si la pobre chica estaría muy asustada. Descubrió que la astronauta tenía tanta prisa como él mismo por arrancar de una vez aquella maldita puerta, y que estaba calculando con preocupación las posibilidades de caer prisionera en manos de los renacentistas.

"Si me cogen me fusilarán, por desertora."

Tuanko cayó en la cuenta de que era la coronela Aneto.

—¿Es usted Aneto? —preguntó mentalmente mientras ambos daban tirones a la puerta medio atascada.

—Yo misma —respondió Julia en voz alta.

—¿No llegaron a tiempo para desmaterializarse en las Karendón? ¿Dónde están los demás?

—Llegamos a tiempo. Su hermana de usted, la nieta de Ovando y el teniente entraron en las Karendón. Pero yo pensé que estando Maquetania lejos, y los renacentistas cerca, las probabilidades de recuperarnos en sus Karendón eran mayores para los míos. Soy una

desertora, por lo tanto si caigo en sus manos me fusilarán. Supongo que es por esa misma razón por la que ustedes no utilizan las Karendón.

Tuanko no contestó. La puerta cedía en este momento y fue retirada a un lado. Los tres almirantes ya estaban preparados. Tuanko se situó en el borde del pozo, encendió el pequeño reactor nuclear de su "back" y abrió el regulador. Al sentir que flotaba se impulsó con las manos hasta el centro del pozo y abrió ligeramente el regulador de impulso. Un chorro de fotones le impulsó suavemente hacia arriba por el interior del pozo. El cable eléctrico no era peligro para los astronautas, debido a las cualidades aislantes del cristal de sus armaduras y escafandras.

Subiendo en línea recta por la chimenea del ascensor, Tuanko irrumpió bruscamente en el espacio lleno de luz y de sol. Mirando hacia abajo, mientras seguía subiendo, vio el estado en que había quedado la enorme esfera de hormigón. El torpedo antimateria había volado una buena parte de la esfera, pudiendo verse todo el espesor del casco de hormigón, con sus cantos recortados desigualmente, y la cubierta que quedaba al aire. La esferonave estaba cayendo hacia el mar. Caía lenta, pero continuamente, como indicando que un importante sector de su masa emitía ondas "aG", pero éstas eran insuficientes para sostener la pesada mole en el aire.

En todo el espacio, a su alrededor, no se veían máquinas enemigas. Pero muy lejos, mar adentro, vio encenderse un globo de fuego, más brillante que la propia luz del sol. Los torpedos antimateria seguían dando buena cuenta de las esferonaves tapos que, desmanteladas e indefensas, intentaban escapar acelerando en dirección al continente.

Inmovilizándose en el aire, entre el cielo y el mar, Tuanko esperó hasta que vio salir al último del grupo. Un mensaje telepático llegó hasta la mente del joven.

"Soy Muro. Creo que debemos descender al mar y esperar en el agua hasta que pase el peligro. Los renacentistas vendrán seguramente en busca de supervivientes. No utilicen la radio bajo ningún pretexto."

Tuanko utilizó a su vez sus facultades telepáticas para comunicar a la coronela Aneto la decisión de Muro. La coronela se acercó a Tuanko, como buscando instintivamente el apoyo de éste.

Mientras el grupo se reunía en el aire, la esferonave caía al mar levantando un gigantesco surtidor. El impacto en el agua debió acabar de desbaratar la esferonave. Cuando la cortina de agua volvió al mar, se vio en la superficie de éste un enorme anillo de espuma de más de un kilómetro, con grandes burbujas de aire estallando en el centro.

Siguiendo al almirante Muro, que había tomado la iniciativa del grupo, se alejaron del lugar, volando sobre una gran extensión del mar donde flotaban abundantes restos de naufragios; madera, cajas de plástico, botes de lata, colchones, botellas y cierto número de cadáveres que se mantenían a flote gracias a sus armaduras de vacío. A unos veinte kilómetros del lugar donde se había hundido el "Sirio" vieron de lejos una esferonave que se levantaba como una montaña, flotando en el mar con un enorme agujero en la parte superior.

Se alejaron de la esferonave dando un rodeo, pues era de prever que los renacentistas no tardarían en llegar para ocupar los restos y buscar supervivientes.

Siempre ante el espectáculo de flotantes restos de naufragio, continuaron volando a la altura de la cresta de las olas sin que en ningún momento descubrieran un alma viviente.

La distancia entre el continente oceánico de Bartpur, en la actualidad Renacimiento, y la tierra firme del otro lado del océano, era de unos 15.000 kilómetros en su parte más angosta. Entre ambos continentes sólo algunas pequeñas islas de carácter tropical rompían la monotonía de la inmensidad oceánica.

Después de diez horas, los supervivientes del "Sirio" divisaron de lejos una verde isla. Junto a la isla, elevándose del mar como una montaña, vieron una esferonave gris. Sobre la isla y la esferonave tapo había inmovilizada una escuadrilla de cruceros siderales STELAR.

Dando un rodeo para dejar a su izquierda la isla y los cruceros renacentistas, los supervivientes del "Sirio" prosiguieron su vuelo hasta descubrir otra isla, al parecer desierta. Se acercaron a la isla cautelosamente, descubriendo cuando ya estaban cerca que estaba habitada por una pequeña colonia ghuro.

Los ghuros, grotescos individuos de piernas cortas, con dos pares de brazos y una cabeza de tortuga ridículamente pequeña,

recibieron a los tapos con recelo. Los ghuros, que se comunicaban entre sí telepáticamente, pronto quedaron tranquilizados al conocer la identidad de los náufragos, con los que pudieron entenderse perfectamente, al menos Tuanko, Muro y el vicealmirante Zendo, que eran tapos y poseían idénticas facultades telepáticas.

La colonia, alejada de todo lugar civilizado, en mitad de la soledad del océano, vivía al modo tradicional ghuro, obteniendo sus alimentos del mar, sin máquinas “Karendón”, ni radio ni televisión. Desgraciadamente también carecían de aerobotes, razón por la cual toda la ayuda que podían prestar se limitaba a darles de comer y ofrecerles un lugar de descanso. Los náufragos descansaron en la isla. Comieron, durmieron un par de horas y se pusieron de nuevo en marcha volando en dirección al continente.

Quince horas más tarde, hambrientos y exhaustos, llegaba el grupo a Coira, una gran ciudad-república de los ghuros en la costa. Coira era punto obligado de llegada de las aeronaves que, desde Arbra y Zubia, trasladaban a los fugitivos del régimen de Renacimiento a través del dilatado océano. En Coira, estos refugiados solían embarcar en algún patrullero tapo que los conducía en vuelo directo a Maquetania.

La bandera roja, blanca y azul de la República de Maquetania, condujo a los náufragos directamente a la azotea de la embajada tapo. El embajador quedó muy sorprendido al ver aparecer al presidente de la República en persona, a quien la radio oficial de Renacimiento daba por desaparecido en la batalla “provocada por la flota tapo y que dio como resultado el aniquilamiento por las superiores fuerzas renacentistas”.

El embajador, que estaba haciendo el equipaje como medida de previsión, en espera de que su gobierno le ordenara abandonar Coira, se ofreció para prestar toda la ayuda que necesitaran el presidente y su séquito.

—Sólo necesitamos comer y un patrullero que nos lleve a Maquetania —dijo el presidente Aznar.

Siempre había por lo menos un patrullero sideral en el cosmódromo de Coira, en previsión a que pudiera llegar algún contingente de refugiados del otro lado del océano. Los fatigados supervivientes del “Sirio” comieron mientras el embajador se ponía en comunicación con el comandante del patrullero para que tuviera

lista la aeronave, sin mencionar la categoría de las personas que debía conducir a Maquetania.

Al informar al presidente que todo estaba resuelto, Miguel Ángel Aznar preguntó al embajador si habían llegado otros supervivientes de la III Flota Sideral Tapo.

—Ninguno, ustedes son los primeros. Por el contrario, la ciudad está llena de refugiados huidos de Godsa y Zubia en aerobotes familiares. Se ha extendido el rumor de que los renacentistas se proponen efectuar desembarcos también en Coira, estableciendo en la costa una cabeza de puente con proyección a futuras conquistas del continente. Los representantes de la Confederación de Repúblicas Ghuro van a reunirse urgentemente en Bonomi para tratar de la agresión renacentista.

A la pregunta del embajador acerca de las probabilidades de que estallara la guerra entre la República de Maquetania y Renacimiento, el presidente Aznar contestó que no lo sabía. Extraña respuesta en un hombre que regía los destinos de la nación tapo y podía influir decisivamente en la declaración de guerra, sobre todo después de la brutal agresión de MacLane a la III Flota Sideral Tapo.

Para Tuanko, que tenía la facultad de penetrar los pensamientos de su rejuvenecido abuelo, no existía contradicción entre los hechos y la actitud del presidente de la República.

A bordo del patrullero de crucero, mientras volaban en dirección a Maquetania, Tuanko coincidió con la coronela Aneto en la sala de descanso. Julia hojeaba una revista tendida en el diván corrido y se incorporó al aparecer Tuanko.

—¿Qué le ocurre, tampoco usted puede conciliar el sueño?

—No es eso —respondió Tuanko Aznar—. Podría autohipnotizarme y caer en sueño profundo por varias horas. Es que quiero oír el boletín de noticias de la radio macjuanista.

En efecto, había un aparato de radio combinado con un reproductor de sonido estereofónico en la sala de descanso, y Tuanko lo encendió sintonizando con la radio nacional renacentista. Apenas transcurrido un minuto, mientras Tuanko tomaba asiento en el diván junto a la coronela Aneto, se escuchó la sintonía de la radio nacionalista y a continuación la voz del locutor.

“He aquí el boletín de noticias de la Radio Nacional. En el

Consejo de Ministros, celebrado con carácter extraordinario a últimas horas de ayer, bajo la presidencia del Excelentísimo Jefe del Estado, Almirante Mayor Juan MacLane, se hizo recuento de la aplastante victoria obtenida por la Primera Flota Renacentista sobre la Tercera Flota Sideral Tapo. Cinco mil esferonaves tipo “T-1000” destruidas, ochocientos sesenta mil prisioneros, y desaparecidos el Presidente Aznar y el Almirante Jefe de la Flota Tapo. Entre los prisioneros figura la nieta del Almirante Aznar, Virela. No obstante, no se cuenta entre los cautivos el joven Tuanko Aznar, de cuyo paradero no se tienen noticias, y probablemente desaparecido junto con su abuelo el presidente tapo, Almirante Aznar.

Con respecto a la familia Aznar, el ministro de la Guerra, almirante Soto, informó haberse llevado a cabo en Arbra la ejecución del vicealmirante Fidel Aznar, hace cincuenta años juzgado en rebeldía y condenado a la máxima pena por un Tribunal Militar. Como se recordará, los tres miembros de la familia, el ex-Almirante Mayor Miguel Ángel Aznar, su hermano el doctor Fidel Aznar, parapsicólogo, conocido también por Adler Ban Aldrik, y el hijo de este último, se dieron a la fuga…”

Sin moverse del diván, con un gesto de la mano, Tuanko apagó la radio ejerciendo a distancia sus poderes telekinésicos. Julia Aneto le miró llena de asombro. Le vio pálido, brillantes los ojos, con un rictus de amargura en los labios.

—¡Se atrevió a hacerlo! —exclamó Tuanko con voz enronquecida por la ira—. ¡Ese cerdo, ese sucio y cobarde MacLane!…

Julia Aneto quedó tremendamente impresionada. Ni siquiera ella esperaba que MacLane se atreviera a llevar a cabo la ejecución de Fidel Aznar. Pero lo había hecho. Se trataba de un absurdo, casi un infantil acto de venganza. Como si no pudiendo alcanzar al Almirante Aznar, que en el autoplaneta “Valera” había hecho delegación de sus poderes permitiendo la proclamación de la República, ni al doctor Aznar, creador de las “Karendón” con ayuda de la tecnología ghuro, se cebara en el más inocente de sus tres

enemigos, aquel cuya culpa era menor, el joven Fidel Aznar, hijo de Adler Ban Aldrik y sobrino del Almirante.

Julia Aneto dejó transcurrir un largo rato de silencio, hasta que creyó notar que Tuanko Aznar se calmaba.

—Ustedes, los tapos, poseen facultades extraordinarias. ¿Sabía usted que su tío había sido ejecutado? —preguntó.

—Mi bisabuela quizás lo hubiese sabido en el mismo momento, incluso antes de llevarse a cabo la ejecución. Era bartpurana pura. Yo sólo soy un mestizo de terrícola y tapo, mis dotes no alcanzan ni con mucho a las de mi bisabuela ni a las de mi tío abuelo Adler Ban Aldrik, que aunque mestizo recibió genéticamente todas las facultades paragnósticas de su madre. ¡Pobre tío Fidel! Casi de seguro él recibiría el mensaje telepático de su hijo cuando éste se enfrentaba al piquete de ejecución. Para mí, la muerte de mi tío era un presentimiento.

—Alguien tendrá que darle la noticia al presidente. ¿Lo hará usted mismo? ¿Cómo reaccionará el Almirante?

—Con amargura. Y con dolor, pero sin ira. Hay algo especial en ese viejo, algo que seguramente distingue a los grandes hombres del resto de nosotros. Dicen que mi bisabuelo era así, yo no llegué a conocerle. Son hombres que por encima de sus sentimientos personales anteponen los intereses de su pueblo. Por ejemplo, en el caso que nos ocupa; usted o yo declararíamos la guerra a MacLane y pecharíamos con lo que fuera, incluyendo la derrota, únicamente por satisfacer nuestros deseos de revancha. Mi abuelo no lo ve así. Él no llevaría a la nación tapo a una guerra, solamente porque le han matado a un sobrino. Lo del ataque a nuestra flota podría ser distinto, ésta es una cuestión en la que ya interviene el sentir del pueblo llano. Pero en las actuales circunstancias, incluso después de la afrenta sufrida, el presidente recomendará moderación. ¿Por qué? Pues porque por encima de las disputas localistas se cierne otra amenaza más seria.

—¿Se refiere a los thorbod?

—Sí. En el pensamiento de mi abuelo, una guerra entre naciones, aquí en el circumplaneta, sería suicida. Cualquiera que fuese el vencedor, quedaría tan exhausto que no podría hacer frente a una invasión que llegara de fuera. Los thorbod están ahí, en alguna parte, y pueden presentarse de un momento a otro. Por lo

tanto, lo que importa ahora es, ante todo, mantener la paz. Maquetania no declarará la guerra a Renacimiento. Al menos, no mientras el Almirante Aznar pueda impedirlo.

—Yo pienso que después del desastre sufrido por la tercera flota, con sus Fuerzas Siderales mermadas en un tercio, ni el más airado de los tapos se atrevería a votar por una declaración de guerra. La verdad sea dicha, sus esferonaves no estuvieron a la altura que se esperaba de ellas —observó Julia.

—Hacen mal ustedes en infravalorar la potencia de nuestras esferonaves —respondió Tuanko sin inmutarse—. En primer lugar incidió el factor sorpresa. Nuestra flota había empezado a retirarse, dando con ello satisfacción a las exigencias del almirante Ferrandiz, que eran las personales de MacLane. No esperábamos ese ataque, y a la distancia que nos encontrábamos ni siquiera tuvimos tiempo de lanzar nuestros caza-interceptores. En realidad nuestra flota no venía preparada para el combate, su dotación de hombres y material era el corriente en tiempos de paz. Por si todo esto fuera poco, la proximidad de su territorio permitió a los renacentistas lanzar densas oleadas de “Deltas” desde tierra. Tal circunstancia no podría repetirse en un enfrentamiento en el espacio. Lejos de sus bases, nuestras esferonaves cargan cien veces más torpedos y “Deltas” que un crucero de la clase STELAR.

—Pues a pesar de todo, algo ha debido fallar; hombres o máquinas, o todo al mismo tiempo —dijo Julia Aneto, sin dejarse convencer.

Tuanko se encogió de hombros y se puso en pie.

—Ahora sí voy a tratar de dormir por lo menos ocho horas seguidas.

—Pues que las duerma usted bien —dijo la coronela volviendo a tomar la revista.

Ocho horas después, el patrullero se posaba en una de las pistas del cosmódromo de Hiperburgo.

CAPÍTULO VIII

EN Hiperburgo, la coronela Julia Aneto esperaba encontrar a los tapos abrumados por la derrota de sus esferonaves frente a los cruceros renacentistas en la batalla del golfo. Pero no resultó ser así.

Los tapos no consideraban aquel desastre como una batalla, sino como un tiro al blanco de los renacentistas contra una fuerza no dispuesta para el combate, que se encontraba en aquel lugar no para provocar una guerra, sino precisamente para evitarla.

En el trayecto entre el cosmódromo y la residencia para desplazados, el joven tapo que pilotaba el aerobote de la Armada Sideral, se expresó con toda franqueza:

—No nos importa que nos hayan destruido cinco mil esferonaves, podemos construir otras. Somos un pueblo joven con ganas de trabajar y aprender, y ésta ha sido una lección que no olvidaremos. Otra cosa es que MacLane retenga a esos ochocientos sesenta mil astronautas en calidad de prisioneros. ¿Por qué prisioneros, si no existía estado de guerra entre ustedes y nosotros? MacLane tendrá que devolverlos, o entonces sí que va a armarse gorda.

En la Residencia para Desplazados, en realidad un hotel para los viajeros y forasteros que llegaban diariamente a la capital para resolver algún asunto oficial, Julia Aneto fue alojada en una amplia y confortable habitación con aire acondicionado y todas las comodidades que pudiera desear, incluso un receptor de televisión en color y relieve.

Como en el circumplaneta reinaba un día eterno, en todos los planetas del cinturón se regían por el mismo horario. Julia durmió bien y al “día” siguiente se encontraba descansada y dispuesta a visitar la ciudad, que era enorme. No lo hizo porque supo que iba a darse en la televisión la sesión de la mañana del Parlamento, donde el presidente Aznar iba a dar cuenta de lo ocurrido en el golfo de

Arbra, y a debatirse la actitud que la nación tapo debía tomar al respecto.

Esto constituía toda una novedad para Julia, por proceder de un país donde, a pesar de llamarse pomposamente República, no existía un Parlamento.

En la sesión pública de la mañana, el presidente Aznar dio cuenta de los sucesos tal como realmente se habían producido. No trató el Almirante Aznar de restar importancia a lo sucedido, echando buena parte de la responsabilidad del desastre sobre sus espaldas. Pese a todo, dijo, no era éste el momento de pensar en revanchas. Habló de los thorbod, la raza maldita, el azote de la Humanidad durante muchos siglos, hasta que finalmente los terrícolas lograron vencerlos y condenarlos a la extinción. Esto, no obstante, no significaba que la raza thorbod hubiese desaparecido. Los hombres grises que por última vez intentaron conquistar los planetas terrícolas procedían de otra parte. Navegantes incansables y feroces guerreros, los thorbod presumiblemente se habían extendido por otros mundos del inmenso Universo, y ahora regresaban de aquel remoto lugar para constituirse en una amenaza para los habitantes del circumplaneta.

"Lo que necesitamos en este momento es unidad. Unidad de todos los hombres, de todas las naciones y todas las razas para hacer frente a esta amenaza. Nadie, ni los tapos, ni los renacentistas, ni los ghuros… ni siquiera las mantis podemos inhibirnos de este problema. Todos habitamos el circumplaneta, y es el circumplaneta todo quien está en peligro" —terminó diciendo el presidente.

Desde la soledad de su habitación del hotel, frente al televisor, Julia Aneto aplaudió con entusiasmo el discurso del Almirante Aznar.

Sin embargo, no pareció que la cuestión de los thorbod calara en el ánimo de los parlamentarios tapos, ni en la opinión pública. Tal fue la conclusión a la que llegó Julia después de escuchar los comentarios que hacían los huéspedes en el comedor del hotel durante el almuerzo.

El problema consistía en que los tapos no conocían a los thorbod, ni siquiera a través de las películas de cine. En el autoplaneta "Valera", los filmes de guerra y aventuras versaban la

mayoría de las veces sobre la lucha entre terrícolas y hombres grises. Pero tales filmes no habían llegado a Maquetania, donde habrían dejado indiferentes a los tapos. El enemigo natural de los tapos eran las mantis, y los insectos gigantes representaban siempre el papel del malo en los ingenuos telefilmes que cada día proyectaba la televisión nacional para entretenimiento de niños y adultos.

¿Quiénes era los thorbod? ¿Dónde estaban? ¿De qué armas disponían? ¿Se preparaban realmente para atacar Atolón? ¿En qué número? Éstas eran las preguntas que se hacía el hombre de la calle en Hiperburgo.

Julia regresó a su habitación para asistir a través de la televisión a la sesión de la tarde del Parlamento.

Se abrió la sesión con el discurso de un senador que proponía un voto de censura para el presidente de la nación y el gabinete ministerial que había aprobado la descabellada aventura del golfo de Arbra. Salió entonces a colación el asunto de la captura del embajador de Maquetania en Arbra, sobrino del presidente. En Arbra habían caído prisioneros también la ex-esposa del presidente, los hijos de ésta y del embajador y los dos nietos del Almirante Aznar.

“El presidente no puede negar, y supongo que no negará, la evidencia de un interés muy personal en llevar nuestra flota al golfo para intimidar a MacLane y conseguir de un modo u otro el rescate de sus familiares” —dijo acusador el orador.

Otro senador pidió la palabra, extendiéndose por el hemiciclo un sordo rumor. El orador, que resultó ser el líder del partido de la oposición, fue todavía más duro en sus ataques al gobierno, aunque elegantemente apuntó una breve disculpa en favor del presidente, quien dijo, “como abuelo, tío y ex-esposo, no podía negar su condición humana de amantísimo abuelo, tío y ex-esposo, por todo lo cual debía perdonársele”.

Lo que no admitía disculpas, continuó el senador con renovado brío, era que se incurriera otra vez en el error de hacer de una cuestión personal un problema a escala nacional.

—Un error no enmienda otro error, y un error gravísimo sería empeñarnos en vengar la derrota de nuestra flota y la ejecución del embajador Aznar, declarando unilateralmente la guerra a

Renacimiento. Por supuesto, el Gobierno es responsable de las ciento cuarenta mil víctimas que nos costó la fanfarronada del golfo, y a este respecto es claro que debe presentar la dimisión en bloque. El nuevo gobierno deberá gestionar la libertad de los ochocientos sesenta mil prisioneros retenidos en Renacimiento, y una vez obtenido esto procuraremos olvidar lo sucedido. Si para alguien es cuestión personal el que nuestros muertos sean vengados, consuélese recordando que los representantes de las repúblicas Ghuro están en este momento reunidos en Bonomi, en un intento por formar una poderosa coalición para declarar la guerra a Renacimiento. Los macjuanistas pagarán cara su jactancia, pero no seremos nosotros quienes tengamos que arriesgar una sola vida para que reciban su merecido.

Todavía intervinieron otros senadores, quienes abundaron en lo ya expresado por los anteriores oradores. Finalmente, se sometió el asunto a votación, resultando de ello un voto casi unánime de censura contra el presidente Aznar y su gabinete.

Julia Aneto se sintió muy disgustada y apagó el televisor con gesto colérico. Admiraba al Almirante Aznar y creía que los tapos cometían una terrible injusticia con él. ¡Con tanto como le debían!

Salió a pasear por la ciudad, que era realmente grandiosa y tenía numerosos edificios monumentales. Estuvo andando por los paseos, plazas, parques y avenidas hasta que se sintió rendida. De regreso al hotel tomó el suburbano. Mientras comía, en el restaurante del hotel, estaba funcionando una pantalla de televisión gigante. Fue por el boletín de noticias de la Televisión Nacional que supo de la dimisión del Gobierno en pleno encabezado por el presidente Aznar.

Decepcionante final para un hombre que se proponía asegurar la paz en el circumplaneta, uniendo a todas las naciones para la defensa común contra los thorbod.

“Bueno —se dijo Julia—, tal vez ni siquiera exista tal amenaza de los thorbod.”

Al despedirse en el cosmódromo de Hiperburgo, Tuanko Aznar le había dado el número de teléfono de su casa. Julia le llamó al día siguiente. Contestó a la llamada una voz de mujer. Era Diana, la hija del Almirante Aznar.

—Tuanko no está en casa, en realidad estoy sola. Él y mi padre salieron en vuelo hacia Bonomi.

—¿Bonomi, donde están reunidos los representantes de las repúblicas ghuro?

—En efecto. El almirante se propone intervenir en la conferencia de los ghuros. Pero los ghuros no tienen voz, se expresan telepáticamente, y papá necesita la presencia de Tuanko para que le sirva de intérprete.

—¿Cuándo estarán de vuelta?

—Lo ignoro, no tengo la menor idea. Pero si me deja el número de su teléfono la avisaré cuando estén de regreso.

Julia dio el teléfono del hotel, aunque ignoraba cuanto tiempo iba a permanecer allí.

—¿Por qué no viene a verme? —le propuso Diana—. Entiendo que se encuentra sola en este país que no conoce. Tal vez yo pueda ayudarla.

Julia le dio las gracias y aseguró que iría a verla al día siguiente. Así lo hizo, descubriendo en Diana una personalidad extraordinaria, dispuesta siempre a ayudar a quien fuera desinteresadamente. Al dimitir como presidente de la República, el Almirante Aznar y Diana acababan de abandonar la residencia presidencial viniendo a vivir con Tuanko.

—Como usted misma estamos sin hogar propio, pero eso se arreglará pronto —aseguró Diana. Más tarde le preguntó si tenía realmente la edad que representaba o estaba en su segunda reencarnación.

—Ésta es mi segunda reencarnación —confesó Julia—. Tenía veinte años cuando llegué a Atolón, viví otros cincuenta años y di “el salto atrás” a los setenta. Recientemente reencarné y regresé al servicio activo en la Armada.

—Habrá dejado allá hijos…

—Hijos, nietos y biznietos, todo quedó allá.

—¿Cómo pudo evadirse de su país, dejando atrás a su familia? Comprendo que esté usted arrepentida.

—No estoy arrepentida… es decir, sí lo estoy un poco. Todo parecía más sencillo visto desde la perspectiva de allá. Pero ahora que estoy aquí me doy cuenta de que soy una extraña en un país desconocido, una apátrida sin amigos ni afectos. Yo detestaba la Dictadura, creía un deber luchar contra el régimen de MacLane, pero estaba equivocada. La lucha contra el macjuanismo debe

realizarse en la propia patria por los patriotas. Exiliarse es la más cómoda de las huidas, pero el precio que hay que pagar por el exilio es incluso más elevado que el que una tiene que pagar viviendo en su propio país bajo el peso de la opresión.

—Encontrará amigos aquí, la colonia renacentista es muy numerosa, yo misma tengo muchos amigos exiliados. Por cierto, ¿sabe usted la noticia? MacLane accede a devolver los prisioneros tapos… canjeándolos por una larga lista de exiliados que desea recuperar.

Julia palideció.

—Tal vez mi nombre se encuentre en esa lista…

—Bueno, no tiene por qué asustarse. Lógicamente, nuestro Gobierno no aceptará ese infamante canje.

—¿Está usted segura?

La verdad era que Diana no lo estaba. El Almirante Aznar ya no ocupaba la presidencia de la nación tapo, los ochocientos sesenta mil prisioneros representaban en Maquetania a un número elevado de familias, parientes y amigos. Se presentía una gran presión por parte de la opinión pública y nadie podía vaticinar lo que iba a ocurrir.

—Si los tapos acceden al cambio renunciaré a mi nacionalidad y me iré a vivir a cualquier otro país —dijo Diana formalmente.

—Hablará usted en broma, claro —dijo Julia con tristeza.

—No lo crea —respondió Diana Aznar—. Estamos preparando un autoplaneta… una gran esferonave de tres kilómetros de diámetro equipada para realizar un viaje hasta la Tierra. Si los tapos me defraudan voy a tomar pasaje en ese autoplaneta y abandonar este ingrato país para siempre.

—Yo no podría —suspiró Julia—. Cuando el autoplaneta regrese a Atolón, suponiendo que regrese, habrán transcurrido aquí tres mil seiscientos años. ¿Quién de los que se quedaron aquí vivirá entonces?

Por invitación de Diana se quedó Julia a almorzar. Por la “tarde” llegaron algunos amigos de los Aznar, todos ellos exilados de Renacimiento desde hacía mucho tiempo, la mayoría científicos, investigadores… intelectuales que habían hecho de Maquetania su segunda patria. Todos hacían preguntas a Julia sobre Renacimiento. La tarde resultó muy distraída y Julia se quedó a comer y dormir en

la casa.

El día siguiente lo pasó Julia completo en casa de los Aznar. Del lejano Bonomi llegaron las primeras noticias de la conferencia de representantes ghuros. El Almirante Aznar había solicitado hablar ante la conferencia sin conseguirlo. Al parecer los ghuros habían adoptado una línea dura, cuya base estaba quizás en las recientes declaraciones del nuevo presidente tapo respecto a la neutralidad de Maquetania.

Con gran sorpresa de los corresponsales tapo, los representantes de las repúblicas ghuro llegaron rápidamente a un acuerdo. Éste se concretó en un ultimátum dirigido a la República de Renacimiento, conminándole a retirarse de las ciudades ocupadas: Arbra, Godsa y Zubia. La evacuación debía llevarse a cabo en el plazo de tres días.

Mientras tanto, los ghuro empezaban a concentrar sus esferonaves y nombraban un Estado Mayor unificado. Dadas las enormes dimensiones del circumplaneta, se contaba con que la escuadra ghuro no podría reunirse antes de un mes. Pero aquí iban a equivocarse también los comentaristas militares de Maquetania y Renacimiento.

El Almirante Aznar y Tuanko regresaron a Hiperburgo. El ex-presidente no había logrado hacerse oír del pleno de la conferencia, pero realizó numerosos contactos con los representantes de persona a persona.

—Fue inútil —dijo el Almirante, que regresaba enormemente decepcionado—. Los ghuros sólo aceptarán hablar del peligro de los thorbod después que hayan arreglado sus diferencias con los renacentistas. La mayor dificultad consiste en que no podemos presentar un ejemplar de thorbod para que todos puedan verlo y tocarlo. Tuanko vio aquellos hombres grises, pero solamente él. ¿Se sabe algo de Virela?

No se tenían noticias de Virela. Sin embargo, el tema de los prisioneros hechos por los renacentistas estaba en el primer plano de la actualidad, en razón de los contactos diplomáticos que se estaban llevando a cabo entre renacentistas y tapos.

Al parecer, el régimen macjuanista quería congraciarse con la República de Maquetania, salvado el obstáculo que en las relaciones entre los dos países había representado el Almirante Aznar. La radio macjuanista iniciaba una campaña de propaganda, recordando el

origen común de tapos y renacentistas, y el común destino que ambas naciones estaban llamadas a recorrer. Muy oportunamente, los macjuanistas recordaban que habían sido los Aznar, quienes al facilitar las máquinas “Karendón” a los ghuros, habían situado a éstos en condiciones de disputar a los terrícolas el dominio del circumplaneta, y que gracias a la incalificable traición de los Aznar, hoy los ghuros desafiaban a la República de Renacimiento y ponían en grave peligro la paz en todo Atolón.

Para demostrar su buena voluntad, el almirante MacLane remitió al gobierno de Maquetania las listas de los prisioneros tapos, que fueron expuestas en todas las ciudades de Maquetania para tranquilidad de aquellos que tenían familiares entre los cautivos.

Ni Virela Aznar ni Melania Ovando figuraban en estas listas, pese a que sí constaban los miembros de la tripulación del “Sirio” que escaparon de la nave por el mismo conducto y al mismo tiempo.

El plazo del ultimátum se cumplió sin que los renacentistas retiraran sus tropas de las ciudades ocupadas. El gobierno de Renacimiento accedió a devolver a los prisioneros renunciando al canje por los refugiados políticos que figuraba como condición principal en las primeras conversaciones. La Armada tapo despachó algunas esferonaves a Renacimiento para recoger a los prisioneros.

El regreso del Almirante Aznar y Tuanko había obligado a Julia Aneto a regresar a su habitación de la Residencia para Desplazados, no obstante, no perdió el contacto con los Aznar. Cuando Julia no acudía a casa de los Aznar, era alguno de ellos quien iba a buscarla para salir a pasear y llevarla a alguna reunión de amigos. No dejó de constituir una sorpresa para Julia que el Almirante Aznar se convirtiera con el paso de los días en el más asiduo acompañante de toda la familia.

Esto era natural en cierto modo. Diana, aunque buena amiga, la turbaba con sus extraños poderes para penetrar su pensamiento y su alma. Tuanko, aunque de su misma edad, era en realidad cincuenta años más joven, un muchacho inquieto e ingenuo, al menos considerado desde la perspectiva de la experiencia de Julia.

Nada de esto ocurría con el Almirante Aznar. Éste no era tapo. Los dos estaban en su segunda reencarnación y tenían experiencias

parecidas. Ambos estaban divorciados, tenían hijos que a su vez tenían otros hijos, y que vivían su propia vida en compartimientos separados. Los dos estaban solos, buscando un nuevo camino para reemprender una nueva vida. De común acuerdo habían empezado a tutearse.

—Julia, la Armada está equipando una gran esferonave, un autoplaneta de quince mil millones de toneladas para viajar por el sub-espacio hasta la Tierra. No sobran voluntarios para tripularla. Estoy pensando alistarme en ella. ¿Viajarías conmigo a la Tierra?

—No lo sé, Miguel Ángel. Sería maravilloso llegar a conocer la Tierra, pero al mismo tiempo me asusta pensar que tendría que renunciar a todo cuanto me ata a Atolón. Mis hijos, mis nietos, mis recuerdos, ¡todo! ¿Es que a ti no te importa?

—Bueno, mi caso quizás sea distinto. En primer lugar me siento terriblemente desengañado. En segundo lugar no tendría que separarme de aquellos a quienes amo. Mi hermano, mis hijos y mis nietos, mis sobrinos… todos los Aznar iríamos en ese viaje. No es justo que te pida tu sacrificio para que yo pueda colmar mi felicidad. Julia, te amo.

—Yo también te amo —murmuró Julia apartando sus ojos de los de él—. No obstante, Miguel… ¡es mucho lo que me pides!

—Dejémoslo por un tiempo —propuso el Almirante—. Voy a volver al servicio activo en la Armada. No podremos vernos tan a menudo como hasta ahora.

Aquella noche la pasaron juntos en la habitación que Julia ocupaba en el hotel. Fue una maravillosa experiencia estrenar por segunda vez su virginidad.

Al día siguiente el Almirante Miguel Ángel Aznar se incorporaba a la Armada Sideral Tapo con el mismo rango que tenía en su anterior vida.

CAPÍTULO IX

XLOS ochocientos sesenta mil prisioneros tapos estaban de regreso en Maquetania. Todos a excepción de Virela Aznar. Los prisioneros, sin embargo, aseguraban haberla visto por un tiempo. Luego la muchacha había sido apartada del resto del grupo tan pronto fue identificada por los hombres del Servicio de Inteligencia.

Tres semanas después de expirar el ultimátum, la Armada Aliada Ghuro se encontraba sobre Trasmontania y se dirigía contra el antiguo territorio Bartpur, en la actualidad Renacimiento. Formaban la fuerza de ataque cuatro flotas con un total de 24.000 esferonaves, con una flota de reserva y aprovisionamiento de 8.600 esferonaves más.

La Fuerza Aliada evidenciaba su variada procedencia. Había esferonaves de todos los tamaños, desde ciento veinte metros de diámetro las más pequeñas, hasta las mayores de ochocientos metros de diámetro, pasando por todas las medidas intermedias. Al contrario que la Armada Sideral Tapo, los ghuros tenían experiencia en el combate, habían luchado bravamente contra las escuadras de “Valera” en el primer intento de MacLane por conquistar el circumplaneta, terminando la disputa sin vencedores ni vencidos.

Imbuidos de una alta moral, después de la reciente victoria sobre la flota tapo, muy superior técnicamente a la fuerza ghuro, las escuadras macjuanistas salieron al encuentro del enemigo sobre el océano.

Los almirantes renacentistas se equivocaron en sus cálculos. La batalla resultó de una ferocidad increíble, poniendo en ella ambos contendientes todo su valor y todos sus recursos. Las esferonaves demostraron su superioridad sobre los anticuados cruceros STELAR. Con grandes pérdidas por parte de los ghuros, la Armada Sideral Renacentista fue totalmente barrida del espacio. Nunca se supo con certeza la cantidad de armamento acumulado por los ghuros en los

últimos cincuenta años, desde que poseían las máquinas "Karendón". La experiencia dio la razón a Tuanko Aznar, cuando aseguraba que la superioridad de las esferonaves se basaba en su mayor capacidad para transportar los escuadrones de ataque "Delta". Pero la experiencia ya no podía servir a los almirantes renacentistas, casi todos muertos en combate.

Arrollada la Armada Renacentista, las esferonaves se dirigieron a bombardear las ciudades. Éstas fueron literalmente borradas del mapa, pero los ghuros tuvieron que retirarse después de sufrir cuantiosas pérdidas. Prácticamente, ghuros y renacentistas se habían quedado sin armada.

Al tener noticias del resultado de la contienda, el Almirante Aznar comentó:

—Sólo queda en pie nuestra armada. El camino está expedito para la invasión thorbod.

Aquel mismo día, entre las ruinas de una pequeña ciudad de Renacimiento, el almirante Juan MacLane era asesinado por un grupo de sus propios oficiales. El dictador pagaba así el enorme daño causado a su nación con sus errores. Desaparecida la figura de MacLane, la democracia floreció entre las calcinadas ruinas de Renacimiento. Virela Aznar regresó a casa. Los hijos de Fidel llegaron también. Banda había muerto.

La obsesiva manía del Almirante Aznar por los thorbod determinó que, un poco por venganza, le destinaran al frente del Servicio de Inteligencia de la Armada Tapo. De este modo el Almirante podría dedicar todos sus esfuerzos a descubrir aquellos fantasmas que le obsesionaban.

En su nuevo cargo, el Almirante tenía el mando sobre todos los observatorios, estaciones espaciales y unidades de patrullas que vigilaban el espacio. El circumplaneta era tan grande, que el servicio de vigilancia del espacio exterior jamás había funcionado con eficiencia. Los ghuros, por ejemplo, no se preocupaban de estas cosas, confiando en que renacentistas y tapos lo harían por ellos. Los tapos, pueblo joven sin historia, tampoco concedían demasiada importancia a la posibilidad de una amenaza procedente de algún punto del inmenso Universo. En cuanto a MacLane, ocupado en ahogar en sangre las continuas tentativas de derribar la Dictadura, nunca dispuso del tiempo necesario para dar al servicio de

vigilancia toda la importancia que tenía en otros tiempos y otras latitudes.

A los dos meses de terminada la contienda, todavía humeando las ruinas de las ciudades bombardeadas, llegaba hasta la mesa del Almirante Aznar un informe que podía ser el primer indicio de la existencia real de los thorbod o cualquier otro enemigo en las proximidades del circumplaneta. Una fuente creadora de neutrinos acababa de ser detectada en un punto coincidente con la Constelación del Pingüino. Anteriormente no se había registrado ninguna emisión de neutrinos en aquel punto del espacio. Los neutrinos eran a modo de un subproducto de la fisión nuclear. Los reactores nucleares los producían en bastante cantidad.

En teoría del Almirante, algún autoplaneta thorbod se encontraba desde hacía tiempo inmóvil en el espacio, a una distancia de varios miles de millones de kilómetros, donde no podía ser visto ni con los más potentes telescopios, puesto que un autoplaneta no emitía luz. En tanto que mantuviera sus reactores nucleares parados, tampoco emitía neutrinos ni podía ser detectada su presencia desde el circumplaneta.

—Alguien ha cometido una negligencia hace meses, quizá un año —dijo el Almirante Aznar—. Mientras venía hacia aquí, hasta detenerse en el lugar donde ahora está, ese autoplaneta ha debido emitir neutrinos en abundancia. Pero no los detectamos, o alguien que los detectó no les concedió importancia. Ahora el autoplaneta ha puesto en marcha sus reactores para aproximarse. Ha roto digamos su silencio, y lo ha hecho en un momento clave, cuando después de destrozarse mutuamente ghuros y renacentistas, el circumplaneta ha quedado prácticamente indefenso.

—No ha quedado indefenso del todo, quedamos nosotros —observó el almirante Mila, jefe del Estado Mayor General a quien el Almirante Aznar fue a rendir su informe.

—Mi querido amigo, si los thorbod han decidido invadirnos, es porque están bien informados de lo que aquí ocurre y saben que pueden vencernos, de otro modo no vendrían a suicidarse.

—¿Quieres decir que estamos perdidos de antemano?

—Sí.

—El circumplaneta es enorme. Incluso sin escuadras siderales para defendernos, los thorbod nunca lo ocuparán completamente,

salvo que lleven consigo un ejército de miles de millones de hombres.

—¿Quién sabe? Tal vez miles de millones.

—¡Tonterías! ¿Dónde podrían llevar metida tanta gente?

—¿Dónde se meten los valeranos cuando viaja su autoplaneta? Los thorbod, después de un millón de años, pueden haber inventado también las “Karendón”. Veinte mil millones de thorbods cabrían en unos cuantos miles de rollos de cinta perforada.

—Tal como estás planteando la operación, los thorbod, si es que se trata de ellos, deberían venir con una gran flota de autoplanetas.

—Pronto lo sabremos. Puesto que han empezado a moverse, no tardarán mucho en estar aquí —dijo Miguel Ángel Aznar.

—¿Como cuánto tiempo?

—Es imposible calcularlo. Hasta que entren en el alcance de nuestro radar no sabremos su número ni a qué distancia se encuentran. A riesgo de pecar de pesimista, yo tomaría algunas medidas para evacuar a nuestra población si llegara el caso. Por ejemplo, desmaterializaría en las “Karendón” a los niños, a los hombres y las mujeres que no prestan un servicio, y los llevaría a nuestro autoplaneta.

—Estás loco.

El almirante Mila ni siquiera informó al ministro de Defensa. Tuvo que hacerlo diez días más tarde, después que el radar de largo alcance descubriese un cuerpo celeste que se estaba aproximando a una velocidad de 100.000 kilómetros por segundo; 360 millones de kilómetros por hora.

De pronto la noticia estalló en plena cara del pueblo.

¡Un autoplaneta thorbod se aproximaba a Atolón! ¿Quién era el thorbod? La inmensa mayoría de los trescientos millones de tapos ni siquiera habían oído hablar de esta extraña criatura. Los informadores de televisión acosaron al Almirante Aznar haciéndole preguntas. Pero había mucha otra gente que también conocía a los thorbod, especialmente entre los renacentistas y los exiliados fugitivos del régimen de Renacimiento.

Una psicosis de temor se apoderó del hombre de la calle. Se preguntaba por qué el gobierno no estaba preparado para hacer frente a una posible invasión procedente del exterior. Se urgía a los gobernantes para que adoptaran alguna medida de urgencia.

Interrogado en un programa de televisión, el Almirante Aznar respondió:

—Ya es tarde, no existen salidas de urgencia para resolver el problema de los thorbod. Tenemos que luchar… o morir.

—O huir —propuso el entrevistador—. ¿No es cierto que disponemos de un autoplaneta propio, el “Hermes”, con el que nos sería posible evacuar Atolón y alcanzar la Tierra? Es un autoplaneta muy pequeño, digamos por comparación con “Valera”, pero todos los tapos, previamente desmaterializados en las “Karendón”, cabrían en él reducidos a unos millares de rollo de cinta perforada. ¿No es cierto?

—Puede servir como último recurso, una vez obtengamos el convencimiento de que es inútil luchar contra los thorbod.

Inmediatamente después de este programa de televisión, los tapos acudían por millares y se amontonaban haciendo largas colas ante las estaciones de emigración de todo el país, exigiendo ser desmaterializados para que sus cintas perforadas se almacenaran a bordo del “Hermes”. No existía disposición alguna del Gobierno a este respecto, pero hubo que tomarla a toda prisa. El público estaba asustado y no admitía espera.

Se aprobó el plan de evacuación sugerido por el Almirante Aznar en un principio. Puesto que el “Hermes” estaba prácticamente listo para marchar, se evacuarían a él todos aquellos que no prestaran un servicio indispensable.

En este momento empezaban a recibirse informes de los patrulleros tapo que dos semanas antes habían salido al espacio al encuentro del autoplaneta desconocido. El autoplaneta, dedicado ahora a la operación de frenado, se acercaba más despacio. ¡Era enorme! Mayor incluso que el autoplaneta “Valera” y con toda seguridad hueco, igual que lo era aquel.

Cierta sensación de desamparo e impotencia se apoderó de los habitantes del circumplaneta. Con todo, los renacentistas estaban fabricando nuevos cruceros siderales a toda prisa. La construcción de esferonaves era empresa más laboriosa, ya que éstas no podían hacerse por el sistema llamado “integral” en las “Karendón” gigantes. Sí podían fabricarse por este sistema caza-interceptores “Delta” y torpedos. Toda la energía eléctrica y todas las “Karendón” estaban dedicadas en este momento al esfuerzo de guerra. El

gobierno renacentista solicitó una alianza con los tapos. Y fueron aceptados en la coalición.

Los ghuros, que seguían sin comprender muy bien el temor de los humanos, se inhibían del asunto y se limitaban a esperar los acontecimientos. No tenían esferonaves para salir a disputar el dominio del espacio al presunto invasor, pero eran un pueblo numeroso y tenían armas para defender el suelo del circumplaneta.

Una semana más tarde, el autoplaneta desconocido daba de repente señales de actividad. Como el autoplaneta "Valera" abrió sus gigantescas compuertas de superficie y empezó a sacar sus escuadras siderales al espacio. Se trataba de buques clásicos, muy parecidos a los cruceros STELAR de los valeranos y los renacentistas. ¡Un millón de buques, la mayor concentración sideral desde los tiempos que "Valera" luchaba con medios rudimentarios contra las escuadras thorbod en la tierra y la Armada Imperial en Nahum! Pero si los medios de los thorbod parecían todavía rudimentarios, no lo eran en realidad. De fijo conocían las ondas gravitacionales, las armas de "luz sólida" y las máquinas "Karendón".

El autoplaneta thorbod emitía ondas "aG", y en la primera escaramuza de los cruceros extranjeros con los patrulleros tapo utilizaron proyectores de "luz sólida".

Si las cuentas no resultaban equivocadas, una esferonave tapo debía valer por cien cruceros de combate thorbod, y las 10.000 unidades de la Armada Sideral de Maquetania estarían equiparadas en fuerza a un millón de buques convencionales. Los ghuros podían aportar algunos centenares de esferonaves más, y los renacentistas algunos pocos millares de cruceros.

¿Valía la pena intentar resistir a los thorbod?

El Almirante Aznar fue llamado a comparecer ante el pleno del Senado para responder a esta pregunta.

—Siempre merece ser defendido aquello que se posee y se ha ganado con tanto esfuerzo —fue la respuesta de Miguel Ángel Aznar —. El circumplaneta tiene un valor incalculable, tanto para nosotros como para los thorbod. Miles de millones de seres pueden vivir en los planetas de Atolón. Nosotros estamos aquí y el enemigo tiene que arrebatarnos el circumplaneta para hacer realidad sus viejos sueños de grandeza y poder universal. Lo que no podemos hacer es

rendirles la plaza sin haberla defendido, huir sin luchar, abandonar nuestras armas y todo lo que llevamos construido. La retirada sólo se concibe como el último y más amargo recurso. Si la decisión dependiera de mí, yo lucharía.

Julia Aneto esperaba al Almirante a la salida de éste del grandioso edificio del Parlamento. Había seguido el discurso de Miguel Ángel Aznar a través de la radio del aerobote estacionado ante el edificio.

El Almirante Aznar la besó al introducirse en el aerobote y tomó asiento junto a ella.

—¿Qué piensas que decidirá el Senado? —preguntó Julia.

—No soy tapo, no estoy en el interior de cada uno de ellos y no puedo adivinar lo que piensan. Pero los tapos son valientes. Durante casi doscientos mil años han defendido su libertad y su derecho a la vida luchando en las peores condiciones contra las mantis y los ghuros. Y nunca las mantis ni los ghuros pudieron acabar con los tapos. Tal vez los thorbod acaben aplastándolos, pero no será sin que los tapos vendan cara su independencia. Yo espero que lucharán.

—Será una guerra larga y horrorosa —murmuró Julia Aneto estremeciéndose—. Ciudades arrasadas por las bombas nucleares, territorios inmensos contaminados de radioactividad, tal vez bacterias y gérmenes mortales extendiéndose por todo el circumplaneta, sembrando la desolación y la muerte… ¡Dios mío, no quisiera tener que verlo!

—Sí, es amargo que cada cierto tiempo, apenas disfrutada la paz, tengamos que defenderla de los agresores. Pero así es la vida, hay que luchar continuamente para ganar el derecho a vivirla. Vámonos a casa.

En la casa se encontraba sola Diana, llorando ante el receptor de televisión. Tuanko se encontraba en el espacio al mando de un buque patrullero y no se tenían noticias de él. Virela acababa de incorporarse al servicio de su esferonave.

—El Senado acaba de nombrarte Almirante Jefe de la Armada por aclamación —dijo Diana sollozando de emoción.

—¿Almirante Jefe? —repitió Miguel Ángel.

—Sí. El voto ha sido unánime, la nación ha decidido luchar en defensa del circumplaneta.

—¡Dios sea loado! —dijo el Almirante. Y se dejó caer en un sillón sintiendo temblarle las piernas.

En este momento, se levantaba la sesión del Parlamento.

Un himno patriótico llenaba con sus vibrantes notas los amplios espacios de la sala del Congreso. Los senadores, de pie, coreaban el himno…

Julia Aneto sorprendió al Almirante Aznar con un par de lágrimas temblándole en las pestañas. Esto le sorprendió mucho, pues nunca había creído que fuera tan sensible. Sentada en el brazo del sillón le cogió una mano.

—¿Estás contento por tu nuevo nombramiento?

—No, querida, estoy triste. No por mí, sino por todos nosotros. Las guerras siempre empiezan así. Discursos emocionantes en los que se pronuncian frases muy hermosas… himnos y desfiles, charangas y paradas militares en las que todos los uniformes aparecen nuevos y todas las caras sonrientes. La otra cara de la moneda es distinta. Las guerras son odiosas. Miro más lejos de toda esta fanfarria y sólo veo ciudades humeantes, cuerpos de niños destrozados, madres que lloran por sus hijos… ¡dolor, ruina y muerte! ¡Dios maldiga a los thorbod!

—Y nos otorgue la victoria —murmuró Diana uniendo las manos y arrodillándose en el suelo en actitud de plegaria.

Las notas del himno patriótico morían ahogadas en una ensordecedora salva de aplausos.

F I N